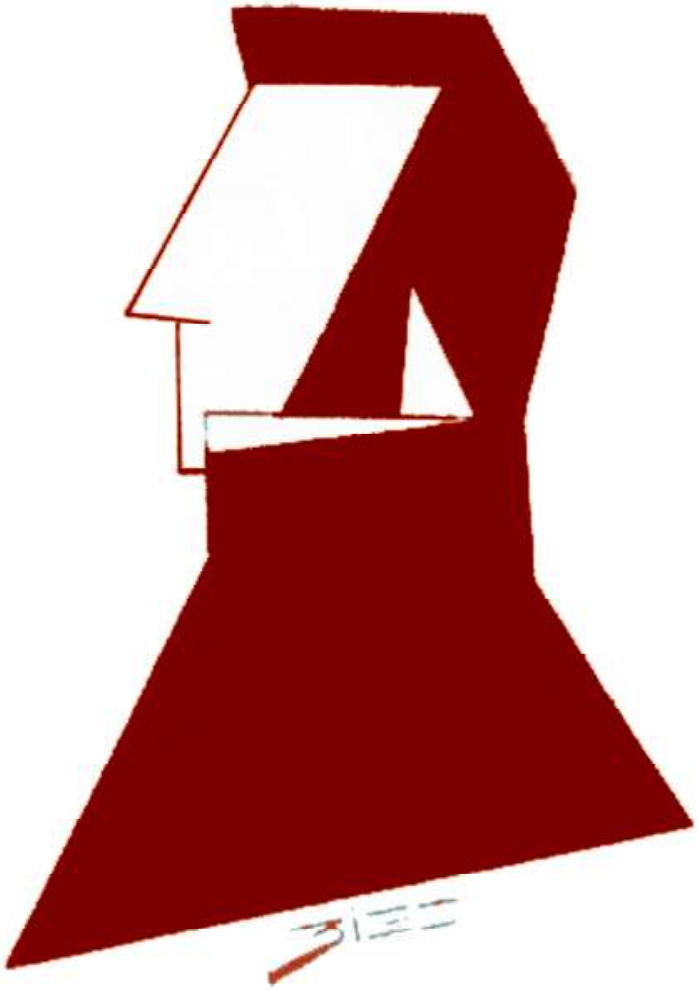


Monotipo por el artista guatemalteco Ixcara

EL GENERAL MORAZÁN MARCHA A BATALLAR DESDE LA MUERTE

JULIO ESCOTO

EL GENERAL MORAZÁN MARCHA A BATALLAR DESDE LA MUERTE

Editio príncipe, 1992, por Centro Editorial, en el bicentenario de nacimiento de José Francisco Morazán. Entre 1993 y 2016, seis ediciones (varias reimpresiones cada cual) en Honduras. Ballet basado en la obra: 1992, por Guillermo Ánderson, cantautor, y Flor Alvergue, coreógrafa. Para esta octava edición @ 2018.

ISBN-978-99926-703-8-5

© **Julio Escoto, 2018**
Primera edición, 1992.

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, excepto para propósitos de reseña y crítica, sin autorización del autor.

Ilustración de portada actual:
Don Miguel Ángel Ruiz Matutte.
Artes: César Borjas

Obra al cuidado de
CENTRO EDITORIAL srl
centroeditorial.hn@gmail.com
San Pedro Sula, Honduras, C. A.

Impreso por
IMPRENTA HERNÁNDEZ

IMPRESO EN HONDURAS
PRINTED IN HONDURAS

10 9 8

julioescotodocumentos.blogspot.com

Dedicado
a tres bellas mujeres:
Concha de Escoto
Elsa Turcios de
Valladares
y la inolvidable Gypsy
Silverthorne Turcios

Boleto de la lotería costarricense que, en 1986, cada semana dedicó su carátula a un presidente del país.

JUNTA
DE PROTECCION SOCIAL
DE SAN JOSE

Lotería
Nacional

Sorteo N° 2840 Segunda emisión

Vale ₡30

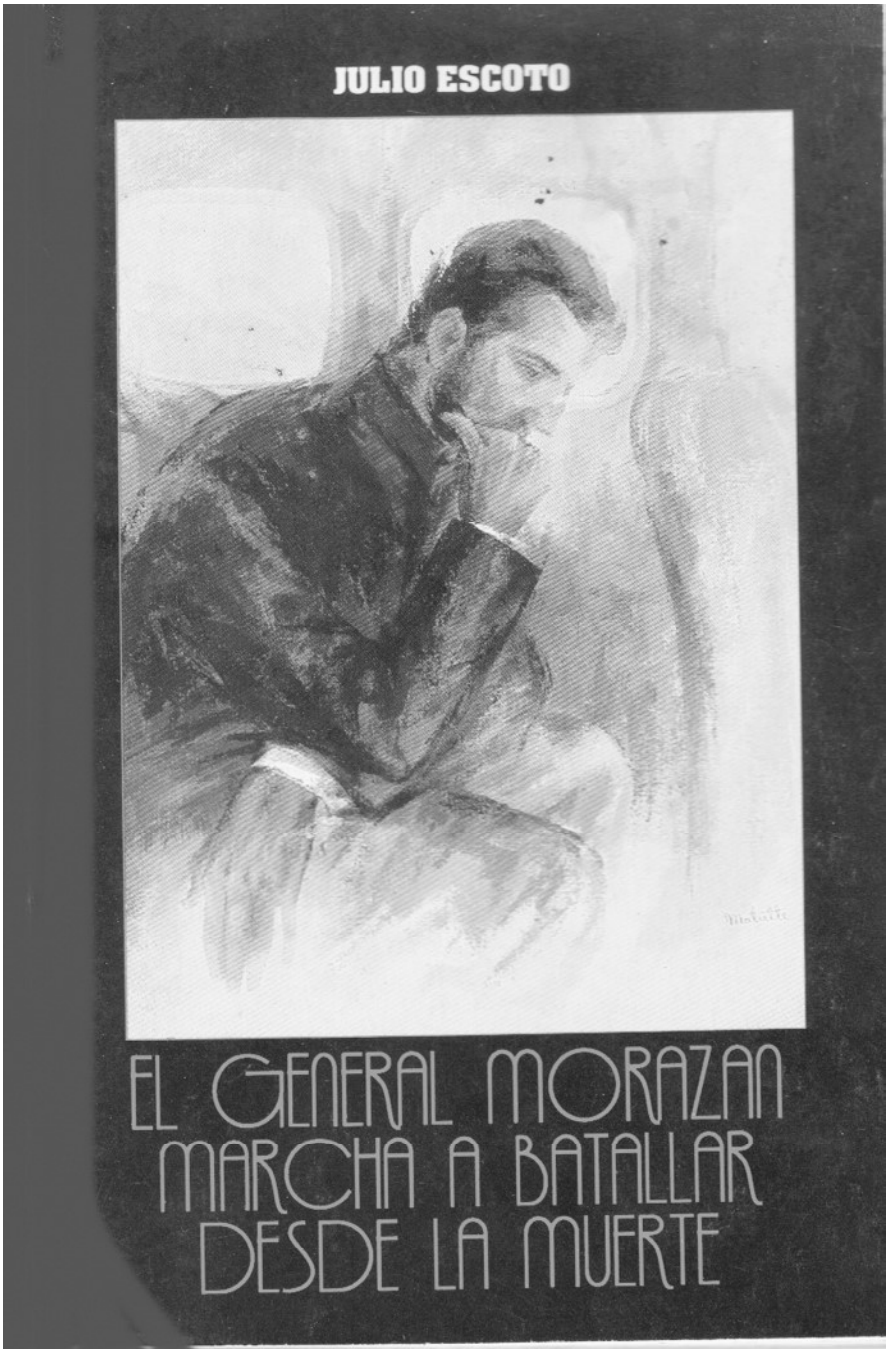
Premio Mayor
₡5.000.000

Vale ₡30

2 DOS 6 SEIS 8 OCHO 4 CUATRO 2 DOS

DOMINGO 30 DE MARZO, 1986

3 DECIMO 3



Portada de la primera edición hondureña, 1992,
de la cual CHSA donó diez mil copias a las escuelas primarias del Valle de Sula.

RETRATOS

"Napoleón hizo su carrera militar en el mejor colegio de esa época, bajo la dirección de los mejores jefes. Morazán no tuvo instrucción ninguna en la milicia, ni quiso tomarla pacíficamente en los cuarteles, ni hubo jefes a quienes imitar; pero sus planes de guerra y sus combates dejan tanto que admirar como los de Napoleón.

Bonaparte debió sus triunfos al soldado francés, al entusiasmo francés, a los cuantiosos recursos de una nación pródiga y ávida de gloria; Morazán sin recursos, con unos pocos Texíguats y Curarenes, dio combates desiguales y triunfó siempre contra fuerzas muy superiores, debido todo a su propio genio.

Napoleón aprovechó los elementos de la civilización, la cultura y prestigio de la Francia; conferenciaba con los primeros políticos y militares de Europa, recogiendo todo un caudal de aspiraciones y conocimientos. Morazán vivió en otro medio; reinaban en Centroamérica las tradiciones de la Edad Media, el retroceso era el alma de la sociedad, y sin su genio iniciador y reformista nada se habría hecho. Los pocos hombres que le seguían, más bien se inspiraban en las ideas del jefe.

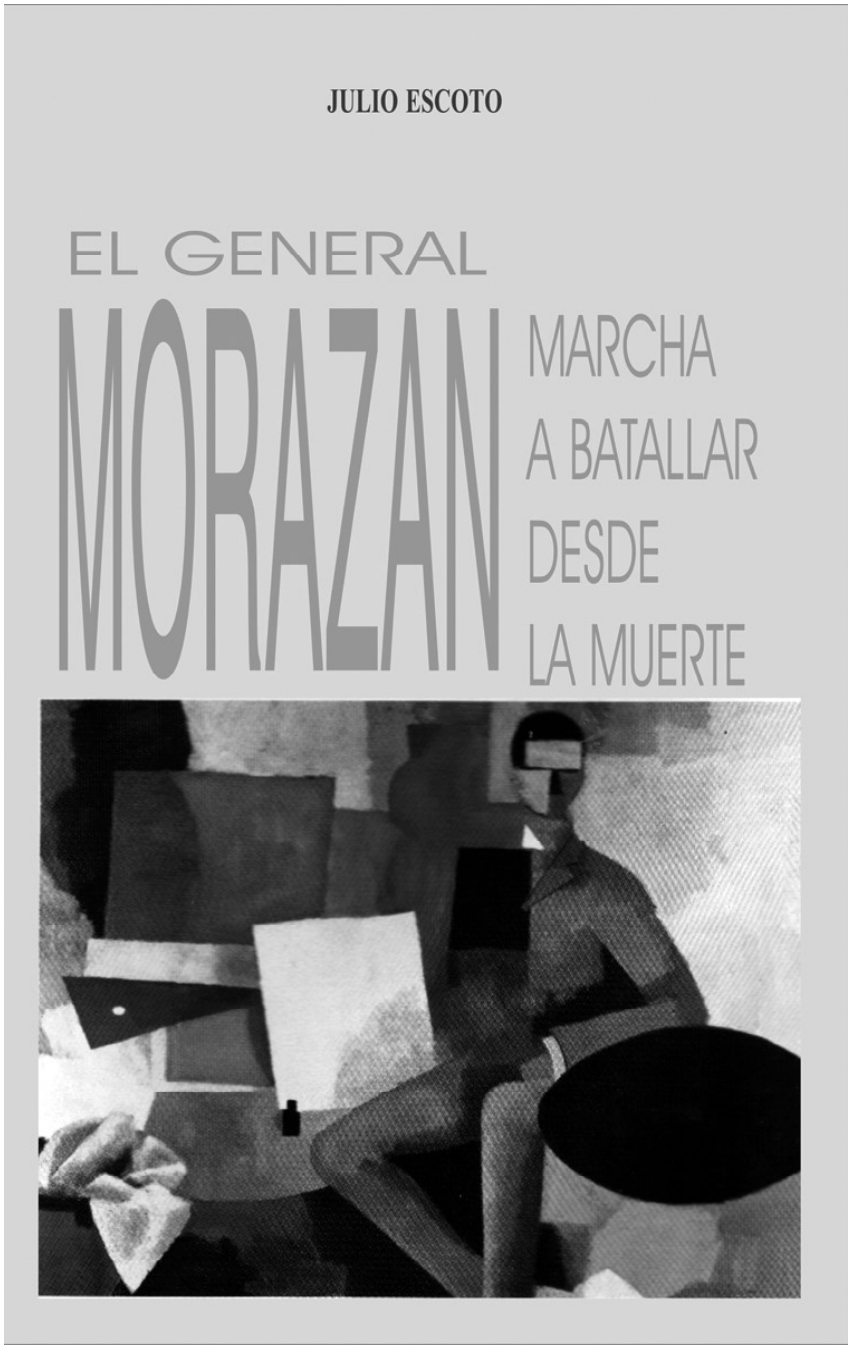
Napoleón aprovechaba las cosas existentes; Morazán las creaba, porque nada existe capaz de entrar en el plan del porvenir.

Las ideas de Bonaparte eran las de Francia, bastaba seguirlas para contar con el éxito; las de Morazán no eran las de Centro América en su inmensa mayoría y la lucha debió empezar por allí.

Napoleón profesó distintas opiniones en la política y en la corte pontificial; Morazán las mismas siempre.

Napoleón buscaba su propio engrandecimiento y el de Francia; Morazán exclusivamente el de su patria.

Francia, teatro de Napoleón, no puede compararse con Centro América, teatro de Morazán; pero en la comparación de los dos genios fácil es comprender quien lleva la ventaja.



Portada de la segunda edición, 1998

Napoleón representa la autocracia en su más alta expresión; Morazán representa la democracia en toda su pureza y en su más genuina manifestación.
Napoleón sólo tiene fe en la fuerza y la emplea durante su vida; Morazán sólo reconoce la fuerza del derecho y el ejército le sirve para afianzar las instituciones.
Napoleón conquista; Morazán estrecha los vínculos de la federación y recorta los abusos del pasado.
Napoleón tenía mucho de cómico; Morazán nada.
En materia de virtudes Napoleón no puede sostener el paralelo con Morazán".

Atribuido a Nicolás Raoul,
francés que militó bajo las órdenes
de Napoleón y Morazán

"Podrían hasta lograr que no se alzara estatua, podrían hasta eclipsarlo y proscribirlo de la mente de las turbas ignorantes; mas, ¿cómo lo arrancarían de las páginas de la Historia? El pueblo, al abrir el sagrado libro, tropezaría siempre con aquel nombre que llena de uno a otro extremo sus páginas más brillantes.
Hay glorias que no se eclipsan y hay que sufrir su tremendo resplandor.
El sol es el encanto de las águilas y el martirio de los búhos.
Así pasa con el resplandor de ciertos hombres en la historia. Morazán es uno de ellos".

Vargas Vila

"…su distinguido, su relevante y excelso mérito tiene por base la civilización y los principios de una sana y generosa política; tiene por base su amor a la causa de las nacionalidades, que es la causa del bienestar perdurable de los hombres y del feliz desarrollo y engrandecimiento de toda la humanidad".

Jerónimo Zelaya

"Desde que Morazán entra en escena deja de ser hombre para convertirse en una misión.
Su figura gigante no se puede medir por la talla de los caudillos, porque ha venido de lo ignorado con la fuerza prodigiosa de un destino que deslumbra, que se impone para realizar una grande idea, para ser el

alma de un sistema, para luchar y morir por la transfiguración de un pueblo.
Esa idea es la unificación compacta de la nacionalidad centroamericana.
Ese sistema es el gobierno de la libertad, organizado en instituciones que promueven la constante ascensión del hombre hacia una vida superior.
Esa transfiguración es la imagen de la Patria engrandecida por el desarrollo integral de todas las fuerzas, de todas sus facultades, de todos sus elementos de perfección y poder.
Suprimid el genio de Morazán y habréis aniquilado el alma de la Historia de Centro América".

Álvaro Contreras

"Era como de cuarenta y cinco años, de cinco pies y diez pulgadas de estatura, delgado, con bigote negro y barba de una semana, con levita militar abotonada hasta el cuello y espada al cinto.
Estaba sin sombrero y su mirada era dulce e inteligente. Aunque todavía joven, durante diez años había sido el primer hombre del país y ocho años presidente de la república. Se había levantado y sostenido por su pericia militar y su valor personal; siempre conducía el mismo sus tropas, y había estado en muchos combates, siendo muchas veces herido pero nunca derrotado".

John Lloyd Stephens
en 1840

"Era galán decía. Blanco, mediano de estatura, con cerrada barba negra. La voz un poco aguda, la nariz aguileña, los ojos brillantes. Le tocó en suerte servir la mesa en que almorzaba el héroe, que la obsequió con un pequeño macuquino de oro.
Tome, negrita, y muchas gracias.
Hablaba con pesar de la pérdida de aquella moneda".

***Froilán Turcios*, MEMORIAS**
sobre una anciana que conoció a F. Morazán.

"Era blanco, ligeramente sonrosado, de cuerpo delgado, alto y recto; el conjunto de facciones constituía una fisonomía tan perfectamente delineada que, viéndola una vez, no se podía olvidar, recordando siempre mucho del tipo griego.

Su semblante era sereno, agradable y simpático; a su presencia era imposible la enemistad; sus más encarnizados adversarios se rendían al irresistible prestigio que infundía el atractivo de su expresión.
…Jamás se le escapaba una palabra vulgar ni aun una mirada humillante y desdeñosa.
Hombre de costumbres muy arregladas, gustaba poco de diversiones; nada que rebajase su dignidad personal, nada que diera derecho a la mordacidad, ni aun a la calumnia de sus enemigos.
Caballero de sociedad, gustaba mucho del trato de personas distinguidas, aun cuando entre ellos contase algunos enemigos políticos; tenía afición a las tertulias graves y decentes sin hacer sentir jamás la superioridad del puesto que ocupaba, ni dar lugar a la llaneza.
Personaje severamente pundonoroso y probo, jamás abusó del poder en provecho propio; el exterior de familia, su casa, su ajuar, su vestido, todo llevó el sello de la modesta decencia. Su vestido oficial para asistir al despacho era de frac y pantalón negros, chaleco y corbatín blancos o negros, guantes de cabritilla o de gamuza, zapato bajo con hebilla, y sombrero alto y negro.
Su vestido de paseo, en los últimos tiempos que estuvo entre nosotros, era ordinariamente: levita de paño de verano azul o color de botella, pantalón blanco y gorra alta de nutria con visera: esta gorra era de figura especial en él, por lo que pudiera ser considerada como histórica, de la misma manera que el sombrero de Napoleón I.
En su asistencia al despacho o en sus paseos raras veces se hacía acompañar de un amigo y jamás se hizo acompañar de edecanes y ayudantes, a no ser en campaña.
Su casa nunca tuvo guardia; ni en la servidumbre de ella se vieron militares.
Durante los últimos cinco años que estuvo en San Salvador, solamente el día de su cumpleaños en 1838, recuerdo haberlo visto en traje militar".

José María Cáceres

"Era Morazán de figura recomendable, aunque no corpulento, bien formado. Su estatura física poseía todas las cualidades necesarias para una vida activa".

Victoriano Rodríguez

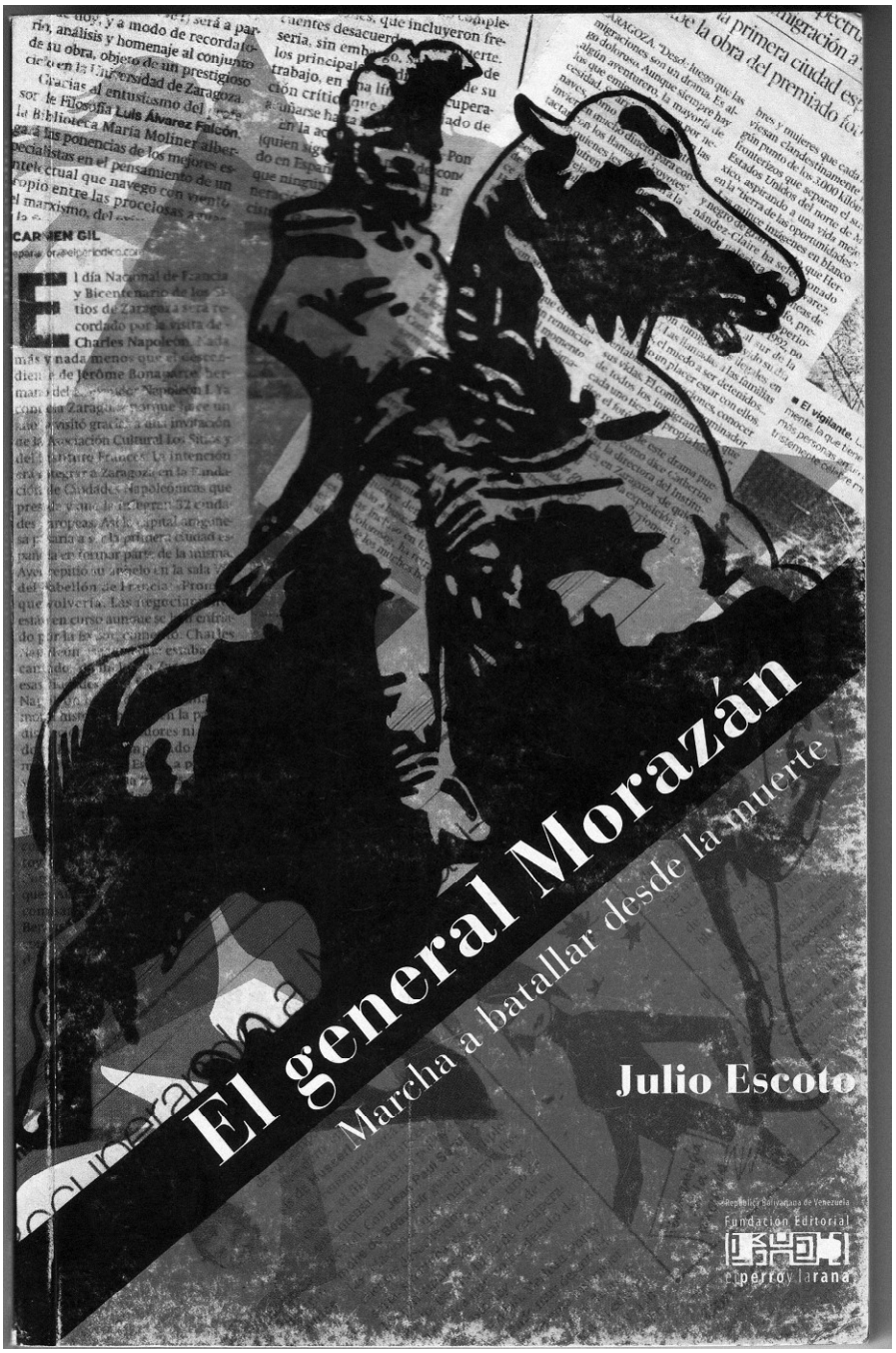
"Recuerdan las viejas crónicas que el joven Morazán era el ´niño bonito´ de Tegucigalpa; que le agradaba mucho andar a caballo, y que su

simpatía era tan grande, que pronto se hacía querer, siendo así que su fluido magnético era de una fuerza irresistible, y por eso se explica claramente su reconocido donjuanismo de conquistador en el mundo de Citeres, que ha recogido la tradición, más que la Historia, por temores pueriles que bien se acomodan en medios de reducida perspectiva científica".

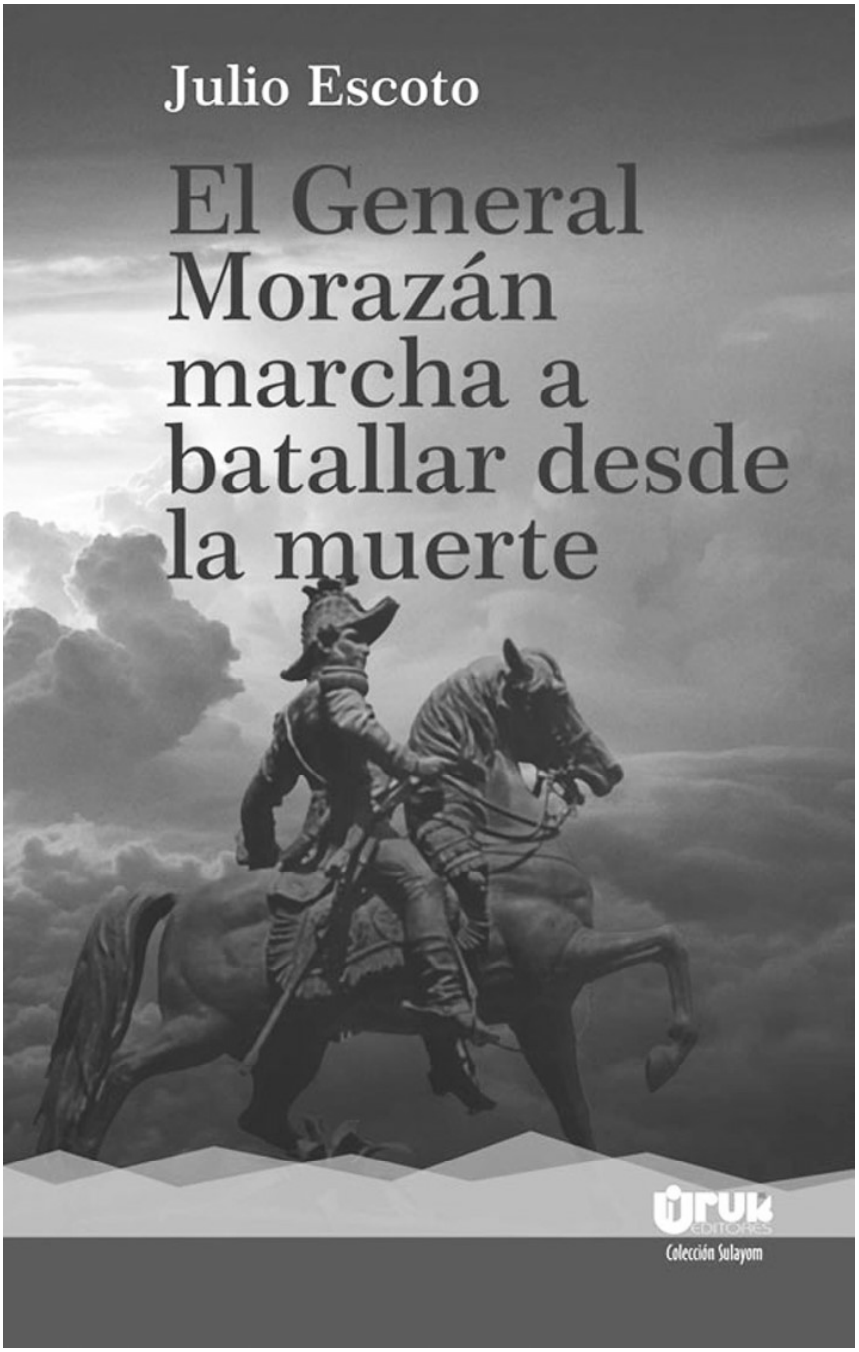
Salvador Turcios R.

"Alta es la noche y Morazán vigila"

Pablo Neruda



Edición en Venezuela, Fundaciòn Editorial El Perro y la Rana, 2009, gestionada por el Embajador Germán Espinal y autorizada por el presidente Hugo Chávez.



Portada de la primera edición costarricense, URUK Editores, 2015

I

Inicialmente hubo un como ruido de cataclismo, como si doscientos de sus Dragones de a caballo se despeñaran en los abismos de Quetzaltenango o, finalmente, como si el mar rebosara su estrecha fuente de plata y arena y desbordara los límites de su contenida navegación.

Luego, la primera imagen que saltó a la mente del General hondureño José Francisco Morazán Quesada fue la intensa muchedumbre que se había congregado a las cinco de la tarde frente al portón de la casa de gobierno y que lo había visto dirigirse a la tapia de la plaza de armas con la frente en alto, su levita mustia y trasnochada, solitario en el camino de la muerte como si únicamente lo acompañara la sombra de su propio destino o lo aguardara allí la última esperanza de la salvación.

Pero un fuerte dolor en el costado izquierdo, una garra de sal que le dobló las entrañas martillándoselas inclementemente lo hizo apartar el recuerdo y aferrarse con desesperación a los postreros coletazos del viento vespertino que se desparramaba sobre la ciudad, cargado de humedad, y su ojo herido pudo palpar aún en un ángulo incómodo y violento los pasos del soldado que se aproximaba blandiendo la carabina en la mano derecha.

Hubo un chasquido que no supo si interpretar como el arribo masivo del silencio, el silbido de un rayo, la libación de un gorrión o sus propios huesos blancos estrellándose contra la piedra de la calle, pues inmediatamente se vio a sí mismo con el pecho ensangrentado y tendido en la cuadrícula urbana más importante de San José y pudo sentir, casi olfatear el inmenso vaho del miedo que se levantaba cenagoso entre los cuerpos agitados de la multitud, y escuchó sus ahogados gritos de estupefacción como si unas mudas y alargadas pinzas de barro acuchillaran el cielo, y vio que sobre la plaza comenzaba a disolverse en jirones aquella verdosa nube de odio que había precedido su muerte, y presintió, escuchó más bien el deslizamiento vidrioso con que las lágrimas empañaban los

ojos de sus compañeros de guerra enturbiándoles la vista y agarrotándoles simultáneamente la voz y el corazón. Después un murmullo de oraciones lo impactó de frente, como un puñado fosforescente de moscardones, y supo que su mujer María Josefa rezaba en ese instante por él, absorta sobre un reclinatorio de nogal en la penumbra de una vieja casa de adobe cuya luz vegetal resplandecía sobre sus albos puños de dama y ponía plata en los virginales dedos de colegiala con que apretujaba el rosario.

El general salvadoreño Vicente Villaseñor estaba allí con él, en realidad un poco antes que él en este extraño espacio cargado de electricidad y vaporoso en que acababa de penetrar.

Pensó si esta sería la muerte, pues sólo la muerte tendría la posibilidad de procurarle el reposo en que ahora sentía que se empantanaba y que le había faltado en el tumultuoso derrumbe de sus últimos dos años de vida centroamericana.

Quiso concentrarse en identificar el rostro cetrino que venía a su encuentro, que debía ser Villaseñor y que sonreía asustado, pero una vertiginosa lluvia de recuerdos le estalló ante los ojos y ya no pudo distinguir entre la palpitación de sombras que se le acumulaba en la memoria, los fogonazos metálicos con que la noche que se le echaba encima relampagueaba las imágenes de sus últimas batallas, esa mano de mujer que le acariciaba el rostro con una delicada ternura que sólo podía germinar tras los arrepentimientos de la seducción, o aquel obsesivo retrato de una multitud indecisa y silenciosa que asistía a contemplar sus postreros instantes de la vida y que no se atrevía a bosticar en voz alta el cataclismo pendular que la agitaba desde los vuelos del pensamiento del perdón a las agarraderas del rencor.

El General Morazán pensaba que moría. Este desorden arenoso en que se le desmoronaba la mente, ese desperdigamiento de sensaciones como si se le fugara la memoria en el remolino caliente de una bala de 24, aquel caer y flotar a la vez sin hostilidad y sin dolor eran sus células que desfallecían y se apretaban una con otras comunicándose el último resto de oxígeno del cerebro, reacias a desaparecer, urgidas de traspasarse la conciencia de las cosas que habían guardado y acumulado antes de doblarse sobre sí mismas y arrugarse y marchitarse ya sin esperanza de redención.

El General Francisco Morazán se daba cuenta de que moría y que esos tirones espasmódicos que lo estremecían ocasionalmente no eran más que su cuerpo que se resistía a perecer y que lo volvían temporalmente a la tierra y lo anclaban y lo sujetaban a aquella esquina de la plaza central desde donde los improvisados guardias de fusilamiento lo miraban asombrados estremecerse cada vez menos

poderosamente, manar sus venas que entintaban la grama y copiaban por ocasión final la luz mortecina del sol de San José, acortarse su aliento, ablandar su carne y relajar sus huesos.

Morazán comprendía que moría y que esa suspensión en que parecía sobrenadar ya sin presunción y sin apuro era solamente la necesidad del tránsito, el vértice inasible de la fractura, la póstuma eclosión del tallo que se rompe y se desencadena antes de desprenderse de la flor.

Eso era el nervio que dejaba de recibir respuestas y todas las fuerzas de su organismo que se abalanzaban aterrorizadas a respaldar los movimientos agónicos del corazón poniendo a su alcance las máximas reservas, el rescate último de sus capacidades. Y ese lucero postrero que se iba apagando, tornándose fulgurante estrella de hielo, no era más que el fuego de sus energías que se escapaban y reclamaban a la mente lo que ya no se comprendía: el aislamiento de los órganos que dejaban de funcionar, la súbita mudez de los miembros paralizados, el aire que faltaba o la vida que dejaba de circular.

Morazán sabía que moría. Extrañamente, podía contemplarse a sí mismo doblado inconexamente sobre la calle junto a Villaseñor, el que había caído con una bota alzada sobre el banquillo de ejecución. Podía ver en su cuerpo las cicatrices que le había dejado un tiro al brazo durante la batalla de El Espíritu Santo, en El Salvador el seis de Abril de 1839, y la otra que le habían inferido en el rostro los costarricenses.

Y en esa visión de sus restos humanos aparecía y desaparecía transitoriamente el dolor mientras venían a su memoria las escenas más inverosímiles de su niñez en las callejuelas caracoladas de Tegucigalpa, le asaltaba la mejilla la sombra del primer beso huidizo de María Josefa en la hacienda de Jupuara, en Comayagua, volvía a escuchar una multitud, pero ya no ésta sino aquellas otras que lo habían recibido victorioso en Tegucigalpa en 1827, en San Salvador en 1828 y en Guatemala en 1829, o asomaban a su conciencia las horas de indecisión que lo habían asaltado unos días atrás antes de aprobar el fusilamiento en Puntarenas del Teniente Coronel de su ejército, Manuel Ángel Molina, frente a aquellas aguas del golfo de Nicoya cuyas perlas había prometido no volverían a coronar las testas de la aristocracia de Centroamérica.

Era como si el tiempo no fuera nunca más lineal y que hubieran desaparecido el espacio, el presente y pasado para sumirse en uno solo, una gran masa circular de imágenes que llegaban a él con tan grande nitidez como cuando habían sido contempladas décadas, años o segundos atrás.

Y cada vez iba adquiriendo más la capacidad de llamar a su presencia el entendimiento de las razones y las causas de aquellos sucesos en que había

transcurrido su existencia terrenal, develaba los ocultos motivos incluso de sus propias actuaciones, visualizaba entre familiarizado y sorprendido la trenza coherente de lo que había sido el trayecto de su vida, toda ella ahora prístinamente clara y precisa desde sus ingenuidades adolescentes en Morocelí, hacia 1808, hasta las pasadas cien horas en que lo había vencido la revolución de un pueblo cuya Asamblea lo había declarado Libertador exactamente dos meses antes y del que aún no sabía si lo que lo caracterizaba era la cobardía para la guerra o la heroicidad para la paz.

Casi podía evaluar ya su experiencia terrena, si no fuera por estas súbitas convulsiones con que su espíritu todavía parecía retroceder para tornar a la vida humana y sumarse al combate que desplegaban sus moléculas, cada vez más tenues y débiles y cuarteadas. No deseaba volver al círculo de los hombres, al vendaval del fuego, de odio y metralla en que había tenido que desenvolverse durante las décadas anteriores.

Perfectamente canjearía este Jueves quince de Septiembre de 1842 por aquel tres de Octubre de 1792 en que había brotado del vientre de su madre Guadalupe, auxiliada por la que habría de ser su madrina, la viuda Gertrudis Ramírez, mientras su padre Eusebio Morazán se debatía en el cuarto contiguo entre el humo del nerviosismo y los tabacos de los Llanos de Santa Rosa de Copán, preocupado por localizar lo más pronto al cura Juan Francisco Márquez, párroco de San Miguel de Tegucigalpa, para que le bautizara el primer hijo con que la ascendencia corsa de su familia comenzaba a retoñar en Centroamérica. Si renaciera más bien se apartaría temprano de las armas y le dedicaría las voluntades del corazón a sus clases de dibujo y gramática en el convento de San Francisco, o le enseñaría a sus hermanos menores, Benito, Marcelina y Cesaria, los sueños con que los jóvenes también podían conquistar la paz…

Pero no, eso no era cierto. En esta nueva experiencia en que entraba su alma no podía dejar de ser honesto y debía reconocer que si se había visto obligado a dispensar la muerte durante tantos años en las tierras del istmo, ello no había ocurrido ni por su elección ni por su voluntad.

Su existencia, lo entendía ahora meridianamente, había tenido un signo cósmico desde los inicios, uno en que estaba obligado a prodigarse a los demás, en que debía asumir los riesgos de los sacrificios a cada instante para dejar entre los hombres la justicia de una idea, el principio de la libertad. Su error había consistido en suponer que las causas se imponen, que los sistemas son la manifestación más noble de la ambición popular y que defendiendo una forma de gobierno los centroamericanos lograrían la felicidad. Empezaba a comprender que materialmente su misión había sido un absoluto fracaso —las naciones estaban hoy más

divididas que nunca— y era hasta entonces que se daba cuenta de que había desviado la mira de sus propósitos: la libertad no se injertaba, aprendió, tenía que ser plantada lenta, amorosamente desde el suelo más fértil de la sociedad: la mente de los seres humanos.

Pero espiritualmente, en cambio, podía sentirse satisfecho: dejaba un ejemplo de entrega, había mostrado con su holocausto personal que se arriba a la tierra para luchar contra todas las adversidades por un ideal, y que sólo dándose a los otros se descubren los caminos que aproximan el ánima al círculo de la perfección. Descubría ahora una singularidad de su pasión terrena: apenas si había conocido los límites del miedo, jamás se había engusanado con la rigidez del terror. Los enemigos de su tránsito vital, así como aquellos que bien lo habían amado, debían reconocer que su única preocupación habían sido los frutos de la solidaridad. Veía ya palpablemente que eso había querido inspirar al alentar en el patíbulo al moribundo Villaseñor con sus penúltimas palabras: "Somos unos pobres mortales, querido amigo, pero la posteridad nos hará justicia"… Sólo que el lenguaje humano era tan imperfecto, el lenguaje humano era tan tristemente ineficiente…

Luego, esto que le estaba ocurriendo y cuyo final ya casi podía visualizar dentro de la esfera del tiempo perpetuo que lo envolvía, le entregaba la llave de una virtuosidad milagrosa que su condición de hombre jamás se la hubiera podido proporcionar: podía encontrarse dentro y fuera de su cuerpo al mismo tiempo. Todo era tan confuso, tan accidental y sin embargo tenía la plena conciencia, la certeza sagrada de que en ello carecía de valor alguno el azar. Estaba seguro de que las vivencias que lo asaltaban tan repentinamente poseían su propia razón de ser, obedecían a una secuencia natural incluso plácida y reconfortante, una que le permitía presenciar el dolor con que batallaban las últimas fuerzas de su organismo, allá abajo en la calle semioscura de San José, y a la vez estar cierto de que ese dolor pronto habría de cesar y que abriría paso a la serenidad más profunda, a la verdadera integración de su esencia como Ser.

Presentía, además, que requería algún espacio dentro de sí mismo para acostumbrarse a su nuevo estado, que debería aprender a desplazarse con esta nueva vestidura de energía luminosa en que se le iba descarnando su delgado físico de cinco pies diez pulgadas, y que sería infinitamente paciente para aceptar esta inaudita transformación cuya mudanza no le sorprendía en absoluto. Lo que estaba experimentando era como volver a un sitio soñado o conocido, como retornar de un viaje cierto al presagio, casi como regresar del futuro a la verdad, mejor aún, a la realidad de lo que verdaderamente se es.

Por ello es que ya no atribuía a la imaginación de su cuerpo agonizante esa sensación tan palpable, precisamente real, de la forma en que sus células iban

oxidándose y cayendo en un silencio eterno, casi tornándose de un polvoso color marrón en el instante mismo en que morían. Escuchaba también, como dentro de un tambor, el eco final de su corazón repercutiendo sin respuesta en los laberintos de las venas y las arterias, encajonándose sin retorno en el tejido blando de los pulmones, trabándose ya sin fuerzas para volver en el apelmazamiento de los tendones y las articulaciones, ahora cada vez más fríos y endurecidos.

Y simultáneamente asaltaban los últimos rescoldos de la memoria escenas destellantes que cruzaban con infinita velocidad, o se superponían unas a otras, o se apagaban como con una explosión invertida, subsumidas en una creciente oscuridad que parecía absorberlas y dispararlas hacia un laberinto, otro laberinto en espiral, que era exactamente esta masa circular del tiempo en que ahora se le alojaba la conciencia y donde sabía —pues ya no había espacio para dudar— que por fin encontrarían la paz.

Había dentro de esa vorágine confusa de recuerdos dos insistentes: uno, el de la mano de una mujer que le acariciaba delicadamente el rostro y que le daba amor.

Aún no lograba discernir si ese era el brazo de María Josefa Ursula Francisca de la Santísima Trinidad Lastiri, su esposa, tal como lo había visto aproximarse a sus labios tres años antes, la mañana del diecisiete de Septiembre de 1839 después que los sublevados de San Salvador habían secuestrado a su familia, amenazando con pasarla a cuchillo si él no renunciaba al poder.

Tras la batalla en la ciudad María Josefa había caminado hacia él como rescatada de entre las cenizas del sueño, pálida aún su faz alba por el temor y el sufrimiento de la noche anterior, y su único gesto de mujer había consistido en abrazársele en silencio y romper a llorar mientras le palpaba suavemente la cara, llevando sus yemas temblorosas desde la frente a la barbilla, de los parpados al cuello, como para comprobar que la vida acababa de concederle una oportunidad más a ella, a la hija de ambos, Adela, y al nuevamente victorioso General Morazán.

Pero tampoco podía reconocer si esa mano que flotaba en la infidelidad de su memoria ahora caótica eran los brazos absorbentes de Francisca Moncada, esponjosa y joven como las neblinas que refrescaban aquel Febrero de 1827 en Tegucigalpa, y la que le había dado a su hijo natural Francisco, en Octubre. O quizás aquellos otros dedos de mujer que debían quedar en la penumbra hondureña del año 1825 y que habían acariciado intranquilamente su cuerpo la noche en que habían concebido a José Antonio Ruiz, su otro hijo cuidado durante algún tiempo por Eusebio Ruiz y su esposa Rita Zelayandia.

O probablemente eran sólo las manos de la viuda guatemalteca Juana Fuentes, o por lo cercano, las de la costarricense Teresa Escalante de Freer —esposa de un súbdito inglés en Cartago— con cuyos secretos desvaríos habían formado a Dolores, esa niña que aún estaba por nacer y que nunca compartiría el orgullo del apellido Morazán. Habían sido tantas sus batallas… pero las únicas en que había caído vencido eran las de los soldados del amor…

No es que hubiera sido cínico o promiscuo en el amor… eran sólo las banderas complementarias que traían consigo las galas del desfile del poder… Durante más de diez años había sido el General triunfante, la figura pública más controvertida de la escena centroamericana. Y luego —¿por qué negarlo ahora que ese detritus necesario que era su cuerpo desfallecía y se marchitaba allí abajo entre un lamparón de sangre y los gestos de azoro de los campesinos costarricenses?—, Natura también lo había dotado con un físico y un aura de tranquilidad y sosiego que parecía aplacar en las mujeres el desconsuelo de la maternidad y le otorgaban confianzas que no solicitaba, emanaciones que no buscaba despertar, simpatías que él no hacía más que orientar hacia su correcto cauce de amistad…

El vistoso equilibrio del uniforme militar, que apenas si había usado pocas veces en público, quizás contribuía también a tallarle aquella imagen de *grandeur* francés con que lo habían adornado algunos artistas y con cuyo retrato quizás pasaría erróneamente a la historia. Porque antes que guerrero lo que él había sido era un pacificador, un gobernante obligado a recorrer las anchas leguas montañeras, lacustres y sabaneras del istmo para apagar incendios y sublevaciones, motines y alzamientos, revueltas y montoneras instigados por la mala sangre de los conservadores y la influencia extranjera, rencorosos de haber extraviado sus mal habidos derechos y privilegios.

¡Qué curioso era este tramo de la historia centroamericana: la rebelión contra el gobierno federal había provenido mayormente de adentro, de sus propios ciudadanos. Los españolistas sólo una vez, en 1831, habían logrado recuperar brevemente Omoa, Trujillo, y otros de sus perdidos territorios!

El otro recuerdo incisivo que ahora asolaba su mente —prácticamente el único resquicio de su organismo donde aún alimentaban a las células unas recónditas burbujas de oxígeno— era el de su inmensa soledad compartida en medio de enormes muchedumbres que nunca lo abandonaban, de ejércitos en triunfo o tropas en retirada, de poblaciones sitiadas o ciudades inmersas en la fiesta de la victoria, de graves senados y asambleas o de ministros y funcionarios de ceño apretado que se adherían a la quietud con que los recibía para poder también pacificar su espíritu. En los pasados doce años apenas si había disfrutado de un

momento solo, con excepción de las cálidas tardes de Panamá, en cuyo exilio había tenido tiempo para redactar el Manifiesto de David y parte de sus Memorias.

Su conciencia estaba inmensamente sitiada por rostros. Rostros aceitunados y felinos como los de los indios Curarenes y Texíguats que lo habían acompañado en la mayoría de sus combates y que batían los machetes y las espadas frente a sus enemigos con la misma gracia hipnótica de los prestidigitadores. Rostros solemnes y predestinados de gloria que calzaban sus generales en la noche víspera de la batalla. Rostros taciturnos y angustiados de vergüenza tras la derrota de Guatemala de 1840. El rostro incisivo y rosa del viajero norteamericano John L. Stephens en Ahuachapán y la faz huesuda y noble de su coterráneo José del Valle, tras cuya muerte debió reasumir la Presidencia de Centroamérica en 1835.

Pero sobre todo, era como una obsesión aquella presencia de una cara contraída en un doloroso rictus de amargura, la de su tan querido José Miguel Saravia, el honroso guatemalteco de su ejército que le había servido fielmente como Ministro General en El Salvador y en Costa Rica pero que no había podido soportar la vergüenza de la prisión, apenas ayer, y había ingerido dos gramos de estricnina durante nuestro cautiverio en Cartago para arrancarse la vida antes que caminar, cojeando como lo hacía por dolencia de guerra, hasta el paredón de la traición y el asesinato, que eso había sido nuestro fusilamiento.

Había también en este desfallecimiento de su carne y la asunción del espíritu esos otros rostros jóvenes de piedra y malicia con que las vivanderas seguían, hijos y petate a la espalda, el amor de sus hombres en el trajinar eterno que fue la lucha por la unidad en Centroamérica de 1826 a 1842. Y entre todos esos rasgos que iban apagándose poco a poco en el recuerdo y renaciendo en la vertiginosidad del tiempo que se contrae, sobresalía también el semblante inocente y honorable de José Trinidad Cabañas, el más valiente y devoto de sus capitanes y uno de los más desafortunados en batalla.

Era extraño pero en este espacio dulce y plácido en que por momentos sentía que se deslizaba le era posible conjeturar también los accidentes del futuro y podía contemplar al General Cabañas —allá en la distancia del suceso que venía– – aglutinando fuerzas, llamando al espíritu de la nación centroamericana para enfrentar a un odioso filibustero de nombre William Walker Norvell que dominaría Nicaragua, e incluso lograba captar desde ya la contracción de repugnancia que ennublaría el corazón de Cabañas al entrevistarse con el esclavista sajón en casa del ministro americano en Granada, el dos de Diciembre de 1855.

Había una máscara feroz que además le torturaba la memoria: la del ladino obstinado y malevo de Mataquescuintla, Rafael Carrera, el instrumento de que

las clases altas guatemaltecas se habían servido para destruir la Federación. Guerrillero cruel, salvaje y prepotente, incapaz de respetar siquiera a los mensajeros de paz que le había enviado en 1838 y a quienes había maltratado y ofendido amenazándoles con el degüello.

Siervo ignaro y supersticioso, los curas encontraron en él el látigo de sus maquinaciones y lo utilizaron maliciosamente haciéndole ver que era el refugio de salvación de la Santa Iglesia Católica y le encasquillaron el pecho de camándulas y rosarios, tachonaron sobre su raído uniforme las medallas del Corazón de Jesús y la efigie del rey Fernando VII hasta volverlo masa de rebelión contra el poder legalmente instituido, cuchillo de sus venganzas, lanza de sus perversiones, rescate de sus reducidos diezmos, anatas, impuestos, privilegios y malversaciones. Declaro que contra Carrera no pude combatir y fui batido, no por la heroicidad de una inteligencia educada de que él carecía sino porque en esa lid nos enfrentábamos dos energías y dos conceptos diferentes de la civilización: él, la fuerza del crimen, el asalto y la matanza; la nuestra impuesta de las leyes de la guerra que observa la humanidad y que consiente en respetar al vencido, sanar entre la paz y la dignidad las heridas del combatiente capturado, dulcificar esa araña del rencor que apresa el alma de los hombres cuando se ven en juego la patria y su futuro.

Llueven a mi mente además las últimas horas de mi estancia terrenal en Costa Rica… pero siguen siendo tan dolorosas por el suceso de mi muerte inconcluida que aún carezco de distancia para apreciarlas. Ese joven que gime abajo en silencio y que sofoca sus manos hundido en el caos de la desesperación es mi hijo Francisco, a quien debí reprender y consolar cuando le dictaba mi última voluntad pues sus lágrimas nobles empozaban la caligrafía en mi testamento y abrían llagas tempranas en mi corazón. Tuve que luchar con él para apartarlo de mi lado camino al cadalso, adonde los hombres deben marchar amparados por los restos más enérgicos de su dignidad…

Toda mi vida hubiera sido inane si en ese instante supremo me hubiera asaltado la flaqueza. Mis fieles, que me observaban, lo requerían; mis enemigos que me contemplaban esperando vencer en espíritu al símbolo de la fraternidad centroamericana —que sólo eso fui, un símbolo envuelto en la carne mortal de un pequeño hombre— hubieran disfrutado el lance de mi paso final si en mi rostro hubieran observado el menor signo de debilidad. Pero a la muerte —que es decir a la escena final de nuestro obligado tránsito por ese remedo de vida que es la vida— se asiste envuelto en la humillación o atento al postrero susurro de confianza del Supremo Hacedor del Universo, cuyos dictados siempre había respetado. Mis errores fueron muchos, mi fe, una.

Ha cesado de actuar mi cuerpo, pero aún no he partido, lo sé. Reconozco que todavía palpita dentro de mí la búsqueda del entendimiento, esa nube hosca y vaga de la ignorancia sobre la razón de mi suplicio. Permanezco como en un estado de suspensión pero no me desata la esperanza. En unos minutos, quizás dentro de pocos segundos, expiraré y podré entonces, sólo entonces, participar del reposo que se me tiene reservado.

Lo presiento porque ante mis ojos desfilan tantos sucesos en súbita rapidez, se vuelcan sobre mi mente tantos hechos de los que fui el juez o su parte, que no puede deberse sino a la excitación en que se revuelve la alquimia de mi memoria, incapaz de entender que en este instante asiste al momento de su develación final. Mi ser se vuelve una y otra vez hasta la habitación en donde ora María Josefa, ausente de mi postrimera situación. No sabrá la verdad sino dentro de varios días, atrapada como la han puesto mis enemigos desde nuestra huida hacia Cartago, y su dolor será inconmensurable. Es inútil el dolor, es aún más: innecesario. Sus restos y los míos están destinados a unirse más tarde en un sepulcro de amor levantado por los salvadoreños en 1849 pero ella no comprenderá —como no nos está permitido a los mortales— que la carrera del tiempo es una vana ilusión del ansia y el deseo y que sólo quien encuentra el goce de la permanencia administra la paz.

He de esperar mi último suspiro, he de aguardar el final desprendimiento y podré entonces descansar. Para quienes me odian y me aman he desaparecido, pero la muerte —penetró en el espejo de su recóndita razón— no existe y es sólo en realidad el paso de nuestras imperfectas cualidades al espacio de la verdad.

Es allí donde nosotros mismos no tasamos y nos descubrimos, desnudos del engaño, el prejuicio o la maldad, descarnado ya de nuestro espíritu todo asomo de rencor o de venganza. Sobrenadamos en una cósmica oquedad de amor que nos envuelve y nos materializa como transparentados por la luz. Dejan entonces de lado su valor nuestros pequeños vicios y sus tiránicos desmanes, recomponemos nuestra vitalidad y asistimos el asomo de la perfección, que no nos es dado sin sacrificio y sin dolor…

Presenciamos desde allí la permanencia de los afectos y la gloria de los amores conquistados —como lo enseñan a mis ojos la caridad con que don Juan Mora Fernández plega ya la sábana mortuoria en que ha de envolver mis maltratados restos a las nueve de esta noche, o la añoranza de llaga viva, esa pústula de conciencia familiar avergonzada con que Ana Cleto de Mayorga recrimina a Pedro de Mayorga, mi compadre y Comandante de la plaza de Cartago su traición para conmigo… ¿Qué valor tiene el arrepentimiento si fuimos dotados

de la capacidad para evitar su rencoroso estado? ¿Quién nos ahorra de practicar el mal si fuimos oportunamente prevenidos?...

Hubo algo en mí —y aún desconozco su interior motivación— que me alejaba de procurar el daño para los demás; acepto la existencia de esa dudosa virtud. Dudosa, digo, porque en su ulterior razón me beneficiaba ser justo, como siempre nos es útil la benevolencia ante nuestras fortalezas y debilidades.

Algo de pecaminoso puede haber tenido en ello mi vanidad: no puedo negar que un tanto debe haberme mareado el incienso de la pronta gloria y que si bien luché por dar paz y felicidad a mis hermanos de Centroamérica, también me demandaba que mi nombre estuviera ligado a tan hermosas quimera y ventura. Hoy comprendo, estremecido en este vestido de lluvia de luz en que me estoy metamorfoseando, que las causas del bien nos deben ser impersonales y que cuando nos damos a los otros debemos hacerlo despreciando el hábito de la retribución, volviendo la espalda a los murmullos del agradecimiento, solicitando con la más tierna humildad que nuestro nombre sea borrado de la edificación de la obra, para que la obra pertenezca a la colectividad. La gracia del verdadero amor subyace en dar sin ser recompensado. Pero tampoco —sea dicho esto en mi favor— podía pedirse a un hombre ordinario como yo tanto conocimiento de lo eterno, tan vasto dominio de la serenidad…

Haya sido por las volutas de ese incienso palaciego o por una recóndita razón que me impulsaba a obrar bien, no puedo negar que disfruté en su máximo esplendor mi súbito paso por la tierra. Cincuenta años, ¿qué son casi cincuenta años de edad en el decurso de la humanidad?...Media centuria es sólo un chispazo de llamas en el esplendor fosfórico del sol, es el avance de un palmo en el congiro de las constelaciones, es sólo el tiempo necesario para que mi hijo transmita sus consejos al hijo de su hijo: esquirlas de una batalla que apenas si acaba de comenzar, momento breve en que respira el universo, temprana fugacidad en que nos encendemos y ya comenzamos a expirar…

Debo a María Josefa, diecisiete días más joven que yo, el recuerdo permanente que me hacía de la necesidad de la humildad. Observa estas dos velas, me amonestó la tarde de un triunfo en el Estado, mientras accionaba el yesquero e iluminaba la habitación: las dejaremos encendidas por la noche y se extinguirán al amanecer… Aclararán la oscuridad y, al despertar, de ellas sólo permanecerá en nuestros ojos la sombra de su intensidad. Pondremos a esta vela el nombre de Francisco Morazán… la otra seré yo… Mañana registraremos nuestras miradas para reconocer si nos reconocemos cuando la vela se haya marchitado… Si entonces aún me veo en el fulgor de tu retina todos mis sacrificios habrán sido compensados…

Declaro que en este instante de muerte mi único suspiro es porque el brillo de mi afán entinte para siempre el porvenir de los centroamericanos…

Reconozco que supe anidar en mí esa remembranza de la humildad que debería alumbrar siempre las mañanas de los gobernantes. El ejercicio del poder no es más que el balance personal entre el asomo de la traición y los riesgos de la fidelidad… Yo conocí ambos muy temprano, casi desde mi arranque en el escenario de la vida pública centroamericana, y afortunadamente dispuse de maestros que me lo mostraron antes de enfrentarme a esa cara bifronte que conforma la personalidad de los hombres.

Fue Dionisio de Herrera —el único hondureño electo a las presidencias de Honduras, Nicaragua y El Salvador— quien abrió para mí las vastas bibliotecas de su experiencia individual y del saber colectivo de los libros. Allí, en la morosa Tegucigalpa, aquel pueblo de Honduras donde el aire de la Colonia quedó atrapado entre las colinas del Berrinche y la montaña del Picacho, pude encerrarme en 1820 a discutir mis silenciosos monólogos con Pope, Voltaire y Montesquieu, quienes volcaban sobre mí, desde sus páginas, la biografía del Estado, la volubilidad y el heroísmo de la humanidad y la permanencia absoluta de la naturaleza. Sin esas ambiciosas lecturas a marchas forzadas la batalla de mi vida hubiera sido la de un caudillo más, la de un atrevido montonero sin idea de la trenza de la historia, quizás sólo la de un honorable mercader, como mi padre, oscuro en el sinfín de las sierras y los montes nacionales.

Ahora puedo ver, desde esta esquina de mi inconcluido suplicio, la transformación que me produjeron esos tempranos momentos. Fue por aquellos libros entonces prohibidos que nació en mí el ardor de la llama de la libertad. El régimen español considerábalos indignos de la inteligencia de sus vasallos y la iglesia desde los púlpitos los anatematizaba. Percibo ahora que esa ha sido por siempre la historia de la humanidad: el encuentro violento entre el espíritu que se alza y la fuerza que lo aplaca, entre la fresca idea que nace para abrirse paso en la eclosión social de su naturaleza solicitada y la de los poderes que pugnan por dominarla y matarla.

No nos atrevíamos entonces a hablar en voz alta sobre las virtudes de la revolución de Francia, o a apreciar el gran trasfondo de contenido humano que la rebelión de las colonias norteamericanas había depositado en su sistema federal, menos aún, más tarde a justipreciar el derecho de las provincias para plantear ante las Cortes de Cádiz, disueltas por Fernando VII, su necesidad de regenerar la pudrición del gobierno ibero en América. Mi juventud fue una siembra de sotovoz, la instancia del miedo, la cosecha del terror que la justicia europea había impuesto sobre nuestras cabezas.

Pero Dionisio de Herrera traducía para mí en las salas de su casa de la pequeña Tegucigalpa los discursos de Robespierre, los fragmentos de la Gran Enciclopedia gala que le llegaban ocultos en las canastas de vino o las cajas de fierro de azadón, leía bajo la luz de la vela en un inglés emocionado la historia de los comuneros o la hazaña de los esclavos rebeldes de Port-au-Prince, interpretaba la causa de los alzamientos que suscitaban los independentistas en el Sur, develaba la insensatez de que los reyes se consideraran de origen divino, ponía a trasluz el abuso que sacerdotes y frailes hacían de los sentimientos de su comunidad para respaldar los males del mal gobierno que nos administraba, hacía cábalas y cuentas sobre las riquezas que iban como valioso lastre en los barcos que partían de nuestras tierras a aquellas otras allende el mar, contabilizaba impuestos, tasas, almojarifazgos y alcabalas, sumaba cuantiosos diezmos que engordaban las propiedades ya de por sí inmensas en manos de la Iglesia, se horrorizaba de los castigos y sufrimientos de garrote vil que usaban las autoridades coloniales en Cuba o de las húmedas ergástulas donde desfallecían nuestros patriotas condenados a penas en prisiones horrendas…

Fue por él que comencé a comprender que los imperios sólo sobreviven gracias a nuestra diaria, a nuestra pequeña muerte.

Y así penetraron en mi entendimiento las viejas razones del Padre Bartolomé de las Casas ante las Cortes reales, su solicitud para que no sólo el alma, sino el cuerpo, los monarcas protegieran y salvaguardaran del indio americano. Y en esas tardes calientes de Tegucigalpa, en las que aún el céfiro se detenía, el temblor de la flama de las lámparas nos ponía estremecimientos de indignación en el ánima al reconocer que para Europa sólo éramos su vasto e inacabable almacén, la fuente de tan pasmosas riquezas que apenas si tocaban puerto español y ya partían de nuevo a las bóvedas de voraces prestamistas italianos o alemanes.

Las potencias de ultramar se debatían entonces en inconclusas y prolongadas guerras que desde acá financiábamos con el producto de nuestras feraces tierras y donde nosotros los criollos, aquellos otros que tenían a sus dioses enterrados en las montañas, y los negros secuestrados del África para venir a morir aquí, sólo contábamos como un inmenso continente de siervos y proveedores. Nos condenaba nuestra propia exuberancia.

Y en los crepúsculos cálidos de Tegucigalpa, aquellos en que degustábamos los membrillos de Intibucá y las tibias polentas de Olancho, o cuando aspirábamos el aroma a tierra serrana de nuestro café nativo, Herrera nos instruía sobre la injusticia con que la Capitanía General de Guatemala se apropiaba de los bienes de nuestras otras provincias y centralizaba su comercio, regulaba su tránsito y tasaba arbitrariamente los precios de la zarzaparrilla, de las pacas de cueros, las

tumbillas de añil, los cuartones de caoba, cedro, negrito o guayacán, o bien imponía los valores de los fletes en las naves de barlovento obligándonos a utilizar sus puertos, postear en sus barcas, contratar sus prácticos y capitanes, alquilar sus guardias, resarcir sus pérdidas de mar y finiquitar sus impuestos. Éramos el trofeo de la aristocracia y comerciantes de Guatemala; la aristocracia de Guatemala era el botín de los caudales del rey.

Y en las noches frías de Tegucigalpa, aquellas en que se ensanchaba y borbollaba el río Choluteca henchido de neblinas y promesas de riesgo y muerte, noches en que podíamos hablar con menos temor por estar las callejas solas sembradas únicamente de sereno y encuentros en los zaguanes de amor, y en las que nos irritaba el tazón de chocolate la piel de las manos poniéndonos calores osados en el corazón, nos referíamos a los encuentros que por la mar Caribe se hacían con ingleses que pensábamos revolucionarios, enemigos de nuestro real enemigo español, y se susurraba sobre sus distintas costumbres y maneras, la templanza con que arreglaban sus cultos a dios, la esplendidez de su libre comercio y aquella aureola de invencibilidad con que nos maravillaban su audacia y desafuero. Meditábamos entonces alianzas, calculábamos *prest* y tropas y municiones para el día de los alzamientos, sujetábamos la brida de nuestros imaginarios ejércitos y soñábamos con despertarnos una mañana iluminados por el sol de la libertad.

Dionisio de Herrera, entonces Secretario del Alcalde Narciso Mallol, economizaba draconianamente las palabras para derrumbarnos el edificio de esos sueños: el problema no son las razas, advertía, o las culturas o las naciones. Son los imperios. Y desde Asiria, Egipto y Roma, desde Nabucodonosor a Augusto, Carlos V ó Napoleón, siempre los imperios han sobrevivido por la explotación de sus colonias, a las que rigen y ordenan y administran como el zángano en la colmena: gozando el disfrute del trabajo y la riqueza de los demás. Inglaterra no es más que otro imperio en la biografía tumultuosa de la humanidad. Aliarse con sus fuerzas nos fortalecería temporalmente pero nos debilitaría para la eternidad.

No, el camino es otro, debe ser otro… murmuraba entreviendo el frontón oscuro del Calvario desde la ventana.

Alguno hubo que propuso durante esa tertulia levantarnos en armas y conquistar súbita, atrevidamente la ciudad e imponer nuevas autoridades en un glorioso grito de independencia como ya se sabía se gestaba en Nicaragua y San Salvador. Rememoro en esta noche de mi holocausto, este quince de Septiembre de 1842, que mi ingenuidad de mozo me impulsó esa vez a considerar con ingratitud la conducta parsimoniosa, casi indolente con que escuchaba caer las palabras de Herrera: la independencia no es sólo un grito ocasional, decía mordiendo las

frases: es un alarido diario, permanente, que hay que despertar para siempre en el cuenco de los oídos de la humanidad…Torné a ver a su esposa Micaela —mi prima hermana materna— y sus ojos graciosos dijeron la frase que Herrera repetía burlonamente: el pueblo es como un niño, que llora cuando se le asea…

El veintiocho de Septiembre de 1821 amaneció como otro viernes más. Nadie sospechó que con las primeras luces que arrancaban luminarias de jade en los pinares cercanos a Tegucigalpa arribaba también la mañana de la historia. Noticias de viajeros extraviados nos habían advertido ya consabidamente que en la Capitanía General de Guatemala rumores de sublevaciones triunfantes recorrían la capital y que en los últimos periódicos se escribía ya tan abiertamente a favor de nuestra apetecida independencia que evitarla y retenerla por más tiempo sólo conduciría a las aventuras de proclamarla o abortarla. México había dado el ejemplo y no nos sorprendió excesivamente que el correo detuviera ese día su caballo con más prisa que la acostumbraba a la puerta de la Alcaldía Mayor y desempolvara, con el rostro de benevolencia de quien sabe más, los pliegos que anunciaban nuestra libertad. ¡Guatemala había acordado separarse de España y constituir su propio gobierno!...

Campanas, cohetes, matracas, cabildos, cencerros, misas de gracias, públicos juramentos y fidelidades manifiestas, ¿qué no preparamos y organizamos y decidimos para tan augusta y súbita fiesta? Pero en las provincias que entonces éramos América del centro no todos sentíamos igual ardor autónomo. Comayagua aceptó la independencia pero la sujetó inmediatamente a México, igual que Chiapas y otras ciudades. Con nosotros se unieron al grito de Guatemala los Llanos de Santa Rosa, Gracias, Omoa, Trujillo, Olancho, Choluteca y Santa Bárbara… Fue desde tan temprano que se reveló nuestra desunión. El Gobernador Gregorio Tinoco se precipitó sobre Tegucigalpa para imponer su decisión y el pueblo entonces me eligió Teniente de milicias del primer batallón que marcharía a oponer las fuerzas en Comayagua.

Hasta entonces nunca había alzado una lanza en guerra, disparado un fusil o puéstome el péndulo de la espada al cinto, excepto en mis correrías infantiles. La vida se me abalanzaba avarienta calzando desde ese día armas en mis manos, pero las de la muerte, no aquellas otras para las que ya por ese tiempo estaba tan bien preparado, que eran las del amor.

Y menos de seis meses después, en 1822, se nos encadenó al gobierno de Agustín de Iturbide, vuelto Agustín I, cuya ambición imperial le hacía ver los territorios de Centro América como un gran virreinato de México.

Y menos de dos años más tarde volvimos a proclamar la independencia, esta vez la verdadera, en el Congreso Federal que de todos los pueblos, menos

Chiapas, se había reunido en Guatemala. Y ese fue el momento en que el destino nos careó con nosotros mismos y los centroamericanos comenzamos a reconocer en nuestros propios rostros los rasgos humanos que nos distinguían y los intereses que nos separaban, y recibimos con alborozo nuestro nuevo nombre —Provincias Unidas del Centro de América— y nos enfrentamos ya solos a los sueños y las pesadillas del porvenir.

Hay sucesos de esa época que hoy, mientras lentamente me descarno, veo con absoluta nitidez. ¡Éramos tan puros inaugurando nuestra nueva república federal! ¡Y éramos a la vez, y quizás por ello, tan torpes! No comprendimos, insertos en aquellos hermosos ideales, la trampa hacia la madurez que nos tendía la historia. Pedro Barriere, el Intendente de San Salvador, juró la independencia de 1821 declarándose fiel defensor de los Santos Evangelios, de la Sacra Cruz y de "la monarquía americana".

Otros pedían que al anexarnos a México al hijo de Iturbide se le declarará "Príncipe de Guatemala".

Y luego, al concluir el congreso de 1824, teníamos tanta prisa por reconstruir la nación y desengrillarla del régimen español que en sólo diecinueve meses de discusiones los diputados formularon 784 actas, 137 decretos y 1186 órdenes oficiales, así como un Constitución inspirada en el federalismo norteamericano, el republicanismo galo y el liberalismo hispano, que en nada se parecían a nosotros.

Allí empezamos a conocer las grandes divisiones que habrían de marcar para siempre la vida de Centroamérica, allí vislumbramos la oscuridad de los hondos abismos entre criollos y mestizos, entre ciudades, entre provincias y Guatemala, entre liberales y conservadores. Estos se horrorizaban de la pujanza con que se procuraba impulsar el cambio. Aquellos odiaban la lentitud de comprensión con que los conservadores se oponían a apresurar el nacimiento ordenado del país. ¡Éramos entonces tan pobres en riqueza material y tan ricos en pleitos y disensiones!

Ratificado Dionisio de Herrera como Jefe del Estado de Honduras tras los sufragios acordados por la asamblea constituyente, Fortuna arrebató otra vez de mis ilusiones la visión del futuro hogar que anhelaba y se me nombró Secretario General del gobierno en Septiembre de 1824…

Septiembre ha sido para mí un mes extraño: quince años más tarde, esta misma fecha veinticinco, había de emerger victorioso tras la batalla de San Pedro Perulapán, y pocos días antes vencería en San Salvador. Mis mejores momentos, sin embargo, me ocurrieron casi siempre a inicios de año, pues parece ser esa la época de las sublevaciones en el istmo. Creo que ningún otro centroamericano

combatió con las armas, a mi pesar, tanto como lo hice. Dirigí más de veinticinco batallas en menos de un cuarto de siglo. ¡Tanta vida ahorré, tanta sangre habré derramado en nombre y defensa de Libertad!

Pero el gobierno de toda Centroamérica, con sede en Guatemala, estaba dirigido por un salvadoreño, Manuel José Arce, que no aceptaba que la pureza liberal de Dionisio de Herrera desaprobara sus desórdenes legales. Esa administración se había iniciado con un evidente fraude contra José Cecilio del Valle, primo de don Dionisio, y por allí deben haberse alimentado algunos odios.

Y con la excusa de haber tomado nosotros de Copán unos fondos que de las rentas federales de tabaco necesitábamos para defendernos de las amenazas de Nicaragua, envió tropas Arce en 1827 al mando de aquel injusto hondureño, José Justo Milla, a conquistar nuestra capital en sangre y fuego. Fue la chispa en el arsenal de males que encendería desde entonces a Centroamérica.

En Noviembre de 1826 habían recorrido las calles de Comayagua curas y frailes desafectos, malquistados por haberles limitado Herrera sus privilegios ancestrales y batían campanas, esponjaban inciensos, salpicaban campanillas y azuzaban a la guerra civil. El Vicario Nicolás Irías agarró la gloria de dios en una mano y con la otra excomulgó al Jefe Herrera. Tegucigalpa también se revolvía y desconocía nuestra legitimidad.

El oficial Francisco Ferrera entonces a nuestro mando —el mismo Ferrera que en este año de mi muerte gobierna Honduras y me ha decretado odio eterno––se adelantó a espiar la aproximación de Milla y con sólo diez de sus hombres lo detuvo temporalmente en Yamaranguila. Confieso que yo aún conservaba un tanto novata mi espada, pero la agresión que el presidente Arce hacía al Estado de Honduras logró que esa mi imperfección militar durara poco tiempo, pues al arribar Milla a Comayagua pude cruzar aceros con la gente de su retaguardia.

En Mayo de 1827 Milla sitió e incendió innecesariamente gran parte de la ciudad —iglesias, barrios y conventos— ayudado por la traición del Comandante Antonio Fernández, español en quien Herrera había depositado su entera confianza. De dieciocho mil habitantes la ciudad quedó sólo con ocho mil y don Dionisio debió recorrer prisionero las ciento sesenta leguas que nos separaban de Guatemala, vencido pero jamás humillado, más vivos que nunca los anhelos de justicia liberal en que creía. Allí, Arce le impuso por cárcel su propia casa.

Disgregadas nuestras tropas tras el mal combate de la hacienda la Madariaga, en que agotamos la munición y tuvimos que disolvernos, debí partir al exilio en Nicaragua. Pero angustiado por la suerte de María Josefa —a quien desposaron mis ilusiones de amor y paz en Diciembre de 1825— y por los hijos de su matrimonio anterior, desde Choluteca mandé solicitar seguridades del Jefe Milla para permanecer en Honduras.

Confiado en sus garantías marché a Ojojona, donde comprobé que los conservadores lo que menos conservan es la palabra empeñada. Preso, fui enviado reo a Tegucigalpa, de cuyo aherrojo escapé audazmente tras veintidós días de encierro. Huí a San Miguel, en El Salvador, y luego a León, Nicaragua, donde procuré fuerzas que me permitieran tornar en plan de reivindicación a mi sojuzgada patria. Desde entonces, o desde cuando le causé tantos daños mientras sitiaba Comayagua, fue que a Milla lo indigestó su rencor de hiena contra mí.

El descontento contra ese jefe, el ineluctable destino, ciento treinta y cinco oficiales que nos facilitó Nicaragua y mi pasión por restaurar el sano gobierno que habíamos electo, se unieron y nos dieron fuerzas para reconquistar la legalidad. En Choluteca recibimos refuerzos de El Salvador y con una considerable división de 375 hombres marchamos sobre Tegucigalpa. Milla se interpuso en nuestro camino y en el de su fatalidad. Lo vencimos a las tres de la tarde y en el campo de La Trinidad quedaron abandonados su orgullo, su ejército de 1150 soldados y los arreos de guerra de que disponía. Al día siguiente, doce de Noviembre de 1827, entré en Tegucigalpa, y el veintiséis en Comayagua… Mi espada comenzaba a deslizarse en su funda con suaves brillos de veteranía.

Es sorprendente. Muchos de estos detalles habían entrado ya en el reino de mi olvido, pero la muerte parece ser sólo el reencuentro con nosotros mismos. Veo ahora mi propia imagen, vestido de civil, a caballo y arengando las tropas con una seguridad militar que sólo me proveían los arrestos del patriotismo y los reclamos de la justicia. Un natural sentido común y el consejo de mis lugartenientes nos proveyó el mejor plan de ataque en La Trinidad y nunca me arredró saber que mis fuerzas eran en número inferiores. En la vida, la confianza en uno mismo, la certeza del triunfo contra los desvanecimientos del mal presagio, tuercen el destino y los hombres construyen su propio futuro con la fuerza de la mente y el deseo. Sé hoy que un sino mágico me protegía, como ocurrió en 1834, cuando la muerte arrebató el gobierno de la República Federal de manos de José Cecilio del Valle y me lo entregó. La vida de los hombres es una cadena de consecuencias sospechadas.

Vuelto a Comayagua —entre los agasajos que las mejores familias nos dispensaban a María Josefa y a mí— el Consejo de Estado me encargó el Ejecutivo de Honduras a falta de sus jefes y entonces pude recuperar las rentas de la nación y organizar el ejército con que combatiría las fuerzas de Arce que sitiaban San Salvador. El cuatro de Junio de 1828 atravesé Choluteca con 600 hombres y arribé a Lolotique. Mi enemigo, el Coronel Domínguez, estacionó su tropa en Chinameca, a una legua de distancia. Allí aguardé once días sin que Domínguez atacara ni arribaran los refuerzos salvadoreños que yo esperaba.

El duodécimo día recibí aviso de aproximarse los salvadoreños. Marché a protegerlos cuando cruzaran el Lempa pero la lluvia nocturna me lo impidió y debí alojar mi pequeño ejército en la hacienda de Gualcho. Domínguez, sin que yo lo adivinara, se situó también a una legua de distancia. A las tres de la mañana cesó la lluvia y a las cinco supe que Domínguez avanzaba en plan de ataque. No podía retirarme. Hacerlo con una tropa bisoña es alentar el desconcierto y hundirle la moral en la incomprensión. La hacienda estaba flanqueada por una llanura indefendible a tiro de pistola, y por un río inaccesible, además de quedar ubicada doscientos pies abajo del enemigo. Debí aceptar la batalla en plena desventaja. Esperaba, además, desviar la atención sobre el refuerzo salvadoreño que estaría vadeando el Lempa y que podría auxiliarme en mi situación de extremo peligro.

Un fuerza enemiga que bajaba fue detenida por ciento setenta y cinco heroicos soldados hondureños y su ejemplo entusiasmó al resto de mis fieles, quienes recuperaron el ala derecha y su artillería, ocupada por el enemigo, y tras largo tiempo de combate pusieron en fuga a la tropa de Domínguez. Capturamos muchos migueleños que habían venido a presenciar nuestra derrota y quienes debieron pagar los costos de la guerra. Gualcho fue una onda eléctrica que arribó pronto a San Salvador y a Mejicanos y fortaleció el espíritu de los sitiados. Desde el espacio en que ahora la veo, esa batalla fue pequeña, casi insignificante en la lucha que todos manteníamos por la libertad de Centroamérica, pero era necesaria y justa.

Allí me vi obligado a ordenar el primer fusilamiento que aprobara en mi vida. El Capitán Cervantes, desobedeciendo mis órdenes de evitar a toda costa que la tropa se lanzase al saqueo y se vengara —semidesnuda como estaba por sus prolongadas hambres y escaseces— arrancó a una señora prestamista su cadena de oro, por lo que el Tribunal lo condenó a muerte y fue pasado por las armas en San Salvador.

Era una medida grave, lo sé, pero no tembló mi mano al sancionar el acta del tribunal porque estaban en juego la paz de la república y el orden de la causa. Pienso hoy, sin embargo, que la guerra es el más bestial de los oficios asignados al ser humano y que aun cuando me asistían la razón y la justicia ningún hombre vale su propia muerte a manos de otro. Pero la época, el momento, los ideales, la necesidad de hacer imperar la democracia centroamericana lo imponían. Algunos somos sólo en el concierto de la naturaleza el brazo del destino de los pueblos.

Vuelto a Tegucigalpa, creí vanamente que estaba presto para ordenar el Estado, mejorar su educación, sanear sus rentas, tender sus caminos y, por qué no, reposar en el amor nuevo que me florecía por María Josefa, ausente de mis

sufrimientos y consciente del dolor de la separación. Pero inmediatamente tuve noticias de la sublevación que los serviles de Guatemala habían despertado entre los Opotecas y los daños que estos habían provocado en Comayagua, por lo que debí disponer otra tropa que los dominara, como en efecto se hizo. Pero como los hombres del Presidente Federal Arce continuaban amenazando El Salvador, monté nuevamente mi cabalgadura y con 1200 soldados a mi mando, y con 400 del Coronel Antonio Márquez, emprendí ¡otra vez!, rumbo a San Miguel en procura de recobrar su paz.

Sin embargo, sabido el enemigo de nuestro avance, se retiró y regresó a Guatemala. Calculando que tomarían el camino de Gracias los seguí y situé mi fuerza en la hacienda de San Antonio, donde luego de una batalla de casi una hora cayó la noche y se apaciguaron los fuegos.

Al amanecer se me aseguró que el enemigo deseaba capitular y entregarse prisionero. Consentí en lo primero y los dejé en libertad en lo segundo, dándoles incluso 3000 pesos para sus soldados y algunas armas.

Sólo que infieles a su palabra y desagradecidos de su magnánima suerte, cometieron pillaje y asesinato en su partida hacia Guatemala. Los comandaba el subjefe Teniente Coronel Antonio de Aycinena —vástago de la aristocracia guatemalteca— que fue incapaz de proteger la memoria de sus antepasados salvaguardando su honor militar.

Libres Honduras y San Salvador de la amenaza del Presidente Arce, acepté la invitación para pasar a la capital de este Estado en Octubre de 1828, no sin solicitar antes por oficio que se eliminaran homenajes victoriosos a mi persona, que no creí necesarios.

Pero aun así, no pude impedir verme aclamado en medio de mi ejército por aquel pueblo heroico que había resistido tantos días el sitio de tan grandes fuerzas guatemaltecas y que profesaba a la verdadera causa liberal y federalista su más grande pasión.

Pero Arce, que por entonces permanecía en Santa Ana con los restos de su mal gobierno, debía ser expulsado de El Salvador e incluso del territorio de Guatemala. Y así, mandado por el derecho y la necesidad debí prepararme para restaurar la legalidad en aquella importante capital de toda Centroamérica.

Casi simultáneamente, en Enero de 1829, los ciudadanos de Antigua desconocieron a Arce y solicitaron que fueran repuestas las autoridades originales de 1826. Debo expresar que cierta recóndita satisfacción de provinciano ante la posible conquista de la ciudad que había sido asiento del gobierno colonial, me impulsó a realizar esa campaña. Estaba escrito para mí que sólo en la muerte se me concedería la paz.

2

Dos mil hombres marchaban conmigo hacia Guatemala, dos mil hombres cuya columna de polvo ennegrecía los ceibos, atragantaba la luz y dictaba silencios en el valle y la montaña, dos mil hombres balanceándose entre los pesos del miedo y la gloria, dos mil hombres solos con la esperanza de su propio corazón.

Venían entre ellos Dragones antigüeños y lanceros curarenes, oficiales guatemaltecos de cantado acento, calvareños, tegucigalpas, leoneses, migueleños, artilleros sureños de alguna perdida hueste de Sucre, cholutecas que arriaban el ganado con el silbido del pensamiento, granadinos expertos en vivaquear y lazar reses salvajes, vivanderas con sus cacerolas de peltre y barro atadas a los palos de las carretas, muleros, talabarteros, cirujanos y cigarreros de Copán.

Dos mil hombres que donde penetraban hacían enmudecer la floresta con el trasegar de sus mochilas, damajuanas y bolsones, o que deslumbraban los congos y los quetzales con el brillo de sus afilados machetes y yataganes. Dos mil trashumantes conjuntados bajo la bandera de un sueño colectivo y su sueño personal: la fama o el pillaje, la bonanza de un puesto público o la libertad, el arrojo por dominar la gran Guatemala o el engaño del suicidio con que el despecho amoroso empuja a los hombres en brazos de la muerte. Dos mil alucinados desfilando ante la luna y el sol.

Quienes comienzan a escribir la historia de mi vida a partir de este instante en que muero deberían conocer antes de entintar la pluma la gran angustia organizativa que significa preparar un ejército de la nada y disciplinarlo. Cuando Napoleón se alzó en vuelo hacia el poder francés llevaba tras él casi mil años de historia y de experiencia militar de la nación gala. Cuando Bolívar deja caer sobre la hamaca su osamenta enferma lo acompaña el recuerdo de los mejores oficiales que siempre lo secundaron. Cuando Inglaterra organiza sus tropas lo que pone en

movimiento es a los veteranos del imperio, o cuando España cruza el Atlántico para subordinar América sus hombres apenas si están tomando un respiro entre la última batalla de la reconquista y la primera en Tenochtitlan.

El centro de América carecía de ejércitos. Los suyos eran sólo una leva de pacíficos artesanos, músicos, plateros, relojeros, campaneros, ceramistas y buhoneros desempleados, montañeses aguerridos pero indóciles y campesinos abandonados por la bendición de la lluvia o la buena simiente. Su máxima ansiedad estaba en la libertad y la legalidad; el juego de los giros y las tácticas faltaba a su conocimiento. Dos mil patriotas marchaban conmigo sobre Guatemala.

En aquella capital la alargada sombra de dos mil guerreros que se aproximaba infundió terror. Los seguidores del Presidente Arce comenzaron a alejarse de él, dejándolo solo, como ocurre cuando el aliento a derrota trasuda en las palabras del caudillo. Aun así, los principales y más ricos comerciantes de la ciudad, aquellos que generación tras generación habían expoliado a las otras provincias imponiendo sus leyes, contabilidades y usuras, los mismos que formaban una falsa aristocracia sin respaldo de escudos y heráldicas hereditarias, se organizaron y prepararon estrategias.

Como los ciudadanos no acudían a tomar las armas emitieron drásticos decretos y promesa de gruesas penas a quienes se resistieran, y aún no satisfechos sus planes recurrieron al espanto y los signos de dios para conquistar por miedo a la población. El Arzobispo Cassaus inflamó la llama de sus diarios sermones acusándonos de herejes y liberales, haciendo ver que si nos permitían ocupar su rica capital los indios salvadoreños y Texíguats devorarían la rosada carne de sus niños chapines.

Un mediodía, por causa de vientos etesios que luego supe se dan usualmente en Guatemala al despuntar el año, tiñóse el cielo de carmines y los cúmulos atmosféricos formaron en el firmamento unas como aladas palmas de oro. Incontinenti los sacerdotes hicieron saber a la población que aquellos emblemas eran los de la suma gloria que alcanzaría a los que murieran peleando por don Mariano Aycinena.

También en esos días la Madre Santa Teresa de Jesús asomó a la capilla del convento cada tarde para mostrar a los asustados devotos unas cartas que dios le había manifestado y en las que horrorizado por el peligro que se cernía sobre Guatemala con el pronto arribo de los liberales, derramaría tristezas y males sin cuento entre los capitalinos si no se disponían pronto a defender el sacro territorio de su amado pueblo.

La Madre Teresa enseñó varias veces el mensaje de aquellas insólitas conferencias —plagadas de errores ortográficos y que sólo ella recibía. En ellas,

curiosamente, dios se ponía al lado de la bandera de los serviles y del hermano de la monja, el Marqués de Aycinena. Los frailes de los innúmeros claustros salieron igualmente a predicar que Francisco Morazán y su furiosa tropa cabalgaban a destruir la fe religiosa, la santa paz del Estado y la civilización. A pesar de tan ingeniosos esfuerzos sólo pudieron poner a dos mil hombres sobre las armas.

Envié entonces una División por Chiquimula, otra por Quetzaltenango y una más hacia la hacienda Corral de Piedra; aquí se nos unió un escuadrón de Antigua comandado por el General Isidoro Saget. Simultáneamente coloqué una División en el pueblo de Mixco, con lo que impedí que entraran víveres y agua a la plaza de Guatemala. Ocupamos Antigua, donde se nos agregó el General Nicolás Raoul y se acordó reinstalar allí al verdadero gobierno liberal disuelto por Arce en 1826. El quince de Febrero de 1829 nos capturaron Mixco pero lo retomamos. Más tarde, a una legua de Antigua uno de mis mejores oficiales que luego decapitaría Carrera, el Teniente Coronel Corzo, cargó con sus Dragones sobre el enemigo en San Miguelito y lo destruyó.

Salí luego hacia Las Charcas, pues se me aseguró que los serviles marchaban también hacia esa hacienda. Al arribar a ella contemplé el nada reconfortante espectáculo del valle entero ocupado por la caballería guatemalteca y sus tres columnas de infantería impidiéndome el paso. Quinientos soldados nos embistieron y comenzó a volar la artillería en el cielo claro, fuego que contestamos vivazmente. Mas, cansado de esperar nuevos avances sobre mis fuerzas tomé la iniciativa y lancé sobre ellos dos compañías de Cazadores. Y al escuchar las primeras descargas y el estallido de las bombas, aquel ejército volvió precipitadamente contra sus huellas y huyó sin disparar un solo tiro, perseguido por nuestros Gran-Guardias de caballería.

Dediqué desde ese momento diversos esfuerzos a evitar que se continuara derramando sangre centroamericana y facilité que el ministro de los Países Bajos organizara en Abril pláticas de paz. Además la viruela maligna, de la que no encontrábamos vacuna, empezaba a emponzoñar nuestro Ejército Aliado Protector de la Ley y había peligro de que las tropas se disolviesen y retornaran a El Salvador.

Así que las pláticas fracasaron intenté otras y propuse un plan de arreglo, entre cuyas cláusulas la cuarta ofrecía un olvido general por nuestras diferencias y por los males pasados. Los conservadores se negaron a aceptar mis honrosas condiciones y debí reconocer que la batalla por Guatemala se aproximaba tan rápidamente que de no ser por el valor y la audacia tendríamos grandes sacrificios de hombres.

Entonces concebí con Raoul las estratagemas con que tan usada es la guerra en las épocas de cosecha de la osadía de la humanidad. Preparamos una orden secreta para falsos ataques: el siete de Abril situamos un numeroso contingente por el lado de Buenavista de la urbe de Guatemala, para que el enemigo pensara que por allí lo batiríamos e iniciaríamos el asalto a la rica ciudad.

El día ocho retiramos esa fuerza y mandamos dos divisiones de infantería y otra de caballería rumbo a Mixco, haciendo creer a los espías del enemigo que se dirigían a San Salvador, a aplacar una supuesta rebelión en contra nuestra. Los guatemaltecos, enterados de esta propalada falsía, trajeron entonces su gente de Chinautla hasta la entrada de Buenavista. Para hacer aquello más verosímil colocamos una cadena de Gran-Guardias frente a sus fortificaciones, como si estuviéramos intentando ocultar nuestro supuesto repliegue a Antigua y San Salvador. Así logramos concentrar en un lado de la capital la mayoría de destacamentos del enemigo.

Pero aún más: pusimos por la noche soldados que por Buenavista se dieran continuamente el quién-vive como si formaran parte de un gran ejército. A ratos, intencionalmente, en la oscuridad fingíamos pláticas descuidadas para que lo oyeran en las fortificaciones, y en las que se preguntaba hacia dónde se había alejado la Primera División, respondiéndonos "hacia Antigua", y al inquirir sobre la Tercera División, diciéndonos "rumbo a El Salvador".

Luego, a las tres de la mañana, un tambor tocaría diana en un lugar y la banda ejecutaría aires de guerra. Otra le respondería al siguiente extremo. Entonces esas mismas bandas cambiarían de sitio y harían lo mismo en diversos lados hasta ordenar ataque al amanecer. Tras unos tiros frente a las trincheras serviles un oficial regañaría, falsamente, a los impulsivos salvadoreños, advirtiéndoles no adelantarse pues el asalto a la ciudad sólo comenzaría con la luz del día. Después de ello se retirarían para no ser vistos en tan escaso número por los sitiados. Con esto convenceríamos al enemigo de mantenerse apartado del flanco en que realmente acometeríamos la plaza.

La victoria nunca es gratuita, jamás es proporcionada por la casualidad. Demanda el más exigente tesón y la más férrea voluntad. Y así, con gran trajín nuestros ingenieros trasladaban a medio día o en la oscuridad morteros y cañones, acumulaban rocas para alimentar el vómito de aquellas bocas negras, trenzaban escaleras para conquistar techos y almenas, colectaban fierros, almacenaban picas y chuzos con que derribar paredes y abrir troneras, reparaban carabinas, mezclaban salitre, azufre y carbón para adobar la pólvora más seca, tallaban cureñas y repartían piedras de chispa para los fusiles, ordenaban costurar salveques y alforjas de munición, pulían lanzas, limaban aristas de balas romas

mientras los calvareños afilaban sus machetes y limpiaban bayonetas, los comayaguas dosificaban el pasto de sus caballos de batalla, los leoneses salaban tasajos de sus arriadas o nuevas ganaderías y en algún retén apartado los tegucigalpas afinaban las cuerdas de las guitarras con que celebrarían pronto la victoria.

Por aquí, por allá, incansables deambulaban infectos de gloria los mejores oficiales de Centroamérica y algunos de Europa: Peña, Corzo, Raoul, Saget, Villaseñor, Cabañas, Estupinián, Gutiérrez, Argueta, Huezo, Molina, Benítez, Salazar, del Castillo, Robles, Cordero, Torrelonge y tantos más a quienes Fortuna escogería y saludaría con el beso de la muerte o el soplo de la vida. Infatigables, fieles y valerosos, los partes de guerra relatarían después que era tanto su arrojo que despreciaban los instintos más arraigados y se echaban a los lances más temerarios con increíble ardor.

Pero debo ser humilde, incluso después de haber traspasado su necesidad: no los inspiraba yo, lo hacía su indignación por haber sido violentada la Ley en el primer momento del nacimiento de la nación. Inflamados por tan noble causa, mi tarea era solamente organizarlos y dirigirlos para que su deseo de restablecer la justicia no encontrara límites.

No quiero recordar en este postrero instante todas las peripecias de aquella suerte; el dolor de ver perecer a nuestros mejores amigos nunca encontrará gratificación en el triunfo. Incluso la extinción de mis enemigos me pesa, aunque hice todo esfuerzo humano por saldar aquel problema sin necesidad de una batalla. Pero los intereses que defendían los conservadores eran demasiado intensos, demasiado grandes como para abandonar noblemente la ruta de su error. Sólo diré que nunca había presenciado tanta bizarría y bravura y que los días ocho, nueve y diez de Abril deberían quedar inscritos en la historia centroamericana alabada por los pueblos amantes de la libertad.

El once por la mañana recibí una nota de don Mariano de Aycinena en la que me ofrecía su capitulación, la que acepté tras algunas consideraciones dictadas por mi jefatura suprema, los Estados aliados, no sin asegurarles la vida y exigirles depusieran inmediatamente las armas. El día doce debí enviar a Villaseñor y Raoul al interior de la ciudad para proteger del saqueo y la venganza a mis enemigos: ¡qué contradicciones tienen a veces los caminos de la bondad!

El trece entré en la plaza de Guatemala, a las diez de la mañana, e instalé oficinas en el Palacio Federal entre el asombro provinciano de mi tropa por las maravillas de la ciudad. Puse presas a las autoridades usurpadoras, conforme las órdenes que me habían sido dadas por los Comisionados aliados de Nicaragua, Honduras y El Salvador. El veinte de Abril debí anular el acuerdo de la

capitulación pues el Jefe Aycinena había desoído su obligación de entregar todas las armas y más bien ocultó muchas en la catedral para trasladarlas a las montañas y comenzar desde allí una contrarrevolución. Aun así, a nadie se dio pena de muerte, a nadie se quitó sus propiedades, a nadie se exigió contribución. Pero los serviles estaban preparando desde el momento de su derrota el germen de la reacción.

Eso se comprobó temprano. La Madre Teresa de Jesús de Aycinena ——que continuaba afirmando se carteaba con dios—, el clero y toda la nobleza se conjuraban en la capital y los departamentos. El Arzobispo Cassaus y Torres bendecía la rebelión, los Dominicos, Franciscanos, Recoletos y demás frailes incitaban el pueblo a alzarse. Así que debí decretar su expulsión y ordenar a Raoul encargarse de ellos y trasladarlos a Omoa y Acajutla el once de Junio, de donde partieron a México y La Habana. Desde esa fecha el Padre José Trinidad Reyes, que entonces permanecía en Tegucigalpa, se enquistó contra mí y me dirigió por la prensa los peores epítetos. Mal para él porque era tan ingenuo que no sabía distinguir entre religión y conspiración.

En Marzo de 1829 la Asamblea de Honduras me eligió Jefe de su Estado y me preparé a partir tan pronto concluyera mis deberes en Guatemala. Reunido el Congreso Federal en Junio se me otorgó el título de Benemérito de la Patria, el que aún dudo si merecía pues no hice más que cumplir con la ley. Luego arribó la noticia de que la Corona española disponía un ejército para reconquistar sus colonias, pero pronto se supo que los 500 hombres de aquella fuerza habían sido derrotados en México. Con eso abatíamos una amenaza más pero no era la última, pues el Coronel Domínguez, a quien ya habíamos vencido en Gualcho, fomentó una insurrección conservadora con olanchanos y Opotecas y en Diciembre, cuando tomé posesión de mi nuevo cargo en Comayagua, debí afrontar aquella inesperada sublevación. El veinticuatro, en vez de prepararme para Navidad con mis seres amados salí hacia Olancho para sofocar aquel alzamiento con que se pretendía erigir otro Estado en Honduras.

Sin embargo, reacio como me había vuelto la experiencia de la vida para derramar sangre hermana, convoqué a los rebeldes para que conferenciáramos en Las Vueltas del Ocote. Ellos aceptaron, afortunadamente, pues su desobediencia pudo haberse extendido por la nación e incluso por Nicaragua y El Salvador, donde los conservadores buscaban rescatar sus nefastos y perdidos privilegios.

Confieso que mis piernas titubearon y trastabillaron cuando, dejando mi ejército a distancia, me encaminé solo al centro del campamento donde se encontraban ya los cabecillas de la asonada, rodeados por una multitud que destilaba odio,

enfurecida y presta a acabar conmigo. Bajo un árbol senté en el suelo a los orgullosos caudillos de Silca, Jano, Laguata, Manto, Zapote, Gualaco, Yocón, Catacamas, El Real, Juticalpa, Guayape y Palo Atravesado, a quienes convencí de las causas en que tenían razón y en las que les faltaba. Impresionados por mi temeridad y justicia sacrificaron su autonomismo ancestral y acordaron suscribir una capitulación y aceptar los beneficios que se les otorgaban. Con ello, el veintiuno de Enero de 1830 desactivaba una trampa más de la reacción.

Pero con los Opotecas no concedí favor. Era la tercera vez que se declaraban en delincuencia y desconocían sus compromisos anteriores. En Febrero caí sobre ellos con rapidez de rayo y los derroté, pacificando así también esa inestable región. Esa campaña innecesaria costó al erario nacional más de cincuenta mil pesos que bien pudieron haber sido ocupados en abrir nuevas escuelas.

Agotado por la falta de reposo en mi espíritu y en mi cuerpo decidí retornar al seno de mi familia, pero entonces… Nicaragua se encontraba sumida en la guerra civil y solicitaba nuestros auxilios hermanos. Mientras planificaba mi viaje a esa región de lagos decidí enviar como embajador de paz a Dionisio de Herrera, a fin de que procurara concertar a los beligerantes, lo que logró en poco tiempo y evitó obligarme de nuevo a desenfundar la espada.

Creí entonces que la armonía por fin inundaba el corazón de los centroamericanos, pero era mi afecto por María Josefa el que me hacía ver el mundo de esa manera. En Junio, tras algunos meses de tranquilidad pasajera, se me comunicó que el Congreso Federal reunido en Guatemala me había designado Presidente del gobierno de toda Centroamérica. En los sufragios José Cecilio del Valle y yo —los José hondureños— disputábamos tan grande honor, pero en verdad era el ilustrado y altivo Valle quien más lo merecía y anhelaba.

Emprendimos viaje, por tanto, a Guatemala y el catorce de Septiembre de 1830 volví a entrar, ahora civilmente, en aquella ciudad que me había dado una vez la victoria militar. Esa y otras de mis triunfales luchas deben haber influido quizás para que los pueblos liberales del istmo me prefirieran sobre otros nobles e ilustrados varones.

Declaro que vi esa designación como un deber y la gran oportunidad de volver un hecho los sueños centroamericanos por el bienestar, la riqueza y la felicidad. Desde la Presidencia podría renovar la educación, diversificar los cultos religiosos, hacer olvidar la cruel pena de muerte en picota, modernizar las leyes, fomentar la sana inmigración, fortalecer el sistema de jurados populares según el Código Livingston, de Louisiana, mejorar los cultivos y aumentar la producción y la exportación, corregir el cuerpo administrativo, extender la hermandad entre los ciudadanos, fortalecer las defensas de la patria y, especialmente, trazar aquella

soñada ruta de navegación del mundo que sería por Nicaragua el gran canal oceánico. En estos anhelos Valle y yo, aunque de distintos partidos, jamás discordábamos pues era la naturaleza del buen gobierno la que nos dictaba su más sabio plan.

Esos fueron los principios con que alimenté mi discurso dos días después, en la toma de posesión ante el Congreso Federal. Advertí, además, que mi administración sostendría a todo trance la Constitución, respetaría la religión de Jesucristo —esta distinción entre Católica y de Jesucristo fue intencional—, expandiría las relaciones internacionales de Centroamérica, buscaría la alianza entre los pueblos, el progreso y el orden, amortizaría la deuda externa, particularmente la inglesa, alentaría la instrucción pública, protegería la industria, afianzaría la independencia y con el apoyo de la Divina Providencia construiría el canal por Nicaragua… Los festejos duraron varios días.

Durante casi dos años, debo reconocer con orgullo y sin modestia, logré encausar suave pero firmemente el rumbo moderno en que estaba destinada a navegar Centroamérica. Como me lo advertían los prudentes consejos del ex presidente Barrundia, había que depositar un bálsamo de paz sobre las frescas y recientes laceraciones abiertas en el corazón de los pueblos.

Comencé por recibir el reconocimiento de diversos gobiernos del mundo y busqué estrechar la amistad con ellos. Luego acometí lo que consideraba era el centro nervioso de la deficiencia de la República: su educación, la que fue reglamentada. Creamos la Academia sumando a ella las mejores inteligencias del Colegio de Abogados, el Protomedicato y la Universidad de San Carlos. Patrociné leyes que aseguraran el desarrollo de la industria de los Estados, recomendando su fomento y protección contra el escandaloso contrabando que principalmente arribaba por la costa y desde Belice. Fue decretada la libertad de imprenta sin restricciones ni veladas amenazas jurídicas y el código de la civilización quedó impreso en todos mis actos: el respeto a los derechos ciudadanos, la independencia y el progreso. Aun más, se gestionó la obtención de nuevas rentas que, sin embargo, no significaran una carga odiosa para la nación y ello permitió fortalecer el crédito público.

Los mejores cerebros del istmo aportaban sus luces, exponían con total apertura sus inspiraciones y criterios desde todos los confines de la patria. A fin de organizar el ingreso nacional favorecí el arribo de inmigrantes selectos y se otorgó a locales y extranjeros contratas reguladas para explotar montañas, lagos, minas o ríos. Había paz, trabajo, estábamos emprendiendo vuelo e incluso mis relaciones con los otros cuerpos representativos se edificaron poco a poco sobre una sólida base de respeto que no impedía, empero, la disensión. Afirmé la perma-

nencia del ejército, no porque considerara que necesitara su fuerza sino porque con él se aseguraba la fortaleza del derecho de las instituciones.

Las tinieblas comenzaban a dar paso a la luz. Se desmadejaba lentamente, se despellejaba la ignorancia. Pero sobre todo busqué sin resonancias innecesarias ir desmantelando cautamente aquel aparato de dominio y servidumbre económica con que los conservadores habían tendido sus redes sobre la República. En el fondo mi entera gestión se dirigía a disolver la creencia de que los Estados sólo podían sobrevivir si los llamados nobles manejaban su comercio y si el clero reaccionario imponía el reino de su sentido supersticioso de dios entre los ciudadanos.

Fui también haciendo que se desacreditaran las ideas separatistas o las que exigían unirnos a otra potencia para poder existir. Los serviles no cesaban en su deseo de hacer de Centroamérica un protectorado: inglés, norteamericano, incluso español, no les importaba siempre que esa medida devolviera sus riquezas extraviadas. Una larga y precisa trenza que hilar, pero había que hacerlo habilidosamente…

Aquella paz tuvo efímera duración. Los informes que nos llegaban de los Estados iban poco a poco confirmándose: el partido de los serviles se preparaba a una revolución, dolidos como estaban de ya no ser más los amos de la libertad. A fines de 1831 el ex presidente Arce invadió Guatemala por el lado de Soconusco; nuestro viejo contrincante el Coronel Vicente Domínguez atacó Trujillo y el español Ramón Guzmán asaltó la fortaleza de Omoa. Tuvimos noticia de que habían recibido apoyo del gobernante separatista de San Salvador, José María Cornejo. Allí iba por la borda otra vez mi ansiado y ardoroso anhelo de paz. Quizás si hubiera resistido mis sentimientos de humanidad y los hubiera fusilado en 1829 ahora no tendría la República que sufrir nuevas afrentas…

Partí a El Salvador con veintiocho hombres a fin de emprender un plan pacificador y para esperar ochocientos soldados que enviaría Dionisio de Herrera, por entonces Jefe de Estado de Nicaragua. Honduras aseguraba también su apoyo y sólo los costarricenses —fuera por su lejanía, por su indiferencia al resto de sus hermanos o por temor a las armas— no respondieron. Cornejo, por su parte, alegaba que la Constitución requería reformas, que la permanencia del gobierno federal en Guatemala sólo contribuía a que el gusto de esa capital por la intriga contaminara las leyes de la República. Solicitaba por tanto que la sede federativa se trasladara fuera de la antigua Capitanía General.

Accediendo a algunas de sus proposiciones y con el fin exclusivo de evitar la guerra civil, recibí autorización del Senado para instalar la administración centroamericana en El Salvador. Como respuesta, la Asamblea de aquel Estado

decretó que se separaba del acuerdo de unión… Ante el desmembramiento de la patria ¿qué otra opción me quedaba sino coordinar los ejércitos que como Presidente me ordenaban dirigir Honduras, Guatemala y Nicaragua?

Decidí entonces que esta sería una campaña rápida y ejecutiva, realizada con precisión sanitaria. Con velocidad marché a Jocoro, donde Cornejo había estacionado seiscientos hombres, y a las dos de la mañana del catorce de Marzo de 1832 intercambiaron fuegos nuestras avanzadas.

Derrotados y con quinientas bajas huyeron hacia El Portillo, donde los perseguí, y luego hasta San Miguel y posteriormente a Soyapango, a breve distancia de San Salvador. Los comandantes gobiernistas de Sonsonate, Chalatenango y otras poblaciones se me unieron.

Marchamos entonces sobre la capital y el veintiocho de Marzo a las nueve de la mañana comenzamos a hostigar las trincheras de la ciudad. Allí me mataron el caballo en que montaba pues, sea dicho en mi provecho histórico, siempre estuve al frente de mis hombres animándolos y dirigiéndoles el fuego. Combatimos por más de dos horas, muy sangrienta y aguerridamente, y gracias a la forma en que movía mis divisiones volantes con rapidez, antes de concluir el día nos saludaba la victoria.

En Abril emití el decreto con que asumía el gobierno del Estado y el trece de Mayo la Asamblea convocada al efecto eligió a los nuevos jefes supremos de El Salvador. Inmediatamente ordené también a mis Generales partir a combatir a Arce en Soconusco, a Domínguez en Opoteca y Trujillo, y a Guzmán en Omoa. Estos, con excepción de Arce, fueron justa y legalmente fusilados.

De retorno en la paz pude continuar en calma mi obra civilizadora. La campaña anterior, empero, había dejado una dolorosa lección: el gobierno federal carecía de autoridad y de recursos si los Estados no se los otorgaban y, lo esencial, no contaba con fuerzas para restaurar el orden si estos no se las proporcionaban.

El régimen federativo era como una red tendida sobre Centroamérica: orgánica, democrática pero posible de ser cortada en cualquier instante por aquellos a quienes cubría y beneficiaba. Confieso —algo que sólo expresé a pocas personas en mi intimidad— que en ese momento envolvieron mi ánima graves dudas sobre la efectividad y duración del sistema republicano, y si continué presidiéndolo y defendiéndolo fue porque en Estados Unidos había probado ya su armónica realización.

Sin embargo, y se acababa de ver, si El Salvador rehusaba aportar medios económicos o militares, esa era la debilidad de un eslabón en tan delicada cadena. ¿Qué sucedería entonces cuando dos o más Estados se negaran a aunar esfuerzos o, como también ahora, cuando un Jefe como el de Guatemala, Gálvez, titubeara

y forjara entendimientos secretos con el caudillo de una revolución? Si esto era la democracia, la democracia era el más tenue de los sueños en la tierra…

A principios de 1833 las rencillas entre las nuevas autoridades de El Salvador estallaron. El Jefe Prado renunció y el Vicejefe San Martín asumió el mando. Se requería tranquilizar aquel Estado pues en dos meses había sufrido más de ocho conspiraciones. El Senado Federal me ordenó entonces partir a calmar los ánimos y apenas con ochenta soldados profesionales y ciento veinte de leva fui enviado de nuevo sobre las rutas agónicas de la guerra.

Los inquietos salvadoreños nos esperaban, y así lo hicieron saber, con más grande número de efectivos, por lo que debí rehuirlos y pasar a Guatemala para aguardar refuerzos que el gobierno federal y el dudoso Estado de Guatemala me harían llegar. Aun así, hacía lo indispensable para evitar la lucha. Mi misión era de paz y no para deponer autoridades en una sociedad envuelta en la confusión, lo que sólo agravaría los sucesos.

Escribí entonces a los gobernantes salvadoreños ofreciendo un plan de pacificación que aquellos aceptaron bajo la condición de que yo regresara a Guatemala. Accedí a tan osado y hasta humillante requerimiento y, todavía más, solicité permiso para retirarme temporariamente del Ejecutivo antes de que venciera mi período, en Junio de 1834, y poder viajar a Honduras donde, además de mi salud, la hacienda Jupuara de mi mujer requería urgentemente atención.

Desempacaba mis petacas cuando el Vicepresidente Salazar, que fungía entonces como Presidente provisional, me incitó para servir como intermediario del Jefe San Martín de El Salvador y sus opositores. San Martín, un hombre violento e irrespetuoso de sus compromisos, se había vuelto odioso al pueblo. Para mostrar su desprecio a los representantes del gobierno federal abandonó San Salvador y se instaló en Cojutepeque, donde desoyó las llamadas de conciliación que se le hicieron. Más aún, embistió la capital con su ejército de 3000 hombres atacando tanto a sus diputados como a nosotros. Comprobamos por tanto que San Martín sólo buscaba la destrucción de la República y asumí la defensa de la capital.

Evito rememorar los incidentes de aquella cruenta batalla barrio por barrio, calle por calle porque afortunadamente dentro de algunos segundos, al desprenderse del cuerpo mi alma, habré anestesiado la imagen de dolor que causa la guerra entre hermanos. Solamente diré que al amanecer del veintitrés de Junio de 1834 ante aquellas fuerzas muy superiores nuestra infantería retrocediendo y avanzando logró conservar sus posiciones conquistadas. Fue tan violento el combate que los caballos chapaleaban sangre y entintaban el rostro de sus jinetes. Puñados de guerreros a lanza y machete se aglomeraban, se disolvían, perecían.

Los incendios iluminaron mañana tan trágica. Por mi costumbre de conducir personalmente la lucha, una bala mal encaminada me desgarró un dedo pero incluso en ese instante me fue imposible entender cómo es el temor, una experiencia que nunca conocí. Más bien a los iniciales fogonazos penetraba en mi espíritu siempre una suave paz, una reina tranquilidad que acentuaba mi cordura. Diez tiradores del enemigo estaban expresamente encargados de abatirme y fuera por la respuesta de mis pistolas o por el hado que me protegía, erraron el blanco. Luego alzamos banderas, calamos bayonetas y tras cinco horas de pelea nos lanzamos a cumplir la carga general que el destino nos había asignado para triunfar.

En Noviembre de ese mismo año el gobierno provisional del istmo me encargó presentarme ante la Asamblea y Congreso de Comayagua para solicitar que Honduras no tomara rentas republicanas del tabaco ni asumiera la administración de Omoa y Trujillo, como habían recientemente decretado. Desde 1833 se había sabido que Arce preparaba fuerzas en México y que ocuparía esos puertos en su primera intención para subvertir el orden. Pero una vez develada aquella conjura el Estado de Honduras pudo respirar en paz y asegurar al gobierno federal la administración de sus legítimos bienes. Mi misión diplomática y civil fue así un éxito y en Diciembre me embarqué en la goleta Teresa rumbo a Costa Rica.

Había concluido mi Presidencia Federal. Reconozco que entonces sí deseaba continuar en el poder pues aún faltaba coronar la extensa cadena de reformas que había iniciado para tornar moderna a Centroamérica y elevarla a su sitio merecido en el concierto de las naciones. Pero en la elección realizada el pueblo decidió aclamar victorioso a José Cecilio del Valle y me disponía a olvidar los azares del gobierno, seguro de que con el genio del Valle el progreso de la libertad se robustecería en vez de apagarse, cuando este gran hombre no hondureño ni centroamericano sino americano, y quien en diversas ocasiones me prestó el auxilio de sus luces, falleció sin poder asumir sus elevadas funciones.

El Congreso Federal procedió entonces a repetir el ejercicio del sufragio en la República y Fortuna, otra vez, me sonrió en Febrero de 1835. Ahora sí, pensaba, profundizaríamos los cambios y la transformación. En este segundo esfuerzo el salto tendría que ser ambicioso y hondo.

No llegaba a este compromiso sin resistencia y oposición. La prensa —libre quizás en demasía pues recurría usualmente al insulto— me acusaba de haber vendido Centroamérica a los extranjeros, a quienes la legislatura guatemalteca, no yo, había otorgado importantes concesiones. Se discutía en público mis negocios con el inglés Marshall Bennett o el irlandés Juan Galindo, sólidos

comerciantes, por haberles traspasado, para explotarlas, mis contratas madereras en la costa Norte de Honduras, otorgadas a cambio de traer un cuño para monedas. Se me llamaba déspota y tirano, se me injuriaba, me culpaban de hereje por regular el poder económico del clero y favorecer la ley del matrimonio civil y el divorcio… No hay ofensa que no haya recibido en esa época excepto la de haber suprimido un periódico, acto que tampoco realicé.

Olvidaban estos cartularios que el imperio inglés también reclamaba y amenazaba con sus cañoneras si no le cancelábamos la deuda externa o no le concedíamos Belice; que discutíamos con ellos para que abandonaran las posesiones nacionales que habían usurpado en la costa, que su Cónsul Federico Chatfield era solapado enemigo de la Federación y que el rumbo que navegábamos políticamente no era calmo: nos amagaban con sus rifles los rencores de España, el expansionismo británico y las ambiciones de Estados Unidos que, ocultas bajo la retórica de Monroe, buscaban asegurar para ellos solos la construcción del canal oceánico que negociábamos con los holandeses. De allí que para esas naciones separar a nuestros Estados y debilitar la Federación fuera un propósito común.

La Asamblea salvadoreña me había declarado Benemérito de la Patria. El intenso trabajo del Ejecutivo que llevábamos por esa época me impidió disfrutar tal distinción pues por ese entonces abríamos nuevas relaciones con Europa y América, buscábamos celebrar arreglos con la Corte de Londres, procurábamos que España nos reconociera políticamente, nombrábamos enviados oficiales a países del mundo, calmábamos la guerra de Costa Rica, aplacábamos las rebeliones de castas en que se iban encendiendo los indígenas de Guatemala y El Salvador, buscábamos recursos con que paliar las necesidades fiscales: gastos de involuntarias campañas militares, pago de deuda e intereses con Inglaterra, atraso de los Estados para cumplir sus cuotas, atraso en sueldos de funcionarios, atraso en salarios de la pequeña guarnición, atraso en atender las obras de beneficencia, atraso en realizar edificaciones de utilidad pública…

El Gobierno Federal carecía de lo indispensable y a cuentagotas disponía de algunas rentas marítimas y pequeños ingresos, insuficientes para las muchas demandas reclamadas por los Estados. Empezábamos este segundo período con gran debilidad. Declaro que entonces me sentía como si pilotara una cáscara en el mar pues el ejército republicano apenas si había quedado integrado por unos pocos y heroicos veteranos; los partidos políticos respondían en exclusivo a sus intereses locales y no a la causa común; era difícil —aunque deseable— impulsar artes, agricultura e industrias pues no había con quién ni con qué; se empobrecía la Corte de Justicia, circulaba toda clase de monedas clandestinas

en el territorio sin que pudiéramos uniformarlas, deteriorándose así el crédito estatal.

A pesar de ello habíamos disciplinado una milicia capaz de defender la independencia, fomentamos las artes y oficios, abrimos escuelas, contuvimos la malicia liberal en el Jefe Gálvez de Guatemala y, sobre todo, se había preparado el camino para modernizar la Constitución y dar a Centroamérica nuevas leyes. Sin reformas pronto el pueblo empezaría y con razón a protestar, a rebelarse y buscar otros caminos para encontrar su felicidad. Sólo que esta empresa no me correspondía exclusivamente, era tarea del Congreso y el Congreso tardaba eternamente en adoptar sus decisiones.

En Enero de 1835 había estallado el volcán Cosigüina, en el Golfo de Fonseca. Su ronquido agónico fue escuchado a miles de leguas de distancia, incluso en Oaxaca, y sus cenizas ensombrecieron durante varios días los cielos del istmo. Aquel fenómeno natural, por demás usual en todas las latitudes cada cierto tiempo, no tuvo más importancia que las labores de proteger sanitariamente a la población, excepto…

Excepto para los conservadores, quienes más tarde enviaron a sus frailes para propalar en las sierras de Guatemala que aquella hecatombe era el signo del cansancio de dios con el gobierno de los liberales. Por entonces el distrito federal estaba permanentemente situado en San Salvador y allí recibí la nota del Jefe Gálvez en que me narraba estos sucesos y, posteriormente, me comunicaba la aparición del *Cólera morbus* en su jurisdicción. Refería Gálvez que habiendo mandado sanear las aguas para impedir la epidemia, los sacerdotes habían advertido a los indígenas que aquel polvo gris depositado en las fuentes era un veneno con que los liberales pretendíamos suprimir su existencia para apoderarnos de sus tierras y cultivos y otorgarlos a los ingleses blancos y protestantes.

Gálvez informaba además que partidas de facciosos alentadas por seguidores del Arzobispo Cassaus se habían alzado en las montañas y que la rebelión estaba ya tan extendida que no podría sofocarla sin el auxilio del gobierno federal. Confieso que en ese momento, al leer y releer aquella misiva, sentí que en alguna parte, por no se qué variada opinión, se me consideraba como un látigo, como un títere o espantapájaros al que se recurría constantemente para apagar aquí o allá los incendios que los jefes de los Estados, por apatía o debilidad, no sabían prevenir.

Mientras hubiera paz pocos apoyaban al Presidente de la República, pero apenas surgiendo una confrontación acudían todos a solicitar el brillo de su espada para iluminar la oscuridad. ¡Qué triste oficio al que me habían conducido mis ideales de libertad!

Y lo más grave, habiendo sido electo por los pueblos no podía negarme, a solicitud de un Estado, para volar en su ayuda y su salvación. En tanto, con escasos que lo reconocieran, ponía en riesgo mi prestigio político, mi vida y mi hacienda, esta no poco deteriorada por estar ocupado en negocios de los centroamericanos. Ayer era Herrera, después Barrundia, luego Prado, más tarde Rivera, ahora Gálvez, este precisamente que había urdido hábiles maniobras para excluirme del escenario nacional. Por mi voluntad no asistiría en su auxilio, pero mi voluntad ya no era más la mía. Se habían adueñado de ella la historia y la colectividad.

Desde mucho antes habían arribado informes de que las huestes facciosas de las montañas de Guatemala estaban dirigidas por un cuidador de puercos llamado Rafael Carrera, del que se suponía que había adquirido sus primeros conocimientos de armas en el asalto y quema que Milla hizo a la ciudad de Comayagua. Sabíamos que Carrera era joven, muy religioso —diría más bien supersticioso— y al parecer dominado por algunos sacerdotes que lo habían inspirado para convertirse en azote de los liberales.

Durante largo tiempo los serviles habían estado buscando un nuevo caudillo, pero habitualmente lo hacían entre los comerciantes y aristócratas de la capital ya que se les ocurría que ese jefe debería ser un hombre versado en leyes, capaz de dirigir huestes y, una vez llegado al poder, retroceder todas las reformas que habíamos impulsado los federalistas, haciendo de este manera que se volviera no exactamente al sistema colonial pero si a una forma unitaria, impositiva y drástica del pensamiento conservador.

Particularmente lo que más les interesaba era que fueran devueltos a la Iglesia sus derechos arrebatados por nosotros: el manejo de la educación, de los cementerios, de hospitales, lo que les prodigaba enormes recursos, y que no se impusiera limites a la obligación de pagar diezmos o de atesorar cuantos terrenos pudieran comprar o recibir en donaciones y legados testamentarios. Para el momento en que el sistema federativo había sido escogido por la Asamblea de 1824, la Iglesia era precisamente el más poderoso, grande y extenso terrateniente en toda Centroamérica. Asimismo, buscaban alguna nueva composición del viejo derecho que a aristócratas y clero le había sido otorgado por el régimen español para explotar el trabajo del indio en las haciendas y pueblos del istmo. Lo que peleaban entonces no eran ríos de ideas, eran mares de dinero atesorable, contante, sonante…

Pero cuando Arce sufrió derrota tras derrota y ya no se confió más en él por el descrédito en que había caído entre la población, imaginaron alguna novedosa manera de obtener los mismo bajo otras condiciones. Se fijaron entonces en el joven Carrera no porque fuera educado brillante o diestro —ni siquiera sabía

firmar— sino precisamente porque le faltaba todo eso. ¡Hasta dónde llega la maldad cuando la mueven poderosos intereses!

Carrera era el caudillo ideal: manejaba el machete con sorprendente erudición asesina y si bien no era indio sino ladino, contaba con buen respaldo de los indígenas de Mataquescuintla y en general de la montaña. Tenía una obsesiva y fanática compenetración religiosa pero no sólo por dios sino por los supuestos representantes de dios en la tierra, quienes lo intimaban y a los que admiraba hasta el grado de arrodillarse y besarles la mano al saludarlos. Carrera disfrutaba de otra virtud particular: le encantaba el alcohol, especialmente la chicha de la sierra, y con todos estos atributos era obvio que los frailes vieran en él al candidato perfecto. Y como desconocía de plano los palotes de la estrategia y la organización militar, los curas le aconsejaron nunca ofrecer batalla frontal sino golpear y escapar, pegar recio y huir veloz, algo que aprendió a hacer muy bien, como después lo comprobamos.

Así que me enteré de la biografía del guerrillero de la aristocracia, pensé hacerle llegar un poco de su propia medicina y lo que le gustaba. En Diciembre de 1837 solicité a Barrundia y a los Presbíteros Castilla, Orantes y Cezeña que enfilaran a los montes y se entrevistaran con Carrera haciéndole ver nuestro deseo de solucionar en paz sus diferencias con el Estado de Guatemala. Nuevamente, pretendía con esto impedir la guerra. Pero Barrundia no sólo fue despreciado, evitado y amenazado sino que además se encontró con que Carrera estaba presto a entrar en la capital, lo que efectivamente logró y de cuya ocupación sólo fue posible disuadirlo dándole el cargo de Comandante de Mita y otras concesiones. Barrundia además descubrió dos cosas: que Carrera tenía un carácter sobrio cuando estaba sobrio, pero infernal cuando lo atacaban los demonios del alcohol, y que si había algo que lo hacía enfurecerse era que le mencionaran mi nombre. Tenía, pues, otro impensado aliado de la Providencia para que los Jefes continuaran solicitándome salir en defensa de sus Estados.

Meses después tornaron a llegar noticias sobre asaltos a poblaciones, conjuras y ataques efectuados por Carrera en Guatemala. Había logrado, con ayuda de los clérigos, hacerse de significativo apoyo entre los indios, un sector de la población con el que, honestamente, los liberales cometimos errores políticos y al que nunca entendimos cómo manejar bien. Nuestro propósito fue siempre proveerles los alicientes de la civilización, llevarles saber, leyes de protección y sumarlos al esfuerzo que todos hacíamos por construir la patria. Pero los indios nos veían desde el otro lado de un espejo que nosotros no comprendíamos: el de su distancia con el hombre blanco y esa fue quizás la causa de los fracasos que tuvimos con ellos y uno de los motivos para su rebelión.

Medio presintiendo esto, pues, hice llegar a Carrera otra comisión negociadora, aunque los pobladores de Chiquimula me habían solicitado no intervenir en aquel asunto dado que tenían las promesas del guerrillero para crear con ellos un nuevo Estado. Logré sin embargo que dicha comisión firmara un acuerdo con Carrera, en el que se convenía la paz, pero apenas habían dejado Mataquescuintla los delegados cuando el santurrón porquerizo había infringido lo tratado. Así que no quedaba más que descolgar los arreos militares y tomar camino rumbo a Guatemala, cuya Asamblea ya me lo demandaba.

Arribé a Guatemala en Abril de 1838 al frente de un ejército mayormente compuesto de 1300 salvadoreños y para mi sorpresa fui recibido con tanto júbilo y esperanza de salvación como nunca había presenciado. Hasta entonces comprendí plenamente cómo era de profundo el miedo, aquel terror que los habitantes, comerciantes locales y autoridades abrigaban por las sublevaciones indígenas, el que era tan grande que los ciudadanos más representativos solicitaron me hiciera cargo del mando en Guatemala. Halagado pero respetuoso de las leyes remití ese pliego a la Asamblea, la que dispuso colocar bajo mis órdenes los recursos militares de la nación y me autorizó, de ser necesario, para trasladar la capital a Antigua.

La lucha por pacificar los territorios alzados fue cruenta. Por más que intentábamos atraernos con palabras y ofertas a los facciosos, ellos siempre respondían con degüello, robo, violación, y quema en las poblaciones donde penetraban. El odio de Carrera, que los clérigos Durán y Aqueche le habían inculcado, no permitía distingos. Crímenes que horrorizarían a la raza humana fueron cometidos de la forma más fría y salvaje. Al grito de ¡viva la religión!, asesinaban indiscriminadamente, llegando incluso a beber la sangre de sus víctimas. La barbarie de la guerra racial amenazaba destruir la naciente civilización centroamericana.

Expuse entonces el plan de organización y ataque y mis generales partieron a las montañas para contener el desafuero. Allí derrotaron a Carrera en Jutiapa, Jocoy, Amatitlán, la hacienda de Quesada, Mita, Chiquimula, Las Vírgenes, Fraijanes y otros puntos. Dirigí personalmente el asalto contra el cuartel general del desalmado guerrillero, en Mataquescuintla, pero sus oraciones y piernas de liebre me impidieron capturarlo. Sus fuerzas desaparecían de un sitio y surgían velozmente en otros, incluyendo la capital, donde realizaron incursiones de muerte y saqueo.

Por tal motivo los serviles, al convencerse de que la ceguedad salvaje del caudillo a quien ellos mismos llamaban "Hijo del Altísimo" no los diferenciaba, buscaron pasarse a nuestro lado y acudieron a mí para ofrecerme el poder omnímodo, la dictadura de Centroamérica. Pero a pesar de todas las

estratagemas irregulares de la facción fuimos aplastando sus ímpetus y reduciendo sus columnas a puños de asaltantes que huían a nuestro paso.

Avanzada tan bien esta fase de la campaña debí entregar el mando al Coronel Carballo y volver a San Salvador, donde me requerían urgentemente las autoridades del Estado.

En el camino a aquella ciudad fui reflexionando, mientras procuraba apartar del viento la llama del yesquero y encender un cigarro, que entre los peligros a que me había visto sometido en la vida el más grande era el que acababa de superar en Guatemala. No me refiero a la presencia de Carrera, pues en una u otra forma mis oficiales estaban desempeñando su trabajo pacificador, sino a las arenas movibles, al tremedal de halagos con que los conservadores y muchos liberales me habían tentado en la ciudad.

Creyendo que en esta aventura se requería una mano fuerte capaz de reorientar el Estado, pero también sabiendo que para mí ellos han sido siempre los enemigos mayores de la unión, los conservadores y aristócratas llegaron a visitarme —diría, si no estuviera superando ya mis rencores humanos, que se arrastraron a suplicarme— para que asumiera en un golpe de suerte todos los poderes del istmo y se me invistiera con la dictadura, al estilo de los viejos imperios romanos.

Me amarga la boca la repugnancia con que les respondí. El Presbítero Juan José Aycinena, nada menos que la cumbre de la seudonobleza chapina, descendió al grado de sugerirme los recursos económicos de su clase a fin de que aceptara gobernar con esos fondos la nación. Muy difícilmente pude contenerme para no tirarle la puerta o abofetearlo por tan grave ofensa al credo de mis principios. Aun no satisfechos, me hicieron llegar una persona respetable, don Manuel Pavón, quien insinuó el tema por segunda vez. "Me someto a la suerte; combatiendo por todas partes puedo sucumbir pero sucumbiré con honor" le contesté.

A mi retorno de El Salvador, Carrera había recuperado fuerzas tras derrotar a mis hombres en Jalapa y por temor a él la aristocracia —Aycinenas, Pavones, Batres, Piñoles— me ofreció un baile de honor en que prodigaron sus más exquisitos gustos y donde volvieron a insistir para que asumiera la dictadura. Lisonjas, homenajes, halagos, adulaciones, alabanzas, elogios, requiebros, aplausos fueron insuficientes para hacerme torcer opinión. Según ellos, teniendo tantos efectivos a mi mando, siendo el más glorioso General del istmo, Benemérito de la Patria, culto, religioso, honrado y visionario— méritos que nunca pronunciaron cuando les faltaba necesidad y más bien me injuriaban— en mis manos estaba conciliar los criterios de federalistas y centralistas para fraternizar la familia de Centroamérica erigiendo un nuevo y sólido gobierno que dispusiera

desde Golfo Dulce a Bocas del Toro, de Belice a Matina, del Atlántico al Pacífico y desde las almas de los conservadores a las de los liberales.

Otro hombre con menos seguridad y entereza habría claudicado ante aquel ataque frontal de servilismo, pero dentro de mí sé que aunque lo hubiera meditado durante diez generaciones jamás hubiera encontrado una forma más humillante de mancillar mi honor y el de la República. Salí de aquel interesado agasajo con asco y más firme que nunca.

Carrera, envalentonado por su éxito en Jalapa y sabiendo que yo había despreciado la oferta de la reacción —la que ahora se aglomeraba en torno al nuevo Jefe del Concejo, don Mariano Rivera Paz— marchó otra vez a Amatitlán y luego a Antigua, la que capturó. Desde allí convocó a todas las tribus y reunió una hueste de 5000 hombres para dar el golpe final. Pero para que se vea lo que es el heroísmo de los seres humanos imbuidos de pasión por la fe de la patria, el General Salazar, con sólo 850 soldados y una ciega confianza en el triunfo, lo atacó y destruyó completamente el once de Septiembre de 1838. Septiembre a mi favor…

Allí fue tomado con fusil en mano y con un rosario de pruebas de sedición el Presbítero Mariano Durán, a quien sin distinguir que fuera clérigo —pues él ni los Padres Lobo y Aqueche hacían diferencias ni bendiciones al matar— se le siguió consejo de guerra. Pero descartado este juicio por el Comandante General Prem debido a fallas legales, se le hizo presentarse a nuevo escrutinio. Este también fue anulado por parecidas causas y lo mismo el tercero, hasta que en el cuarto, cumplido conforme a la ley, en Octubre se ordenó degradarlo y pasarlo por las armas. Ese hecho fue de los más utilizados por mis detractores —a quienes perdoné hace dos minutos cuando me fusilaban, y como sigo haciéndolo ahora desde este tiempo sin espacio en que siento que soy absorbido— los que me acusaban de enemigo de la religión, hereje y otras sartas más.

Pero a Durán no lo mandé ejecutar yo. Lo hicieron por total mayoría los cuatro consejos que se le dictaron. Y al contrario, si no hubiera existido un sagrado respeto por la justicia en el ejercicio de mi administración, desde que lo capturaron con fusil artillado en Villanueva el presbítero hubiera pasado a mejor vida.

Carrera escapó y lo perseguimos con dificultad por El Salvador y Guatemala, donde cometía asesinatos y robos. Digo con dificultad porque el Jefe de gobierno, Rivera Paz, conspiraba para impedir que venciéramos a su fanático caudillo y nos limitaba arteramente los pertrechos. Dolido, hastiado por esa conducta convoqué a una asamblea extraordinaria de Guatemala para que lo sustituyera sin

tener que juzgarlo por traición a la patria. Y esa vez, indignado como estaba, reconozco que sobrepasé los límites de mi habitual prudencia y cuando él arribó como siempre a Palacio la mañana del treinta de Enero de 1839 para desempeñar sus funciones, le tiré la puerta en las narices. Rivera Paz entendió el mensaje instantáneamente.

Entretanto ocurrían otros hechos extraordinarios. Sabidos de que mi segundo período en el mando estaba llegando a su final, los gobiernos de Honduras, Nicaragua y Costa Rica se apoyaron en una declaración del último Congreso Federal, desoyeron el compromiso a sufragios que establecía la Constitución vigente y declararon sus intenciones de disolver el pacto de unión federal. Altos de Guatemala se había declarado nuevo Estado, pues deseaba romper el sumo número de representantes que correspondía sólo a la capital en las votaciones del Congreso. Carrera aceptó pacificarse y deponer las armas mediante un convenio especial acordado en El Rinconcito, pero nunca lo cumplió.

Me di cuenta en ese momento de que estaba asistiendo a la conclusión de toda una época, de décadas de sueños, esfuerzos y magnos sacrificios pero también de cansancio de los pueblos por tanta disensión entre liberales y entre liberales y conservadores y por tantas vastas y continuas guerras. Lo que los ciudadanos deseaban únicamente era paz, casi sin importarles quien detentara el poder y siempre que no se les exigiera mayores cuotas de sangre, recursos y vidas. Comprendí que la Federación se debilitaba apresuradamente y desfallecía envuelta en una nube gris de apatía y agotamiento.

Los serviles —más prácticos y políticamente avezados que nosotros— lo habían percibido y por eso habíanme propuesto la ignominia de la dictadura. A ellos, como a muchos otros liberales, no les interesaban las causas y los principios; lo que les tocaba la conciencia era que el comercio no se detuviera, que el dinero no cesara de circular, que los granos y los vegetales no dejaran de bajar de la montaña, que se pudiera exportar y negociar y que el tiempo se encargara —moroso, cansado o veloz como quisiera— de modernizar a Centroamérica.

Estoy muriendo igual que como terminó la Federación y en el futuro de los pueblos que me es permitido contemplar sólo veo oscuridad, oscuridad…

3

Lo llamaría pesadumbre… Los poetas de inicios de siglo lo nombraban nostalgia, *spleen* o melancolía… Lo más florido de mi juventud, lo más ardiente de mis energías para formarme un capital y retirarme a encanecer saludado por los nietos, la memoria y la gloria lo perdí en los valles, las sabanas y las montañas de Centroamérica.

María Josefa no ha seguido mejor fortuna. Sus propiedades en Honduras languidecen por falta de cuido de dueño y de la mirada sobre el hombro de los administradores que siempre es tan necesaria. Todavía más, palpo en su rostro arrugas que antes no le conocía: huellas de la constante preocupación, del desasosiego, de la duda y la distancia permanente de su esposo. Su lecho vacío de hombre por tantas noches ha venido a ser ocupado por el hábito de la inseguridad y el presagio. Un caballo que atraviesa precipitado lo oscuro, pasos apresurados, voces de la servidumbre o las oraciones de la procesión que cruza bajo el balcón en la calle podrían ser por mí: cualquier sacrificio de un guerrero es siempre menos heroico que el de sus compañeras.

Una casa no es un hogar… Desde hace tantos años, desde que me sumergí en el espejismo de la política y los afanes de la República tenemos una casa.

Nuestra residencia en San Salvador es una hermosa colección de placas admirativas, de espadas, cartas y murmullos de ausencia, y en sus pasillos de barro cocido y muros de adobe son más frecuentes las discusiones de los ministros que las del amor.

Nuestros sueños hace tiempo están encadenados al destino de la República y han dejado de volar, sujetos al peso de la firma de decretos, audiencias solicitadas, tabulaciones de presupuestos y conferencias con generales y plenipotenciarios. Se ha vuelto como una rutina el afecto y sin embargo no es que haya desaparecido, marchito y descuidado, sino que lo ha cubierto como la pátina que empaña los espejos, tras cuyo reflejo nos miramos cual empantanados entre la amenaza del dolor.

Ya María Josefa no pregunta por la forma en que dispuse aquella o la otra batalla. Escucha mis detalles como si la traspasara el tiempo, como apresurando la lectura al capítulo final de la novela inconclusa. Sus interrogaciones son cada vez más delgadas y directas: la mujer que pudo haber estado en una reunión, la cercanía con que se atrevió a besarme la dama de la muerte. Es tan extraño el fenómeno de la conciencia de las mujeres, tan previsible y tan accidental: sólo lo gobierna el hado de la pertenencia. Pudiendo comprobar sus sospechas abandona en llanto o cólera el trámite de su fiscalía: no quiere saber en tanto retorne con vida a su lado. Hay en ella una total entrega de todas sus demandas y aspiraciones mientras Francisco Morazán cumpla su parte del pacto de unión que nos hemos concordado. Pienso que ojalá fueran así mis autoridades supremas, los electores.

Lo llamo pesadumbre, y es lo que me inspira a hablar así. Porque en verdad lo que acabo de decir no es cierto: hay entre ella y yo un como compás de espera, como el conocimiento cierto de que el hombre se halla lejos sólo porque anda sembrando, porque está construyendo, y que la edificación de la sorpresa tendrá halagos más gratos que la agonía de la nostalgia. No ha habido oportunidad honrosa en que no sea ella la primera a quien comunicárselo: mis folios —que ya queman en el cuartel de Costa Rica en esta noche de odio— le relatan que en la amenaza a mi vida el último de mis posibles pensamientos estaba dedicado a ella. Que mis días anochecen o amanecen con el silabeo de su nombre como una mágica invocación. Que pienso en la República como un nido de novios o como un esponsal de pastores al que asistimos para regocijarnos ancianos ella y yo. Y nuestros encuentros después de tan accidentadas distancias cubren de murmullos asedados nuestra habitación, y descubrimos que no nos ha abandonado el pájaro de la juventud, cuyos silbidos melódicos nos hacen asomar a la maravilla silenciosa del alba que ni siquiera habíamos presentido.

Creo que más por necesidad que por conocimiento nuestras relaciones se han espiritualizado al grado de no significarnos nada lo que yo haga con mi cuerpo. Ella sabe… y sin embargo se da cuenta de que en el alma y cerebro de Morazán reina impertérrita y sagrada. Llego, pregunto por los muchachos, despacho los últimos correos, deposito en el comedor la espada, me suelto las espuelas y abrazo a la nana sonriendo a la servidumbre como hacían los navegantes griegos tras cruzar los mares cautelosos de los arrecifes y las sirenas. En esa aventura diez perlas de cera me taponeaban el corazón.

Y entonces debo eludir con tan grande presteza como a las balas de los montañeros esa mirada honda y marina, transparente y transversal con que escruta mi rostro y me devela la fuente de los pensamientos. Trae un paso lento y sacro al aproximárseme, terrible y sensual, con que asiste a la turbación de mis des-

varíos como si me viera el alma, y es sólo esa vez cuando conozco lo que ha de ser eso que llaman miedo. Miedo no de sus iras oceánicas y piramidales o tampoco de la naturalidad con que aplasta en la pared el vaso etrusco donado por Cabañas, o derriba las vasijas de plata compradas en el puerto de Golfo Dulce a un náufrago de Estambul, sino miedo a que igual que la Federación me abandone y parta hacia un destino donde dos mil guardias de a caballo jamás la podrían reconquistar. Lo confieso: solamente los caminos del amor conducen a la perfección, pero todavía no están empedrados.

Fue sólo después, paladeando nuestro mejor vino, cuando le confesé esa noche lo que me había acontecido en el camino a Guajiniquilapa: en Guapinol el caudillo Carrera había apostado a su mejor tirador para asesinarme. Quizás fue el momento en que ella estaba rezando por mí pues al tropezar mi caballo cruzó la bala y se vino a incrustar en el cuerpo de mi secretario privado, Juan Milla, quien murió.

Más adelante, mientras perseguía a este mismo salvaje que en 1860 será condecorado por el Papa y que en 1863 llegará a San Salvador a profanar mi tumba, y cuando procuraba noticias del General Salazar en las montañas, marché a la hacienda de los Arrazola, en la sierra de Guatemala, donde acompañado de Barrundia decidí pernoctar en sus cuadras y descansé, tranquilo como siempre, en sus instalaciones. No hubo accidente que me perturbara el sueño aunque en la habitación contigua, lo vinimos a saber días después, una partida de asesinos afilaba sus facas y aceitaba las pistolas. Fuera porque aún no era mi tiempo o porque se acobardaron, desistieron de su criminal intento y abandonaron la hacienda en el silencio.

Cuando oyó esto María Josefa sobrecogió su espíritu como si la despertaran de un sueño pero dijo nada. Sólo un rato más tarde preguntó por lo que habría de pasar.

Yo mismo no lo sabía, el futuro de la República era el más incierto. Por lo pronto había ya noticias seguras de que Honduras y Nicaragua se apartaban del pacto federal. Aun más, instigados por las mentes sombrías del istmo consideraban que para evitar que convocáramos una Constituyente, así como para terminar por siempre con el anhelo de los anhelos, debían invadir y conquistar El Salvador, pues aquí residían las últimas autoridades nacionales. En Febrero de 1839 esas tropas aliadas enviaron mil leoneses a castigar el Departamento de San Miguel, mientras que por su parte Ferrera avanzaba con 1700 hondureños a Corlantique. El cuatro de Abril de 1839 llevé mis fuerzas a las márgenes del Río Lempa y luego ocupé los corrales de piedra de la hacienda Espíritu Santo. Al día siguiente Ferrera me atacó con el mayor denuedo —había aprendido mucho

de mis hábitos y presidía el avance de sus soldados— por lo que nos enredamos en un prolongado tiroteo en que avanzaban sus huestes, retrocedían las nuestras, volvíamos a conquistar fortificaciones y soportábamos el fuego graneado que nos dirigían, hasta que cayó la noche y nos retiramos a nuestras previas posiciones.

Pero mis espías detectaron que nicaragüenses y hondureños se habían situado en dos alturas frontales una de otra, separándolos sólo una mediana hondonada.

Ordené entonces que a las tres de la madrugada, sedosamente, parte de mis fuerzas se deslizara hasta ubicarse entre los ejércitos y teniendo cuidado de no ser identificados, más bien gritándose consignas que crearan confusión, dispararan hacia uno y otro lado de la hondonada a fin de hacer que los aliados se batieran entre ellos mismos.

Cabañas y yo nos introdujimos como enemigos en medio de ambos amigos y con un insulto acá, disparos allá, respuesta al fuego por este lado, y provocaciones por el otro, hicimos que nuestros soldados acertaran sus tiros con tal precisión que parecía éramos los federalistas quienes embestíamos. Luego salimos en tranquilo orden bajo la oscuridad y la lluvia de ajena metralla, a situarnos en nuestras seguras posiciones y a esperar que aquella carnicería que habíamos convocado rindiera para nuestras causas sus mejores fines. Antes de rayar el alba los hondureños comenzaron a flaquear, agotados como estaban por horas de desvelo y ronda de la muerte, y fue entonces cuando asaltamos con todo ímpetu su retaguardia.

A la primera carga reinó entre ellos el fantasma de la turbación. Entró el desorden, voltearon caras y se pusieron en fuga dejando muchos muertos y heridos pues sabían que el General Morazán nunca maltrataba a sus prisioneros. Cabañas tenía para entonces una rasgadura de bala de cuidado, y yo un brazo lastimado, pero me lo vendé y seguí luchando. A las siete de la mañana la batalla del Espíritu Santo del sábado seis de Abril de 1839 estaba concluyendo encima de 319 cadáveres de enemigos.

El quince supe que Carrera había entrado por fin glorioso en Guatemala y en Julio, quizás más por agradecimientos que por méritos, El Salvador me eligió su Jefe de Estado.

Quise manifestar mi simpatía a aquel reconocimiento e hice divulgar un mensaje en que alababa el esfuerzo que propietarios y proletarios habían hecho para defender a la nación. Atrás quedaba la República. Se había vencido mi plazo como gobernante de toda Centroamérica y no había habido sufragios, no tuve a quien entregar tan colectivo e histórico poder.

Fui el último Presidente de la Federación… Ella murió en mis brazos, incapaz yo —no por ausencia de voluntad sino porque los Estados no lo querían— de

revivir sus postreros alientos, alimentar sus finales esperanzas o insuflarle un nuevo hálito de vida. Creo que el pacto de las naciones hubiera podido sobrevivir con un poco de decisión y las necesarias correcciones, pero cada pequeño pueblo, cada aldea, cada villorrio querían repartirse sus extenuados recursos y hacer su propia voluntad. Lo que nos ofrecía el destino era la fragmentación, y únicamente porque no habíamos tenido la inteligencia para entender que aislados éramos débiles, unidos podíamos ser nación. Por fin comprendía la tristeza que había asaltado a Bolívar antes de morir. En ese entonces yo la nombraba pesadumbre.

Atrás también dejábamos un cementerio. No había lugar en el istmo en que al cavar no encontráramos los restos de osamentas de cualquier olvidada batalla. Centroamérica se había convertido en un país de viudas o de mujeres ofendidas y violadas. Cruzaban las poblaciones ancianos de nietos sepultados, niños de padres perdidos. Y todo aparentemente había sido en vano, grandes luchas sólo para satisfacer rencillas de facciones, trofeos de partidos, intelectuales discusiones de revolucionarios de salón en Guatemala, en Tegucigalpa, en Granada, en Cartago o San Salvador. Quizás todavía no merecíamos la paz del destino…

Luego, ¿qué era esa obsesión tan contundente de los centroamericanos para ver en sólo un hombre los sustos de la libertad? ¿O era que ya Carrera trazaba los mapas de lo que iba a venir? Pues en esa época arreciaron sobre mí los más infames denuestos, las más graves calumnias haciéndome representar todas las virtudes y los males de nuestra empobrecida civilización.

Morazán era la causa de que el pacto federativo hubiera fracasado, pero Morazán era también la razón de que por muchos años hubiera triunfado. A su persona se debía que Carrera hubiera desempolvado su machete, celoso del brillo de la espada republicana, o que Ferrera no pudiera sepultar los rencores de su obligado aprendizaje. Pero igualmente era el motivo de que Barrundia hubiera desempeñado tan productiva labor modernizadora o que Valle —cuya enfermedad y diversa opinión le impidieron ser mi embajador en Francia— hubiera entendido por fin, antes de morir, que entre las islas de la teoría y el continente de la práctica había que tender un puente de inteligencia y realidad.

Para la clase alta Morazán era el culpable de que se pretendiera civilizar a Centroamérica antes de tiempo, pero en forma similar era el que había traído a sus territorios la simiente del orgullo patrio… Lo que ocurría en el fondo es que en cada pequeño Estado cada homúnculo Carrera pretendía ser un Morazán. Eso suena pretencioso pero es la verdad.

Ferrera —sacristán malévolo— no había quedado satisfecho de salir con vida tras la derrota. Terco, indómito como siempre había sido, procuró en Nicaragua

nuevo armamento y gente para volver y conquistar El Salvador. La pústula del rencor no lo dejaba dormir. Pronto invadió el Departamento de Chalatenango con 1500 hondureños y nicaragüenses y, desgraciada mi suerte, me vi obligado a reunir unos trescientos salvadoreños y me moví hasta Suchitoto a esperarlo.

Pero apenas había dejado la capital cuando me alcanzó un correo: una facción había conquistado los cuarteles y retenido a mi familia. Sus oficios templaban ante mí el hierro de la más cruel amenaza: dejaba el mando del gobierno inmediatamente o mis seres más queridos serían pasados a cuchillo.

No titubeé a pesar de haberme invadido la cólera y el desaliento a la vez. Impulsado por el conocimiento de que el destino no existe y que es una nave que debemos abordar en el instante exacto o perderla para siempre, contesté que si bien los rehenes que mis enemigos tenían en su poder eran para mí sacros y hablaban vehementemente a mi corazón, yo era el Jefe del Estado y mi deber era atacar. Les indiqué con la mayor serenidad que estaba dispuesto a pasar ante los cadáveres de mis hijos y escarmentar a mis enemigos antes que acceder a tan grosera pretensión, aunque no sobreviviera un instante a tan escandaloso atentado.

Aún así, ofrecí perdonar tan incivilizada acción y apenas marcharse los comisionados ordené a mi tropa prepararse para la batalla y comandé yo mismo el asalto por el lado de Concepción, mientras otros de mis capitanes lo hacían por Santa Lucía y El Calvario.

Con pocos disparos recuperé a la mañana siguiente a mi familia y mi más intenso recuerdo es que en ese suceso glorioso María Josefa era incapaz de hablar, rescatada como había sido de los entretelones cenicientos de una pesadilla real, y sólo atinaba a tocarme y repasarme el rostro como si todavía no estuviera segura de que la muerte había seguido su paso de lejos dejándonos juntos otra vez en medio de la aventura del destino.

Ferrera, entretanto, capturó pacíficamente Suchitoto el veintidós de Septiembre de 1839. Desde allí dirigió un mensaje al Concejo exigiendo que fuera desconocida mi elección como Jefe de El Salvador, por ser ilegal. Inmediatamente busqué juntar una tropa de voluntarios, la que sumó casi seiscientos hombres y marché el veinticuatro al pueblo de San Martín. Con mucha intención ordené que los estancos permanecieran abiertos toda la noche en San Pedro Perulapán, sitio de concentración de Ferrera, de forma que sus huestes se emborracharan, y luego me encaminé hacia esa población a enfrentar los 2000 efectivos con que contaba el jefe de Honduras.

Al amanecer del día veinticinco mandé que mis Dragones atacaran una avanzada enemiga de cien soldados, tras lo cual se enfrascaron a pelea abierta con el

grueso de las fuerzas invasoras. La lucha se mostraba indecisa y había que conquistarla. Salté entonces al frente de mis capitanes y tras perder y recuperar un campanario, batallar con la retaguardia de los aliados, calar bayoneta, estar en tal punto la balanza de la suerte que de no esforzarnos sucumbiríamos, arengué a mis seguidores y como si se tratara de seducir las benevolencias de Fortuna agotamos nuestras energías en la disparidad del combate. Mandé soplar dianas, redoblar tambores, girar estandartes, alzar voces de "¡Héroes de la Trinidad!, ¡Triunfadores del Espíritu Santo!, ¡Muera la aristocracia!, ¡Viva el pueblo salvadoreño!", con lo que siendo menos vinimos a parecer muchos y el enemigo se amedrentó. Aún tuvimos que asegurarle el miedo y empujarlo a la derrota, pero abajo del mediodía lo vimos que comenzaba a flaquear dejando en el campo más de doscientos de los suyos inscritos en sus más vergonzosas páginas de la historia y en la gloria de las nuestras.

¿Era este el final? ¿Acabando a Ferrera había por fin arribado la tranquilidad? ¿Sería San Pedro Perulapán el camposanto centroamericano de las disensiones, las revanchas y el rencor?... Por algún tiempo creí que sí. Pensé que probado cierto grado de invulnerabilidad con que me favorecía la historia mis enemigos —casi más personales que políticos— se apaciguarían y caerían rendidos por el convencimiento de que debían dejar en paz a El Salvador. Pero en los siguientes meses Carrera alimento las audacias del oficial Rascón, quien con frecuencia se internaba por la zona limítrofe y hostigaba los pueblos fronterizos.

Había otras circunstancias que no dejaban de preocuparme. O bien me iba volviendo viejo o mis rivales estaban aprendiendo y mejorando en el arte de la guerra. Cada vez me exigía mayores esfuerzos vencerlos y si no fuera por la audacia con que siempre planificaba mis acciones militares y por el valor que infundía a mis seguidores dentro o fuera de las vorágines del combate, a la primera insurrección hubiera sucumbido. Perfeccionaban sus estrategias, precisaban sus fines, comenzaban a cosechar ellos también veteranos. Además, coaligaban con algún acierto la táctica de sus diferentes ejércitos hasta hacerlos concordar en el campo de batalla.

Me molestaba también comprobar que en el último año había abandonado la vanguardia y pasado a la defensiva. Lo que estaba haciendo durante todo ese tiempo era responder, parar golpes, soportar embestidas y mellar ajenas puntas de lanza. Mi gobierno se había transformado en una como diana, el blanco de las iras de los fusiles reaccionarios, y hacia él se volcaban grandes y concertadas energías destructivas con suficiencia de recursos, pertrechos y odio. Una gran fuerza del mal huracanaba a los países y los ciudadanos y su fuente de emanación parecía estar ubicada en Guatemala, desde donde Carrera —ahora General—

alentaba guerrillas, patrocinaba ejércitos, sancionaba crímenes y atentados, daba gustoso asilo a los verdugos de la Federación.

Todavía más, en el fondo de mi alma sentía que los demócratas estábamos obligados a traspasar el poder siquiera simbólicamente —yo ya no era su presidente— a los electores, quienes debían decidir —y no la élite y sus gobiernos— si rompían o no el pacto y formaban republiquitas débiles y mutuamente odiosas.

Ese era un aspecto de legalidad en que me volvía inflexible por ser la máxima justicia debida a los ciudadanos y a la memoria de quienes habían constituido el sistema que ahora veíamos fenecer. ¿Era así, lo veía yo todo con demasiada rigidez o estaban variando los aires de los tiempos? Las naciones, agotadas de luchar por construir aquel espejismo dorado que nunca parecía llegar, ¿se estaban inclinando por abandonarlo y rescatar otros, o eran sólo el poder y el imperio de ocultos intereses los que estaban empujando la barca de la República al despeñadero?

Estaba entrando en el ejercicio de la vida una nueva generación. Cada veinticinco años Centroamérica se estremecía, parecía corregir rumbos violenta o suavemente y no siempre hacia el derrotero mejor. Comenzaba a apoderarse de mí la sensación de que nuevas fuerzas, o viejas renovadas, habían aprendido su lección y perfeccionado su forma de acceder a la mente de los hombres, como ocurría siempre en esa espiral etérea que era la voluntad de la historia. En ese entonces no podía visualizar bien este concepto pero presentía que para muchos ciudadanos del istmo el fin de la Federación era como despertar de un sueño sensual que había sido disfrutado mientras durara pero cuyos recuerdos borrábamos al anunciarse la mañana. Penetrábamos en la curva de una grave crisis de credibilidad: si los afanes democráticos no habían podido materializarse en quince años, ¿merecían una segunda oportunidad?...

Pero los pueblos —es doloroso reconocerlo— nunca dan exactamente la misma oportunidad.

Luego, informes cruzados entre liberales de Guatemala y El Salvador referían que los clérigos de aquella ciudad chapina atribuían el ascenso de Carrera a ser un inspirado Católico, contrario a mi supuesta alianza con los ingleses protestantes —de quienes más bien había recuperado Roatán— y que dios había manifestado que un nuevo pacto, ahora confederativo, podía firmarse en el futuro sólo que no existiera Morazán. En su predica, por tanto, jugaban ingeniosamente con los más viciados silogismos: para que la Federación viviera había que destruir a Morazán. Ocultaban que el más perseverante defensor de la Federación era yo.

No me asustaban esos improperios, excepto que formaban parte de una concertada campaña guatemalteca orientada a desacreditarme antes de propinar el

golpe postrero: boletines, artículos, libros en que se me calumniaba, misas de rogación porque Morazán no atentara contra el Altísimo Carrera y su divinizada paz, cátedras de la universidad en que se me probaba ser tirano, demoníaco y masón. Y sus artes de engaño eran tan hábiles que habían sacado a luz fabricados pliegos en que se me seguía juicios por ladrón y embustero, o inventaban rencillas entre el difunto Valle —a quien una vez propuse la Vicepresidencia— y yo.

Los catecismos del Padre Ripalda eran entonces repartidos a los niños por las mañanas sólo tras invocar que un rayo más diestro que el fuego del Cosigüina me incendiara. Desde México fueron puestas a circular las Memorias de Arce, en que aquel ex presidente —el más culpable de la desgracia que sacudía a Centroamérica— me denostaba abundantemente. Otros escritores conservadores lo siguieron y todas esas fuerzas, todas esas voluntades comenzaron a conciliar la acción. Nunca estuve más convencido de que entonces afilaban sus dagas para asestar el golpe final.

A la defensiva debe situarse un estratega sólo cuando sus condiciones son inferiores, cuando se repliega para saltar o cuando no lo acompaña la razón. El mío no era ninguno de esos tres casos. Las cartas públicas o secretas que me hacían llegar los liberales de Guatemala me hablaban del húmedo ambiente de terror en que se empozaba día con día aquel Estado, sujeto bajo una garra de plomo que controlaba todos los poderes, encarcelaba opositores, exilaba o asesinaba enemigos y, principalmente, que restauraba las viejas leyes protectoras de los nobles y su camarilla conservadora.

Folios tras folios me pedían que alzara mi espada y tajara con un golpe de sol aquella oscuridad. Los pueblos, me aseguraban, no querían a Carrera o a sus fieles impuestos en Honduras, Nicaragua y Costa Rica; algo había que hacer, exigían, y me reclamaban el silencio neutral que públicamente guardaba contra aquellos atropellos siendo yo la única esperanza de la Federación.

Entré entonces en una concentrada euforia de meditación tratando de entender y comprender la verdad de lo que estaba ocurriendo. Hacía grandes esfuerzos por percibir los cauces en que se proyectaba el futuro a fin de reconocer si estaba en mi mano emprender directamente alguna clase de empresa o resignarme a que la República desapareciera y las mandíbulas de mis enemigos, cada vez más potentes y encajadas, partieran a colmillazos el único reducto cívico que quedaba en Centroamérica: el Estado de El Salvador.

Lo discutí con mis mejores oficiales —Cabañas batallaba en ese tiempo en Honduras, enviado a distraer a Ferrera—, exploré el fondo lodoso de la conciencia de los políticos, recabé información, tasé presupuestos, comencé a concebir la más vasta gesta libertaria que hubiera intentado, más audaz que las de

Napoleón, más organizada que las de Horacio, más noble que la de Julio César, porque en ella se pondría en juego ya no la lucha entre barbarie y civilización, entre demócratas y tiranos, entre liberales y conservadores, sino la eterna y cósmica polaridad entre el bien y el mal.

Incluso, no se trataba ya de la supervivencia de la unión. Era algo más. Era el derecho de los pueblos del istmo para decidir en una libre asamblea federativa su futuro. Carrera carecía del don de preguntar: únicamente ordenaba e imponía por las armas su personal idea de la conveniencia nacional. A los electores les había sido arrebatada la oportunidad de definirse por la dictadura o el progreso. ¿Cómo había podido yo dormir tanto tiempo sin que me despertaran a media noche los gritos de esa terrible realidad?

María Josefa me reclamó enérgicamente la mayor cautela, pero ella misma reconoció que los facciosos no me dejaban opción: Carrera, con mil hombres, amenazaba en la frontera y sus acólitos conspiraban, hostigaban, preparaban ejércitos; en un año, en pocos meses, lanzarían una formidable, una implacable, su más asesina invasión. Inquieta, nerviosa, durante muchos días era imposible verla en paz. A fin de evitar repetirse la situación de meses atrás cuando Pedro Velásquez se había sublevado y la había capturado a ella y nuestros hijos en la capital, convinimos ambos la posibilidad de que partiera a San José, donde los amigos Mora y Montealegre la recibirían mientras yo la mandaba llamar desde la nuevamente pacificada Guatemala.

Una mañana en que conversábamos con José Miguel Saravia en las faldas del Izalco, donde habíamos salido a cabalgar, me llamó la atención un espectáculo diario, protagónico de la naturaleza pero que me causó gran impresión.

Un gavilán que sobrevolaba la floresta se dejó caer de pronto asaeteando el aire, dirigiendo diestramente el timón de sus alas caudas sobre una gavilla de pájaros. Contuve mi caballo; el día danzaba como en una sinfonía de Mozart. Las pequeñas aves, viendo invadido su espacio, se lanzaron al firmamento y fueron a resguardarse en las ramas de un espino. Allí estuvieron contemplando con azoro las circunvoluciones del cazador, sacudiéndose el miedo del cuerpo hasta que el gavilán se situó en las cercanías presto a descargar su voraz y fulminante ataque.

Pero opuestamente a lo que yo había estudiado en los libros, o sabido por la experiencia real, la gavilla no intentó huir sino que unida, formando un como aéreo puño insólito se lanzó sobre el gavilán y lo amenazó en conjunto obligándolo a perderse en el cielo.

Saravia, Ministro General de El Salvador, era un joven sensible y extraordinario, con una prudente inteligencia congénita y educada, y mirándome sorprendido

ante aquel suceso, el único y comprensivo comentario que hizo fue volverme a ver cerrando los cinco dedos de la mano con un gesto rebelde y retador. Me sacudió el estremecimiento del viento del destino. Comprendí su mensaje de aliento, entendí la proposición audaz de la naturaleza y tornamos entonces rápidamente hacia San Salvador. Había intenso trabajo que hacer. La suerte de la batalla por Guatemala estaba echada.

En Febrero de 1840 estábamos preparados. Habíamos logrado reunir una significativa fortuna para apertrechar un ejército de salvadoreños, Curarenes y Texiguats que, no siendo numeroso, fuera en cambio cuidadosamente selecto y profesional. María Josefa aportó algunos de sus fondos provenientes de Comayagua. Los liberales de San Salvador hicieron discretas colectas, el Estado proveyó sus mejores oficiales y adecuado armamento. Se estableció inteligencias con los patriotas de Guatemala a fin de que adelantándose a nuestra partida acumularan fuerzas, apalabraran soldados, estuvieran prestos para no dormir en la mañana de la libertad. Su respuesta fue emocionante y significativa: creían poder levantar en aquella ciudad, en Antigua y Quetzaltenango, a gran parte del pueblo, humillado y herido como estaba por los serviles, mayormente ahora que Carrera se había anexado el Estado de Los Altos.

Cabañas retornó de Honduras con la intacta voluntad de su heroísmo: acababa de ser derrotado allá, el treinta y uno de Enero, tras la batalla del Llano del Potrero. En Marzo convoqué una asamblea extraordinaria para explicarle la necesidad de la expedición y recibir su apoyo, deposité el mando en el Vicejefe Silva y salí a colocarme al frente de mil hombres, quienes me aguardaban tensos como el arco a la flecha. Pronuncié una arenga y les recordé la justiciera misión que se nos había encargado: hacer el último esfuerzo por devolver a Centroamérica uno de los dos imperios: el de la ignominia o el de la paz. Si derrotados, una supersticiosa noche política descendería sobre el istmo. Si triunfantes, sus armas inspirarían para vivir entre nosotros a los ángeles de la luz. Las ovaciones se escuchaban aún a dos leguas de la capital.

A las primeras acciones dentro del territorio de Guatemala comprobé que mis enemigos se sorprendían ante la inspiración republicana. Ellos, que preparaban una gran invasión, nunca soñaron verse tan pronto sitiados. Arribamos a Corral de Piedra, once leguas fuera de la capital y en una zona que conocíamos perfectamente mis chanes y yo, y disolvimos un movimiento envolvente que había preparado Carrera.

Sus hombres se habían fortificado allí y se suponía debían contenernos mientras su "amado caudillo de los pueblos" golpeaba nuestra retaguardia. Capturamos Corral de Piedra con súbita intrepidez. Luego seguimos a Fraijanes y el diecisiete

de Marzo acampamos al oscurecer a poca distancia de la ciudad de Guatemala. El dieciocho de Marzo de 1840, cuando mi reloj de esfera brillaba bajo las tres de la madrugada, lancé mis fuerzas sobre la capital.

Penetramos en aquella hermosa pero controversial urbe por la garita de Buenavista. Dejando en El Calvario a Cabañas con una reserva de infantería y la caballería, marchamos casi al trote sobre la calle de Guadalupe y en seguida a las trincheras del palacio de gobierno, desde donde hicimos fuego contra el atrio de la catedral, la que pronto fue ocupada por el General Rivas. Con este desactivábamos el segundo plan de los serviles: golpearnos entre El Aceituno —donde esperaba Carrera— y la ciudad. Y una vez llegados al corazón mismo de la plaza nos apropiamos de sus grandes depósitos de pólvora y bastimentos.

Inmediatamente abrimos la cárcel y liberamos a los presos políticos. El General Agustín Guzmán —que había vencido al otro Guzmán español en Omoa— me abrazó pudiendo apenas levantar los brazos y moverse por los grillos y suplicios que le había mandado dar Carrera. Algunos disparos continuaron en las calles vecinas pero en pocas horas Guatemala había sido tomada. Gritos que me vivaban y exaltaban a la República emergían por todas partes en aquella mañana viril y esplendorosa

Los aristócratas chapines se habían ido a refugiar en los conventos y el Jefe de Guatemala, Rivera Paz, huyó a buscar a su caudillo en El Aceituno, a unas dos leguas de la ciudad, de donde se vino este con sus hordas, asombrado aún de que, a pesar de sus estrategias, nos hubiéramos hecho de la plaza en ciento veinte minutos. Pero, precavido, dividió su ejército en dos alas, una a cargo de su hermano Sotero, la otra bajo órdenes de Francisco Malespín.

En la plaza de toros el Coronel Cruz embistió a Cabañas, quien resistió valientemente hasta que la intervención del mismo Carrera, que tenía consigo unos dos mil hombres, lo derrotó. En el barrio de El Calvario, Sotero dominó el Hospital y habiendo hecho prisionero a mi edecán, el Coronel Sánchez, lo asesinó por rencillas personales junto con otros oficiales. Luego nos ocupó el tren de guerra, equipos y veinte mil pesos en San Juan de Dios, con lo que debimos retirarnos y concentrarnos en las edificaciones aledañas a la catedral. Esto impidió que protegiéramos a las vivanderas que nos acompañaban, a las que los serviles maltrataron y humillaron, dejándonos sin seguridad de alimento para el ejército. La situación comenzaba a revirar y ponérsenos difícil pero ya otras veces anteriores, en más graves circunstancias, mis artes habían seducido a Fortuna para que cambiara de parecer.

Había algunos hechos curiosos como se dan pocos en la guerra y sí en los silencios del ajedrez. Le habíamos tomado al caudillo su parque militar y con él

combatíamos, pero Carrera acababa de agarrar el nuestro y probablemente algunos de los tiros que nos caían habían hecho con nosotros la larga travesía desde San Salvador. Luego, habíamos roto con rapidez y precisión el cerco de la ciudad, conquistándola, pero ahora estábamos comenzando a ser sitiados en su propio corazón.

De los alrededores habían arribado unos dos mil indios, suficientes para exterminarnos, aunque Carrera continuaba solicitando más.

No me arredraba aquel giro de la suerte. Si mis prevenciones eran correctas, y según la información que había estado recibiendo en San Salvador, al ocupar Guatemala se manifestaría Quetzaltenango y se nos unirían todos los patriotas liberales, dispuestos a defender con su vocación y su sangre la antorcha de la libertad que portábamos. Sólo que tardaban, no los veíamos aparecer. Su organización reclamaba demasiado tiempo.

De mediodía abajo vivimos la experiencia de saber lo que era respirar entre un viento de balas. Quienes ahora nos sitiaban o bien disponían de un enorme arsenal o no sabían economizar su parque labrado y administrar el fuego. Las campanas de la catedral lloraban a cada impacto. En las calles vecinas a la plaza central los tiradores del enemigo asomaban tras los tapiales, disparaban y se ocultaban a cargar, uno tras otro, toda la tarde. Nuestros fabricantes de cartuchos trabajaban sin cesar pero aún así tuve temor de que no alcanzaran a proveernos oportunamente.

Al ponerse el sol cesaron los gritos con que nos insultaban: "¡guanacos pirujos, entreguen al hereje de Morazán! ¡Viva la religión! ¡Ríndanse, nosotros defendemos a dios y sus santos!"… Después se apaciguaron las banderas de los carreristas —rojinegras, una calavera y la inscripción ¡Muerte a los liberales!, en el medio— y cayó un extraño silencio sobre la ciudad. Los sitiadores hacían alto al combate para rezar la Salve Regina.

Mandé que mis soldados también callaran. Era la gran oportunidad de reconocer, por las voces que entonaban la Salve, cuántos salvajes nos atacaban. Y no me agradó su canto. Era vasto, prolongado, como el rumor invernal del Ulúa o el Chamelecón. Ronco, resonante como el Momotombo. Hondo, gutural como el Lago Nicaragua. Alto, desarreglado como el Congolón… Comprendí, presentí como si manoseara el viento, que los tiempos estaban cambiando y que una variación telúrica había movido la imantada aguja del norte contra mi lado y supe que estaba vencido. Los refuerzos liberales no arribaban. Los ayes de mis hombres heridos me arañaban de pesadumbre el corazón.

Hacia la medianoche, al salir la luna llena, ordené a mis heroicos fieles no responder insultos ni disparos. Requería organizar mis columnas para romper

más tarde el cerco al iniciar la retirada. A las dos de la mañana un violentísimo asalto nos hizo ratificar nuestro plan. Mandé lanzar al estanque doscientos barriles de pólvora, apertreché a mis tropas, aseguramos cinchas y bridas en los caballos, me despedí con lágrimas de los heridos —sabía que Carrera los iba a fusilar— y a las cuatro, bajo el canto de los gallos, cuatrocientos hombres que me quedaban y yo emprendimos lo que sería nuestra última acción en la vida o en Guatemala.

Cabañas colocó su columna de caballería a la derecha y yo la mía a la izquierda de la calle. En el centro, así protegida, marchaba la infantería. Salimos y en cada bocacalle nos adelantábamos a alancear por los lados los retenes de los enemigos, a abrir paso, a conquistar palmo a palmo las avenidas y a asegurar a quienes iban a pie. Esto lo hicimos durante varias cuadras en dirección a los barrancos de la garita del Incienso y aquel viacrucis, ese tiro de dado, aquel apostar todo en un disparo o un sablazo fue veloz y sangriento.

Al aproximarnos a la Plaza de Guadalupe nadie más nos enfrentó. Las huestes carreristas no se habían dado cuenta plena de nuestra huída y continuaban hostigando la catedral, silenciosa por nuestra parte como la veían desde temprano. Supe después con horror que al amanecer penetraron en el atrio, luego en las naves y hasta el sagrario, donde herido que encontraban lo degollaban. Era triste, era injusto. Habían triunfado los ángeles de la noche.

Arribamos a Antigua a las once de la mañana y sólo me detuve para que descansaran tropas y caballos. Además me avergonzaba lo que presenciaba: seiscientos liberales se me presentaron ¡hasta entonces!, gritando vivas a la libertad. Por cobardía, por ignorancia o por ineptitud llegaban demasiado tarde a la cita del destino.

El veintisiete de Marzo, tras costear y dar contramarchas para confundir a nuestros perseguidores, entramos de nuevo en San Salvador, fuente de aquella esperanza. Marchamos por sus calles en silencio, con los brazos vacíos: hoy no volvíamos adornados con trofeos de banderas rivales. Sobre nuestras frentes no anidaban laureles. Las mismas bestias que montábamos parecían advertirlo: su paso era moroso y tardo, sin el instinto del brío triunfal que quizás había vibrado en la sangre de sus antepasados.

Una concentrada multitud estaba a recibirnos, al inicio con graves y descompuestos rostros de hielo, más tarde con los ojos enrojecidos, al final con tan sentidos gritos y aplausos que pensé cabalgaba sobre un potro de emoción. El alma de los salvadoreños se agitaba como con dos volcanes de compasión y piedad.

Antes de tirarme a dormir —agotado, lejos de mí María Josefa y la ilusión— ordené se convocara mañana una Junta de Notables para entregarle mi renuncia

a la Jefatura del Estado y las razones del exilio que iba a emprender. Mi derrota era la clarinada para que los serviles de las naciones vecinas soltaran las jaurías de su venganza contra El Salvador. No estaba en mí permitir semejante atentado colectivo.

Esa madrugada, cuando logré conciliar el reposo, soñé que una gavilla de amenazantes tordos negros atacaba un águila y la hacía huir. El águila ascendía profundamente en el firmamento, giraba picoteando la estrella de la Cruz del Sur y luego descendía con una velocidad inaudita hacia el suelo centroamericano transformada en una intensa estela de fuego, en un cometa helado con el brillo de una circunferencia de oro, que astillaba el polvo del tiempo y volcaba sobre su propia sombra la oscuridad. No lo comprendí. Hoy, que muero, penetro en el misterio de su biográfico significado. La vida es una cadena de causas impensadas.

Retrato del prócer elaborado por el artista salvadoreño Francisco Cisneros en 1840, con pose presencial de Francisco Morazán. Copia localizada por el poeta Óscar Acosta en El Rastro (mercado de viejo de Madrid), en 1973.

4

Está tan próximo el momento postrero, tan inmutable que ya no soy el dueño de mi voluntad. Casi todas mis funciones se han detenido y lo único que pervive dentro de mí es la memoria. Han sido tres espaciosos, eternizados minutos los necesarios para cerrar la página final, poner término a la idea y el movimiento, clausurar para siempre ciencias, estéticas y filosofías o para despedirme de la compañía del dolor.

Veo ahora con una lucidez maravillosa el arco, esa luminosa elipsis que se extiende desde mi nacimiento a la agonía —ambos involuntarios— tendida como un ahusado filamento de plata encima del espacio de Centroamérica. No existe más, no tiene validez el tiempo y penetro indetenible en un veloz túnel donde coexisto con todas mis épocas y circunstancias reconociendo rostros, reconstruyendo visualmente la voz de mis caídos soldados, la faz de mis perdidos amigos, el silencio de amores hasta ahora olvidados o la mirada hoy serena de los que ayer fueron mis enemigos.

No vibra nada, pero podría decir que vibra un dulce hálito de conciliación. Es como si todos súbitamente supiéramos que fue dispuesto así: alentar en un momento nuestros terrenales rencores para aprender a disolverlos, alimentarnos las fantasías y los sueños del afecto para limar las asperezas con que habíamos sido concebidos, conocer, poner a prueba la fortaleza de las cadenas de la amistad; sin saberlo, sabernos capaces del esfuerzo de ascender, ascender…

En esta distancia singular que me va cercando cesan los motivos del odio o del enojo: conocemos todas las respuestas, no hay suceso del que no presenciemos el final, y es por ello que no nos corroe más la pasión, el arrojo del instinto o esa carcoma impávida y terrible que es el temor.

Todo está retornando a su centro, el orden se hace inseparable de la paz. Y sin embargo también somos capaces de saber que algunos estamos aún lejos de la

perfección y que un día, otra vez, probablemente volvamos a empezar. No lo entiendo, es confuso pero presiento que me acerco al conocimiento.

Es sólo un finísimo, un perfecto arcoiris de plata tendido en el horizonte sobre la tierra de Centroamérica. Cada vez es más acerada y pura su intensidad. Y conforme me voy alejando de él percibo con mayor extensión la profundidad circular del tiempo y contemplo su vasta magnitud de océano, su inacabable, infinita prolongación que vuelve sobre él mismo en todos los instantes a la vez, superpuesto sobre los espacios humanos, y entonces comprendo la vacuidad ensoberbecida de los reinos y los imperios, el vano orgullo que habita el alma desorientada de los hombres, la maligna equivocación de la presencia del dinero, los apetitos o el ansia del poder. Y mi arcoiris de plata en esa inalcanzable inmensidad del tiempo es sólo un grano de arena en el fondo del mar.

Torno entonces a mis agotadas fuerzas por vez final y reconozco mi cuerpo humillado sobre la calle de San José. Mi faz de muerte acobarda el temple de los costarricenses, que pasan cubriéndose el rostro con pañuelos antes de volverme a ver. Otros huyen con sus niños, perseguidos por el arrebato de la conciencia, a trancar las puertas de sus hogares, dueña de ellos una inexplicable angustia de soledad. Los más recios bordan comentarios, se conjuntan en las esquinas con las manos hacia atrás, avergonzando el arma.

Y nadie comprende la razón de que los haya abandonado súbitamente el regocijo o falte a sus frentes el suave peso de las palmas de la gloria. Triunfaron, vencieron —contraen sus rostros incrédulos— pero ¿vencieron sobre qué?, dudan. Destruyeron al hombre Morazán, es cierto, pero ¿ha muerto Morazán? Acribillado ese corazón que ya no late, o esos brazos que jamás levantarán triunfantes banderas, ¿de verdad ha perecido Morazán? ¿Se mata una idea?

Yo soy sólo ya el depósito de mis ideas, un agitado puño de electricidad alojado en el cerebro para concluir ordenadamente el cierre de las moléculas finales. La naturaleza ostenta un paso imperturbable. Hay silencio mortal en los laterales de mi cráneo, no vive en ellos un rasgo de recuerdo, una sombra, un puntillazo del sol. Todas mis funciones han terminado. Un poco atrás van encajándose los portillos últimos de la realidad y mi conciencia se atrinchera en su postrero reducto: los esfuerzos han sido agotados, los intentos de permanecer fracasaron.

A las iniciales alarmas mi cuerpo suspendió el movimiento y economizó fuerzas que destinó a otros frentes: la urgente producción de nueva sangre necesitada, que escapaba a borbollones; la emanación de calor: el organismo se enfriaba súbitamente. Luego acudió con celeridad a las reservas pero no había tiempo para procesarlas y transformarlas. Fue recogiéndose entonces, atento a la

proximidad de cualquier auxilio externo sabiendo, percibiendo con tan gran potencia que aun las voces distantes resonaban inmensas en su interior. Las células que morían disparaban su contenido en todas direcciones, como la nave que naufraga y lanza al espacio del océano bombardas de aviso o sus luces de socorro. Más tarde faltó el aire y mi centro principal dejó de trabajar. Técnicamente he muerto y sin embargo durante breves segundos todavía pienso, recuerdo, aún escucharé...

Fue entonces que percibí el hilo de plata y era intenso, destellante, un incendio de ardoroso fulgor como el mar al atardecer...

Rememoro que había sobre el océano una como mantilla de plata cuando zarpó la goleta Izalco en que partíamos al exilio de mundos extraños mis generales y yo. Era un miércoles cenizo y alguien dijo que aquel navegar por las aguas del Pacífico a media semana era como el periplo de nuestra vida, que solamente la habíamos recorrido hasta la mitad. Faltaba el resto, halagó otro, que sólo pronosticaba gloria.

Unos grandes pájaros azules que nunca había visto picoteaban algo a proa y el agua como asperjada por una ceniza de jade emitía intensos reflejos que enceguecían la vista, hacían olvidar la marga presencia de la derrota en Guatemala.

María Josefa me pidió olvidar aquel ingrato momento en que había dejado, quizás para siempre, las playas de Centroamérica amada. Estábamos ahora instalados en una agradable casa de la ciudad de David, jurisdicción de Panamá, y las autoridades habían accedido a que fijáramos allí nuestra residencia. Ascendía un intenso calor que marchitaba el apetito y prolongaba la morosidad de la siesta.

Más tarde, cuando descendiera el sol, saldría al patio frontal para dictar bajo la arboleda al Coronel Cruz Lozano y a mi hijo Francisco las dos obras que estaba redactando para defenderme ante la historia: un manifiesto lúcido, históricamente concreto ante los pueblos, y el relato de todas mis luchas y andanzas sobre los territorios temblorosos de la libertad.

Semanas antes María Josefa había embarcado en la goleta Melani, por el puerto de La Libertad, casi al mismo tiempo que yo emprendía la malograda campaña de Guatemala. Braulio Carrillo, el pequeño dictador vitalicio de Costa Rica, le había negado el permiso para instalarse en San José y le había asignado como sitio de reclusión Esparta, un lugarejo de pobres condiciones en el interior del país. Orgullosa como era mi mujer, no aceptó y se alojó en el puerto de Chiriquí, de la república de Colombia. Unos días después, tras el fracaso de

nuestra expedición, arribé a ese pueblo acompañado con algunos de mis amigos. Al recalar en la bahía tica de Caldera también solicitamos autorización a Carrillo para permanecer en su Estado pero este, infecto del miedo a Carrera, nos lo negó, accediendo sólo a que lo hiciera un grupo de los nuestros.

Continuamos a Chiriquí y más tarde pasamos a David. Fue allí, entre la placidez del reposo y la tranquilidad familiar, donde pude por fin dedicarme por muchos meses a estudiar cómo es que en la historia funcionaban los distintos sistemas políticos del mundo y fui pasando de la comprensión de las tribus a las sociedades organizadas, de los reinos al círculo feudal, de las monarquías a los imperios y a la república, y conocí también la forma en que se había ido desenhebrando entre los hombres el ovillo de las ideas, las teorías y las causas, las evoluciones económicas y el modo en que la filosofía representaba, opuesto a las comunes creencias, el más firme asidero de la realidad.

Entendí entonces con profundidad cuáles eran las necesidades y los méritos de los Estados, supe de las razones de las dictaduras y las democracias del norte y del sur y empecé a visualizar el motivo de que por su educación algunos pueblos aceptaran la libertad y otros la rechazaran.

El mundo nuevo, el mundo americano, medité, se estaba abriendo además a la sorprendente eclosión del comercio y el capital, de los fructíferos lazos entre sociedades y la creación de maravillosas invenciones que impulsarían el desarrollo de la humanidad. Pero lo que más me llenaba de sorpresa era la forma en que el hombre estaba dando un salto científico en su ruta hacia la civilización. Por doquiera surgían nuevos inventos y hallazgos que mejorarían la vida.

En Francia se acababa de perfeccionar un arte que superaría al retrato y la pintura y que llamaban daguerrotipo en honor a su descubridor; en la nación norteamericana el barco a vapor imaginado por Fulton surcaba ya no sólo mares sino también anchurosos o angostos ríos… Pensaba lo que se podría lograr con ellos para el comercio y el transporte de mi amada Centroamérica y por fin visualicé la obsesión de Valle por la revelación que le prodigaban sus libros.

También los médicos habían perfeccionado el estetoscopio, adaptándolo a ambos oídos, y con ello la medicina encontraría un aliado superior que, llevado a la República, salvaría infinitas vidas. Volta tenía ya fabricada una batería eléctrica y Colt un revólver de repetición. Pero sobre todo me sobrecogía lo que podría hacerse entre Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador y el universo si pudiéramos contar con el telégrafo magnético que ahora ensayaba Morse y que pondría a los pueblos en unión y comunión unos con otros.

Pero también recibía apremiantes llamadas para que regresara a Centroamérica envuelto en una devastadora cortina de fuego que avasallara a mis enemigos.

Cartas y partes de seguidores me rogaban salvarlos de tanta vejación que les inferían Carrera, Ferrera y ahora Carrillo en Costa Rica. Me entristecía esa situación.

Me entristecía porque no estaba en mis manos auxiliarlos, por deplorar la barbarie que se había entronizado en mi patria y porque —a causa de todas las batallas que se me obligó a pelear— se me consideraba más un guerrero que un civilizador.

Pocos podían comprender que lo que más odiaba era la guerra —causa de mis vigilias, desamparos y desamores—, que si había empuñado las armas siempre había sido como reacción y que mi mayor anhelo era gobernar al istmo en el más constructivo semillero de paz. Era guerrero sólo por necesidad. Este año, precisamente, cuando el pintor Cisneros me había solicitado calzarme la casaca entorchada para plasmar mis retratos, le había respondido que no. Mi deseo era que las futuras generaciones me recordaran como un constructor, no como un destructor; que atendieran más al espíritu de mis leyes y mis pensamientos que a la hazaña de mis batallas.

Pero los artistas, incluyendo los escritores, tenían la absurda malicia de siempre preferir sólo aquello que para sus egoístas propósitos representara acción.

Sí, soñaba, anhelaba retornar a mi patria pero buscaba hacerlo sin espada. Quería regresar llevando en los brazos los más maravillosos progresos de la civilización: la idea plasmada en una máquina para sembrar, la mente puesta al servicio del dominio de ríos, lagos y mares, el numen encadenado a los pies de la paz.

Y aquellas pretensiones militares no sólo provenían de los centroamericanos: a David arribó un día la carta del Mariscal Gamarra, Presidente del Perú, en que me instaba a partir hacia aquel país para hacerme cargo del Ministerio de Guerra o encabezar el mando de 5000 hombres que se aprestaban a combatir contra los chilenos. Decliné graciosamente tan extraordinario honor y fui caballeroso para no escribir que Morazán no prestaba su espada.

Por ese mismo tiempo partí a Lima. Me acompañaban Saravia, Cruz Lozano y otros de mis fieles amigos. Permanecí cuatro meses en aquella noble capital donde nunca llueve, tratando de entender la biografía de su gesta libertaria, las disposiciones jurídicas y económicas que se decidían en una nación independiente, y procurando comprender la diferencia entre un Estado unitario y mi sueño federal. Sólo que, agitado entonces por convulsiones políticas el Perú, decidí mejor marchar a Chile.

Pero en Centroamérica ocurrían nuevos hechos extraordinarios: el doce de Agosto de 1841 el Superintendente inglés de Belice, Alejandro McDonald, exigió

al Coronel Manuel Quijano, comandante del puerto de San Juan del Norte, que reconociera sobre el territorio de Mosquitia a un indio oscuro y alcohólico que los británicos habían designado como el rey Mosco. Quijano se negó a avalar aquella ignominia y por su rebelión se le hizo embarcarse en la fragata *Tweed*, la que lo abandonó en una playa inhóspita y remota.

El suceso no era aislado. Durante muchos años los ingleses habían ocupado ilegalmente —por su interés en el canal oceánico— los territorios atlánticos de la patria, y aquella usurpación había venido ahora a consagrarse con la erección de un reino de fantoche que aspiraba a gobernar toda la costa. Los británicos, que por largo tiempo habían mostrado simpatías a los conservadores, a diferencia del afecto que Estados Unidos —otro interesado en el canal— nos daba a los liberales, creían obtener con la independencia del reino Mosco un derecho que los siglos y la ley internacional jamás les habían otorgado.

Conmovido por la afrenta, el Jefe supremo de Nicaragua, Pablo Buitrago, emitió una alarmada proclama el veintidós de Agosto, en la que instaba a los patriotas de todos los signos políticos olvidar sus rencillas y agruparse para defender el Estado. Declaro que al conocer aquella solicitud de auxilio me invadió la indignación: allí estábamos otra vez frente al apetito inconmensurable de los imperios. Turbado, suspendí mi viaje a Chile y pensé volver a la patria para sacrificarle mi naturaleza democrática en el lugar que se ordenara. En Octubre recibí una comunicación personal del Ministro del gobierno nicaragüense para que aportara a tan noble misión mis mejores luces y mi experiencia.

Apremiado por el peligro en que venían a converger todos los ciudadanos de Centroamérica —pues la ocupación inglesa de aquel pequeño puerto presagiaba que mañana pretendieran conquistar las capitales del istmo— busqué recursos, compré fusiles con 18 000 pesos prestados de don Pedro Bermúdez, fleté los barcos Cruzador, Asunción Josefa, Isabel II y el Cosmopolita, y enfilé a las amenazadas costas.

En el trayecto recalé en Guayaquil, donde el presidente de Ecuador felicitó a mis seguidores y les renovó su apoyo. La hermandad centroamericana nos reclamaba.

El doce de Febrero de 1842 el amanecer nos mostró su rostro salado sobre el puerto de La Unión —bello nombre— en El Salvador. El dieciséis, luego de discutirlo con Saravia, Cabañas, Saget y Rascón, envié una exposición al gobierno salvadoreño del Jefe Cañas proponiéndole concertar conversaciones de paz con los británicos, pero que si fracasaban esas gestiones debíamos recuperar el ocupado territorio con las armas, para lo que me dirigiría al frente que decidieran asignarme.

Cañas respondió que por sí solo no podía aceptar mi patriótico ofrecimiento, so peligro de despertar viejas rencillas y amagar sus pactos con los otros Estados. Informó que mi precipitada resolución podía entorpecer la intención de reforma a la Constitución centroamericana que los delegados del istmo realizarían pronto en Chinandega y me solicitaba esperar la reacción de los otros Jefes.

Comprendí que mi aparición no era bien recibida y tras algunos desagradables incidentes mandé levar anclas y enfilar a Acajutla y La Libertad. Al bordear las costas de El Salvador tuvimos que detenernos varias veces pues los patriotas, sabidos de mi llegada, se aglomeraban en el litoral y obligábannos a embarcarlos y engrosar el ejército. No lo escuchábamos pero el destino tallaba sus escalones con minuciosa concentración.

Recalamos entonces en la isla de Martín Pérez, en el Golfo de Fonseca, y allí decidimos, además de organizar la fuerza, ahora de quinientos hombres, salvar Costa Rica, de donde me solicitaban ampararlos del yugo odioso y tiránico que sobre aquella hermosa nación había impuesto Carrillo.

Entramos en el puerto de Caldera un siete de Abril de 1842 y tras haber emitido una proclama en que ofrecía libertad irrestricta a todos los costarricenses emprendimos la marcha hacia el interior. Carillo remitió pronto sus tropas al mando del General Vicente Villaseñor y en el paraje de El Jocote nuestras columnas —menor la mía, de novecientos soldados la suya— avistaron sus odios y sus temores. No obstante, propusimos dialogar antes de encararnos con la muerte. Villaseñor arengó a sus tropas pidiéndoles definirse por Carrillo o por mí. Todos los soldados, con excepción de uno, se volcaron contra Carrillo y ensancharon mi hueste reivindicadora.

Firmado el convenio de pacificación lo remitimos al Presidente, quien lo ratificó luego de solicitar ciertas personales garantías. En el camino a la ciudad las poblaciones del tránsito —Alajuela, Heredia y otras— nos ovacionaban y se incorporaban tumultuosamente. La gloria, la perseguida y reticente gloria venía a descansar en nuestros brazos, cabalgando rumbo a San José.

Estas circunstancias disgustaron a Cañas y El Salvador rompió relaciones con Costa Rica, aun con mayor razón cuando la Asamblea me designó en Abril Jefe del Estado, en cuyas funciones mi primera disposición fue aprobar un indulto general.

Luego derogué las absurdas leyes de Carrillo, como aquellas que impedían exportar mulas, salir de noche o que los empleados de la nación ejercieran el comercio.

Convocado a elecciones de Constituyente el pueblo costarricense, en Julio me escogió como su jefe en propiedad y me declaró Libertador Nacional.

Esta última designación no fue, sin embargo, de mi pleno agrado. Ya había sabido por entonces del carácter particular de los costarricenses, prestos a halagar y alabar cuando lo necesitaran, duros para reclamar cuando la situación lo exigiera, y ordené que aquel decreto de lisonja no fuera divulgado. Pero la Asamblea reclamó y lo tuve que publicar. María Josefa Úrsula Francisca de la Santísima Trinidad, además, no olvidaba despedirme con el pan de la humildad a la mano todas las mañanas.

Era mucho más importante otro decreto que procuraba fuera aprobado por la Asamblea y para lo cual durante semanas había sostenido con sus diputados prolongadas conversaciones. En el silabeo de mis pláticas diurnas y nocturnas con ellos trataba de explicarles la necesidad de que Costa Rica participara en un concierto de gobierno con los otros Estados, pero ya no sobre la base federal que hasta entonces habíamos conocido y tan arduamente defendido, sino con un nuevo pacto totalmente modernizador y en el que un solo mando democrático sólido regiría el destino de la comunidad centroamericana unida. Había que eliminar de ese futuro tratado la existencia de seis presidentes distintos: el de la Federación y los países. Más bien, Centroamérica podría ser dividida por departamentos que conservaran sus límites históricos y naturales y donde rigieran intendentes o gobernadores.

Ellos discutían, dudaban, replicaban; el localismo costarricense salía a flote pero yo descabezaba inagotablemente una tras otra sus prevenciones. No, les aseguraba, la intención no era constituir una monarquía, esa aspiración —un poco oculta en la conciencia centroamericana por el hábito de la Colonia y el surgimiento de los caudillos— era errónea y antihistórica. Tampoco era que yo estuviera pendulando drásticamente mis ideas al lado opuesto de lo que antes había defendido, es decir al centralismo del gobierno como se practicaba en algunas naciones del sur.

Lo que yo proponía era un Estado unido como México, una verdadera república constituida con los Estados actuales y bajo la égida de un solo hombre y su concejo de ministros. Tampoco —les advertía— tenía que ser yo ese solo hombre. Únicamente los sufragios y los congresos deberían seleccionar al protagonista de aquel vasto escenario, fuera liberal o conservador. Yo estaba dispuesto a retirarme de esa futura contienda si era necesario pero antes, por favor, me dejaran hermanar, integrar nuevamente a Centroamérica.

El miércoles veinte de Julio de 1842 la Asamblea Constituyente aprobó el histórico decreto. Por él Costa Rica renunciaba a su aislada autonomía, se reintegraba a la Federación cuando esta fuera reconstituida y, sobre todo, en el artículo cuarto me autorizaba a realizar lo que conviniera para alcanzar aquella

soñada e imprescindible reorganización política y social. Además, a la Asamblea le convenía inconmensurablemente emitir esa declaración: en Mayo, Nicaragua se había anexado el territorio de Guanacaste, otorgado en 1825 por el Congreso Federal a Costa Rica, y sólo perteneciendo a la Federación podría defenderlo y ampararlo con legalidad.

Un ímpetu gozoso cundió entonces entre los patriotas centroamericanos asilados en el país. Ninguno de ellos, sin embargo, me advirtió —probablemente por participar también del delirio del momento— sobre algunos errores políticos que en nuestra ansiedad íbamos cometiendo aquí y allá.

Veo ahora, descubro ahora envuelto en esta solitaria capa de silencio que precede mi alejamiento de la voz, la esperanza y el hombre, que en ese instante acabábamos de pisar, sin percibirlo, sobre el estribo del potro de la desolación y el riesgo. Frente a la calzada bifurca del tiempo habíamos empujado el espectro de nuestra propia sombra por uno de sus dos caminos. Delante —y nunca lo advertimos— penetrábamos confiados en la incertidumbre.

Uno de aquellos malos cálculos fue la necesidad de recurrir, como lo habíamos practicado en otras circunstancias, a las contribuciones forzosas entre los comerciantes y propietarios. Contribuciones que eran imperiosas para apertrechar el ejército que debía materializar el sueño de la unión.

La molestia de estas contratas —que así eran denominadas— tenía en Costa Rica un efecto más hondo que en Guatemala, Honduras o El Salvador: los empresarios ticos no eran tan opulentos como los del norte y la población misma tenía muy arraigado el sentido de propiedad e independencia a causa de haber permanecido aislada durante gran parte de la Colonia y por provenir de labriegos y antepasados sumamente pobres, sin indios que explotar, lo que les acentuaba ciertos resabios de tacañería, su sentido individual y mucho orgullo por haber crecido a partir de la nada.

Las contribuciones forzosas y las duras penas para quien no las cubriera formaron el musgo donde comenzaría a crecer monstruoso el hongo de la inconformidad. Un odio franco o taimado se gestaba y no nos dábamos plena cuenta de ello.

Otra de nuestras decisiones tropezó también con el arraigado aunque voluble sentimiento costarricense de la religión. Ciertos fondos que según leyes federales sobrepasaban las cuantías de propiedades permitidas a la Iglesia fueron absorbidos e invertidos en la campaña. El clero, conservador por naturaleza pero además asociado por ocultas inteligencias con otros Estados de la región, comenzó a utilizar los púlpitos para alzar la voz asegurando que el gobierno de Morazán estaba apropiándose de las limosnas caritativamente donadas por los

fieles, y que pronto desaparecerían las capellanías y las obras piadosas que impulsaba la bondad religiosa. Otra vez, tropezábamos con el particular sentido de amor al dinero y al derecho de la propiedad que volvía a los costarricenses diferentes de sus hermanos en Centroamérica.

Al mismo tiempo, algunos otros eventos estaban fecundándose dentro del seno de nuestro propio ejército. Hubo rumores entre oficiales sobre la conveniencia de nombrar otro jefe: Morazán parecía ablandarse y adecuarse mejor que ellos a la vida social de San José, no había castigado con dureza los conatos de rebelión surgidos en Junio, parecía ir muy lento, decían, no se imponía drásticamente sobre los propietarios ticos, perdía su garra, se le enmohecía la espada. Además, la tropa inactiva y aficionada al alcohol se entregaba a algunos desórdenes, provocaba escándalos que asustaban a los viejos de la capital.

Veo ahora, ya sin culpa ni pasión, que entre estos dos grupos se había introducido una afilada cuña de desprecio: los josefinos no veían con buenos ojos que los gobernara gente de más oscuro color que la de sus españoles ancestros. Nuestros soldados hacían mofa de la forma de hablar de los ticos y sus costumbres amaneradas. A unos y otros tratábamos de drenarle aquella pústula de mutua incomprensión: los josefinos eran blancos pero no así los costarricenses del interior; los ticos pronunciaban con acento diferente pero eso era una costumbre que debíamos respetar. Con detalles tan tontos como esos a veces se alimenta la historia.

Creí conveniente convocar una noche en mi casa a los más diestros oficiales y les propuse, si así deseaban, seleccionar otro jefe para la campaña de reunificación. Sólo uno de ellos solicitó la baja. Los conminé, entonces, a fortalecer la moral y la disciplina y advertí que de ese día en adelante me apartaría de considerar amistad o afecto si alguno de ellos trasgredía el reglamento militar. La Ordenanza del Ejército, drástica como era, regiría a partir de esta fecha el país, nuestra misión y sus preparativos.

José Miguel Saravia, Ministro General a quien celaban por el cariño paterno que le prodigaba, aprobó aquella determinación con cierta renuencia: no estaba seguro de que los altivos costarricenses soportaran mansamente tanto rigor.

Reunimos entonces un vasto material y reclutamos más y más hombres. Fusiles, lanzas, pistolas, municiones, pólvora, cañones iban almacenándose para ser trasladados a los buques anclados en Puntarenas. Nos aproximábamos a la gran gesta final… Pero faltaba un elemento al que no podíamos someter a contribuciones forzosas, llamar a filas o gobernar: era el destino…

En Agosto el apuesto Coronel guatemalteco Manuel Ángel Molina asesinó al General Enrique Rivas, ambos del ejército bajo mi mando.

Rivas, salvadoreño, era el Comandante de Guanacaste. La fatalidad hizo que Molina cayera embrujado en las redes de amor de la bella costarricense Josefita Elizondo y ganara su promesa de matrimonio. Pero debiendo ausentarse, entre guitarras y pañuelos azules el ayudante de Rivas le robó el corazón de Josefita y la convenció de variar su prometida voluntad.

Molina, enloquecido, pretendió raptarla y tras unos torpes lances mató a Rivas, este un soldado valiente y diestro que se había distinguido a mis órdenes en la batallas de El Espíritu Santo, de San Pedro Perulapán, y que había dirigido la carga para la toma de Guatemala en 1840. La trama de los motivos pasionales me fue ocultada por el favoritismo alcohólico de Saget y otros oficiales. Sólo la conozco ahora.

La acusación que llegó a mi entendimiento aseguraba que el alucinado Molina había cometido traición pretendiendo disponer el Guanacaste bajo el poder de Nicaragua. Esto era llaga viva entre los costarricenses por entonces y yo, aplicando la Ordenanza, no lo podía disimular.

Molina, fusilado el seis de Septiembre en Puntarenas tras un juicio sumarial, me antecedió en el umbral de la muerte. El escándalo provocó gran disensión entre la tropa y los ciudadanos, más aun cuando debí rehusar —acepto que con excesiva rigidez— los humillados ruegos de su acongojado padre, el prócer Pedro Molina, para que interviniera y perdonara a su hijo.

No podía hacerlo. Las fuerzas estaban marchando ya a embarcarse para iniciar la lucha reivindicadora contra Nicaragua y el rescate de la Federación, y dado que los costarricenses, ajenos de interés por la guerra y sus vecinos se resistían a incorporarse, aquel incidente entre mis propios hombres sólo contribuía a empeorarles el ánimo.

Aprovechando el desconcierto que esto había originado, el once de Septiembre el Comandante de Alajuela, Florentino Alfaro, capturó la pólvora que enviábamos a Puntarenas y se alzó en armas con trescientos cincuenta soldados que debían partir a asegurar el Guanacaste. Alfaro, un resentido y traidor a mi confianza, se dirigió a San José, donde los capitalinos habían estado protagonizando ese mismo día diversos escándalos que lindaban con la sublevación.

Coordinadas ambas fuerzas rebeldes, se las unificó bajo el mando del portugués José Antonio Pinto, quien se lanzó a tirotear y sitiar el edificio de Los Almacenes y el Cuartel Principal.

Todo el día doce pretendí calmar aquella animosidad y reducir sin graves escarmientos los ataques. Procuraba ahorrar sangre y estaba incluso dispuesto a otorgar algunas concesiones, como exonerar a los ticos de marchar a pelear por Guanacaste y Centroamérica, pues muchos de ellos gritaban ¡A los barcos

no!, indicando con ello que la motivación de su conducta se encerraba en la patriótica obligación que se les había demandado y que yo consideraba debería ser para ellos natural.

Cuatro veces resistió la Guardia de Honor, formada por cuarenta salvadoreños, las desordenadas aunque mortíferas embestidas, pero al caer la tarde los sitiadores engrosaron sus fuerzas con paisanos llegados de Alajuela y Heredia, hasta sumar más de mil enfurecidos combatientes.

Debimos entonces reconcentrarnos en el cuartel y descubrimos que ciento cincuenta reclutas ticos habían huido. Sólo los oficiales y unos cien soldados —mayormente del barrio El Calvario de El Salvador, y de Texiguats de Honduras— me defendían. Cabañas contraatacaba fieramente pero, viéndonos reducidos, quienes nos asaltaban se envalentonaban y embestían por cienes, y aun por millares, atraídos de las poblaciones aledañas. Parecía como un deporte, o como el desahogo de los odios, venir del interior a echar un tiro en la capital, sobre todo a una fuerza tan pequeña como la nuestra. A pesar de ser visiblemente una mujer, María Josefa debió abandonar el cuartel bajo una lluvia de balas y fue apresada y tratada como rehén por los alzados.

Hacia el oscurecer, rodeado por unos tres mil hombres que volcaban sus sentimientos ocultos y concentrados durante meses, envié correos a Saget pero fueron interceptados. Desprecié las proposiciones de salvar mi vida, negociadas por el Presbítero José Antonio Castro, porque no incluían a las de mis amigos y porque eran contradictorias, a raíz de las discusiones en que los rebeldes las habían formulado.

Por el crepúsculo Cabañas retornó de batir la plaza: su vestimenta traía señales de haberle rozado el cuerpo siete balazos.

Aún tenía esperanzas de que el Comandante de Cartago, Pedro Mayorga, arribara en mi ayuda. Los cartagineses —con quienes conviví unos días en 1834— siempre me habían manifestado particular atracción por su sinceridad y afecto. Pero Mayorga, que con ochenta de sus seguidores venía hacia San José, fue derrotado a las alturas de Curridabat y se volvió a su ciudad donde, sin yo saberlo, se plegó mansamente a los sublevados para proteger su existencia y su propiedad.

El día trece de Septiembre amaneció sobre nosotros empapado en premoniciones de condición muy crítica. Sólo me quedaba un final centenar de hombres pues los otros habían muerto o yacían heridos. Dentro del cuartel se habían roto los rangos de los trabajos y oficiales o tropa cumplíamos tareas de artilleros, respondíamos por las troneras y defendíamos la posición. Sobraba el hambre, escaseaban las municiones, se angostaba la fe.

Fuera, la gritería de los costarricenses —por entonces de cuatro a cinco mil personas— era ensordecedora y disparaban hacia nosotros sin mucho concierto pero sin cesar. Uno que otro tiro maltrataba un jefe, abatía un soldado. Un doloroso balazo incrustó mi mejilla izquierda haciéndome sangrar copiosamente. No podríamos sostenernos por más tiempo y tuve que reconocer que Saget y su División —distante veinticinco leguas— no acudiría ya en mi auxilio. Sólo quedaba romper valientemente el cerco o perecer en la forma más absurda encerrados en el cuartel.

A las cuatro de la madrugada del catorce, y tras pelear ininterrumpidamente durante ochenta horas, aprovechamos un copioso aguacero que descendía sobre la ciudad y lanzando nuestra caballería adelante al mando de Cabañas cortamos la línea de los sitiadores, sorprendiéndolos cuando se balanceaban entre el sueño y la humedad. Rápidamente apartamos troncos, carretas y obstáculos colocados frente al portón y emergimos hacia la noche bajo los primeros tiros que nos lanzaban desde los edificios contiguos los amotinados y enrumbamos a Cartago —seis leguas de vergüenza— en busca del camino hacia Matina y Puntarenas donde se hallaba Saget.

Al alba, Villaseñor, que cabalgaba a mi lado, me advirtió de la imprudencia de llegar a aquella ciudad sin tropa, pues Cabañas había quedado a retaguardia protegiendo la infantería. Comprendí su preocupación pero no podía desamparar al Coronel Pedro Mayorga, uno de mis más seguros colaboradores. Frente al zaguán de aquella casa que no dudaba nos hospedaría siquiera momentáneamente, recordé la risa juvenil de Ana Cleto cuando la había conocido en 1834.

El oficial José Antonio Vigil se adelantó a llamar a la puerta pero quien apareció fue don Félix Espinosa, al que —por cumplir con promesa hecha en Suramérica— habíamos comisionado para exhumar los restos del Mariscal peruano José de la Mar, fallecido en Cartago en 1830.

"Los oficiales y la guarnición se pronunciaron anoche contra el gobierno", es lo que anunció, y a pesar de mi natural desencanto con las sorpresas fue con aquella noticia súbita que comencé a percibir que se me enredaba al rostro la brisa del presentimiento.

Aquí había ocurrido otra traición… Desde mi arribo a Costa Rica había tenido que moverme cuidadosamente entre un anillo creciente de círculos de traición: la de los conjurados de Junio, la de Alejandro Escalante y Máximo Orellana, la que provocó la muerte de Manuel Ángel Molina, la de Florentino Alfaro en Alajuela y tantas otras más a las que ahora se sumaba la de Mayorga. No entendía si aquella vergonzosa condición era culpa mía o del miasma volcánico que sin duda intoxicaba la meseta central.

Mi comadre, Ana Cleto Arnesto Fajardo de Mayorga, salió entonces al umbral: "¡Váyanse! ¡Váyanse sin pérdida de tiempo!", conminó sin siquiera saludarme. El peso de la humillación por la conducta de su esposo le impidió, probablemente, verme a los ojos. ¡En camino!, ordené a mis compañeros, pero una escolta enviada por Mayorga nos detuvo el paso a la entrada del zaguán. Dolido, golpeado hondamente por la indignación, sólo acerté a ordenar que dispararan, que me sacrificaran, siempre que respetaran la vida de mis acompañantes.

Echamos pie a tierra y penetramos en la casa: al ingresar en el ancho salón una de mis primeras visiones fue la de la urna que contenía las cenizas mortuorias del Mariscal de la Mar y entonces sí, no tuve duda alguna: esto que comenzaba a desencadenárseme por dentro no era más que la garra, la tortura imprecisa, la presencia evasiva del presentimiento.

Nos quedaban dos esperanzas: sobornar a la escolta apelando al espíritu liberal cartaginés o aguardar el arribo de Cabañas. Solicité a Vigil prometer a los guardias todo género de consideraciones para cuando arribara nuestra tropa. Fue infructuoso y decidí asaltar la vigilancia, someter a sus hombres y reemprender el camino a Matina. Eran cerca de las nueve de la mañana cuando arribó Saravia e informados por él de que Cabañas venía rumbo a la ciudad preferimos esperar su ansiado auxilio. La guardia, como sospechando nuestro intento de escapar, se distribuyó en mejor forma entre el zaguán y el salón principal de la casa de Mayorga.

Un minuto más tarde entró Francisco, mi hijo, pero con él viajaban solamente noticias desoladoras. Don Ventura Espinach había venido temprano a solicitarnos una orden escrita para que Cabañas no penetrara a la ciudad, pues los cartagineses temían las aventuras de un ataque morazanista y luego la venganza josefina.

Espinach, ibero de duro acento, defraudado por no haber sabido convencerme se había ido con otros ciudadanos a esperar a Cabañas en Ochomogo, a las afueras del pueblo, y haciéndole creer que yo lo autorizaba le había transmitido mis supuestas instrucciones: que prosiguiera a Matina, donde pronto lo alcanzaríamos, y que en Cartago nos encontrábamos sin peligro, protegidos por una escolta de honor de Mayorga. Otra traición… Mayorga había sido quien, al vernos llegar por la mañana, había salido a denunciarnos. Luego, para no mostrar su rostro contumaz, depositó el mando en su subalterno y partió a otro lugar.

La información de Francisco derrumbó inmisericorde nuestras finales ilusiones. Cabañas pudo habernos rescatado pero lo habían hecho deslizarse en la mentira y el engaño. La nobleza de su temple jamás le hubiera hecho creer que estaba siendo envuelto en la perfidia.

Al escuchar tan inesperado revés Saravia y Villaseñor extraviaron los ánimos. El segundo de ellos temía razonablemente por su vida pues había contribuido a derrocar a Carrillo en nuestro encuentro de El Jocote. Comprendí entonces, muy tristemente, que todo estaba terminando. Y lo peor no era el peligro de perder la vida sino el contraataque histórico con que me habían batido la reacción y el caudillismo. Los dos polos más conservadores y antifederalistas de entonces eran Guatemala y Costa Rica. Carrera y Carrillo, o los hombres con el pensamiento de Carrillo y Carrera. No tenía duda, el viento de los dioses, definitivamente, había cambiado. Fortuna dejaba de sonreír.

Unos instantes más tarde escuchamos gritos que se encajonaban en la calle, sitiaban la plaza y nos golpeaban los oídos. ¡Vivan los pueblos libres!, reconocí la consigna de las tropas de San José, las que tras perseguir a Cabañas habían por fin arribado a Cartago y rodeado la casa.

Un estremecimiento de muerte sacudió a Villaseñor y tomando una pistola se la llevó a la sien. Martilló pero no estalló el proyectil. Reconociendo vano su intento lanzó el arma al suelo y tomó otra para repetir su desesperada voluntad. Saravia y Vigil, habiendo observado el rostro de angustia que Villaseñor pretendía borrar de sí mismo, se abalanzaron y lo contuvieron. Yo les ordené dejarlo, permitir que lo hiciera, y en mi voz no había asomo alguno de crueldad o indiferencia. Sabía perfectamente que entre todos nosotros la vida mía y la del General salvadoreño eran las más apetecidas por los hombres del portugués Pinto. Concentrábamos sus odios, materializábamos su rencor. Nosotros dos no tendríamos derecho a la piedad.

Calmado, oyendo las palabras tranquilizadoras de sus amigos, Villaseñor se recostó en un catre que por allí había y por algunos minutos estuvo así, profundamente reconcentrado, decidiendo quizás si porfiar o no en su final batalla. Con un movimiento brusco tomó entonces un puñal que Vigil había escondido en el lecho y con fuerza se asestó cortes profundos sobre el corazón. La sangre real, la sangre verdadera y no la que había pasado a formar parte de nuestra agitada memoria tras luchas perdidas o ganadas, entintó la cama y el suelo abundantemente.

Ana Cleto urgió a sus sirvientes para que llamaran al doctor, quien procuró detener la profusa hemorragia. Torné a verlo, su faz me era familiar. Pablo Alvarado, recordé, diputado por Costa Rica a la Asamblea que en 1824 había promulgado la Constitución federal. Estuvo así por largo rato tratando de salvar a Villaseñor y luego observó y curó cuidadosamente la dolorosa herida que los sitiadores me habían inferido en la mejilla la tarde anterior.

Tras el mediodía continuaban arribando tropas de San José, las que se situaron frente al salón donde permanecíamos inmovilizados. Un poco más tarde Ana Cleto obtuvo permiso para que el jefe de los captores, el Capitán José Castro, le permitiera conversar a solas conmigo y, al penetrar a la recámara contigua, entregándome una taleguita con monedas de oro me urgió a disponer de cuatro mozos y siete mulas que aguardaban en el traspatio y huir al puerto de Matina, donde el Teniente Coronel José María Cañas podría auxiliarme. De inmediato, agradecido y sin titubear, respondí que no. Ella comprendió que me sería insufrible correr una suerte distinta de la que estaba destinada a mis otros amigos prisioneros.

Ausente ya de otro propósito que no fuera ordenar mi espíritu para morir con dignidad en cualquier momento, por unos minutos acompañé a Villaseñor, que se desangraba lentamente, y luego torné a mi catre, frente a las sillas de Francisco y Vigil. Alguien conocido había traído un colchón a Saravia.

Oscurecían en este miércoles catorce el día y mi corazón. Por momentos explicaba a Francisco algunas recomendaciones para hacérselas saber a María Josefa y pensaba en mi familia. No tenía miedo, lo reconozco honesta y pulcramente: para mí estaba claro que el camino de mi vida había sido un agitado y prolongado puente en la tormenta —la de la mente humana— que había que ir edificando mientras se avanzaba.

Sabía desde entonces que sólo en un instante como este me sería develado su final: el triunfo o el desamparo.

Sin embargo, hoy que desaparezco de la faz de la tierra me asombro y rectifico de mi soberbia, mi ignorancia y mi presunción. La mente del hombre no es un puente que se debe edificar; ya está allí, nos fue dado, y nuestro destino es conocerlo, aprender a transitarlo. Habrá quienes lo intenten con sólo los ojos de la sensualidad y se aproximan al fracaso; quienes para cruzarlo se adornan con el peso de lo material, y se hunden; o los que siguen al guía del espíritu y vencen. El cuerpo es sólo la albarda del alma; lo que se aparta de esta es superficial.

Pero aquellos pensamientos me venían muy tarde, y fuera la angustia por la seguridad de mi esposa y mis hijos o por tener a la vista permanentemente la urna funeraria del Mariscal La Mar, la noche cayó con más grosera fuerza que nunca y nos envolvió íntegra, como la red de un pescador ciego, sólo rota a momentos por los pedazos de luz que arrojaba una vela de sebo en la habitación.

Al crepúsculo llegó el Capitán Castro y anunció que nos colocarían grillos para evitar que intentáramos escapar. Sufrí con silencio y altura aquella nueva afrenta; luego fue a Vigil y al agonizante Villaseñor, quien ennoblecía el lecho con su sangre, para encadenarlos.

Saravia solicitó que lo aherrojaran estando más cerca de mí y tras pedir los puros y el eslabón, puestos sobre la mesa de la pared, sin que lo viéramos abrió un pequeño frasco que llevaba oculto, lo alzó a sus labios e ingirió el contenido. Le sujetaban los grillos cuando cayó envuelto en horribles convulsiones, llevándose las manos al pecho como si experimentara infernal dolor. "¡Mátenme! ¡Siento furores terribles!", exclamó y segundos después cayó exánime.

Vigil se aproximó a frotarle la nuca creyendo que se había desmayado, incapaz de soportar el insulto de la prisión, pero luego se enteró, sorprendido, de que había muerto.

Me fue imposible aceptar esta viciosa fatalidad. A sus veintinueve años Saravia era una de las más seguras promesas para el momento futuro en que —desaparecido yo o algunos otros seguidores— se requiriera el esfuerzo de la mente lúcida para ordenar el caos que vendría tras este momentáneo eclipse de la revolución. El sueño de la unidad centroamericana no me pertenecía, yo sólo era su más ardiente instigador y su batallador, pero mañana, cuando hubiera sido restablecida la paz en la conciencia y la inteligencia de los ciudadanos, eran hombres como Saravia los que la tendrían que cultivar y cosechar.

Su repentino y voluntario deceso no sólo me embargaba de luto; también me orillaba al abismo de la desesperación. Goberné mi espíritu entonces envolviéndome en el silencio de mis propios pensamientos, acompañando al joven amigo que había escogido morir a mi lado y a quien tan fugaz le había sido la esperanza en esta noche trágica.

Pensé en su familia guatemalteca y en la agonía de su último estertor y comprendí por qué éramos los humanos tan robustos y tan frágiles, a la vez tan confundidos de pasión y tan llenos de sensibilidad. Y vi caer la noche, la otra, la interior, sabiendo que aun cuando volviera a amanecer la vida, los propósitos, las ilusiones, nada sería igual. Y sin embargo Saravia, su numen, estaría allí. La mente de los hombres no era un puente. Era un camino.

Llamado de prisa el Doctor Alvarado, este recogió del suelo un pequeño frasco de cristal y se vino a comprobar que José Miguel Saravia había bebido medio dracma de estricnina —leyó la inscripción del francés— y que había expirado.

¡Pobre muchacho! ¡Pobrecito muchacho!, suspiré hundido en la agonía del dolor. Mi voz y mi lamento fue lo que se continuó oyendo en el resto de la noche. Afuera los soldados reían al cambio de guardia y algunos de ellos, ebrios, nos apuntaban amenazantes con sus mosquetes y fusiles.

El jueves por la mañana mientras nos desclavaban los grillos penetró en la habitación el Vicario Foráneo de Costa Rica, Presbítero don José Gabriel del

Campo, quien húmedos los ojos y con rostro compungido bendijo a todos y se me aproximó. "General Morazán" murmuró con voz profunda "vengo a ofrecerle mis servicios porque va usted a comparecer ante el General de los Generales, ante el Héroe de los Héroes, ante el Príncipe de los Príncipes", frase que repitió así, gravemente, mientras enjugaba sus lágrimas de anciano.

Debo reconocer que un estremecimiento recorrió mi sangre vertical. Arribaba el instante de mi cita con dios, se ponían a prueba final no mi valor sino la esperanza y la fe. La faz cenicienta del sacerdote contrastaba con la mía, arada por las ventiscas de la luz, el sereno y el amor. Podía negarme a penetrar en aquella encrucijada con que se me proponía reconciliarme con fuerzas superiores que me gobernaban y que no veía. Podía morir en el silencio de mi propia y rechazada eternidad. Podía fingir un sentimiento y aparentar una religiosidad que quizás me convenía. Pero un como fuego verdadero e interior se me aposentó en el ánima y entendí que el rezo, la oración, no eran sino la oferta para encontrarme conmigo mismo.

Solicité que nos dejaran solos y rogándole sentarse no me respondió sino que volvió a expresarme las mismas palabras anteriores. Por causas que yo no conocía su conmoción era intensa y comprendí a la vez que había sido decretada nuestra muerte y que el venerable sacerdote arribaba para brindarme el auxilio cristiano de la confesión. Juntos, muy juntos, fue él desgranando un rosario mientras yo le hacía brevemente el recuento de mi vida y reconocía mis faltas, en cuyo descargo solicitaba el amparo del Supremo Creador del Universo. Luego, con su mano blanca el Padre del Campo trazó en el espacio cenizo los signos en cruz de la absolución y abandonó la sala, amparado en tan dulce tranquilidad y sosiego como la que había dejado en mi alma.

A media mañana se nos conminó a congregarnos en la calle. El cuerpo de Saravia, que anoche yo había solicitado no retiraran, para poder velarlo y acompañarlo en el despegue de su viaje, en su silenciosa despedida, fue trasladado al camposanto. Al enfrentarnos a la luz del sol contemplamos mil miradas de aquella desvelada muchedumbre que se había aglomerado —puestos en sus manos todos los instrumentos de la muerte ante tan pocos prisioneros— para presenciar nuestra salida. Seríamos llevados a San José, donde supuse se no encarcelaría y juzgaría, si bien de esa civilizada legalidad no alentaba ninguna esperanza.

A Vigil, Francisco y yo se nos permitió cabalgar; Villaseñor, delirante fue conducido más bien con escasos cuidados en una hamaca. Recorrimos impávidos seis leguas de amargo gusto a fracaso, seis leguas dolorosas, un tránsito de amarrada soledad a pesar de las extremas precauciones con que se nos había

rodeado, pues quinientos hombres descalzos y ávidos de gozar nuestro holocausto marchaban a retaguardia, y otros doscientos o trescientos nos precedían con evidente ansiedad de vislumbrar pronto el patíbulo alzado en San José.

Al avistar y aproximarnos a la ciudad, en Las Moras el Capitán Benavides nos hizo desmontar para que entráramos a pie en la capital. Era el quince de Septiembre de 1842 y a aquella multitud de cinco mil personas que nos observaba y señalaba insistentemente parecía haberla petrificado nuestra presencia. Salvo una voz, susurros y el grito de un borracho que se mandó callar, sobre las almas flotaba el silencio.

Y ya fuera por nuestras prisiones o por mi sencillez y mi dignidad, ninguna de aquellas estatuas de sal nos injurió y sólo al pasar, custodiados por la tropa, iban cerrándose por detrás convergiendo en forma natural hacia su curiosidad y su azoro, como si comprendieran que en ese instante supremo las retrataba para siempre el ojo infalible de la historia, o como si los infectara un sentimiento de culpabilidad que lucharían por arrancarse denigrándome permanentemente durante los próximos doscientos años.

Hacia las dos de la tarde Villaseñor y yo fuimos encerrados en el edificio de la Corte o gobierno y a Francisco y Vigil los condujeron a Los Almacenes. En la habitación húmeda y fría el rostro de mi herido amigo salvadoreño se contrajo durante un momento y luego descansó: se le escapaban su sangre y la vida a poquitos como si soñara, o como si su ánima pensara en el mar.

Don Mariano Montealegre, un costarricense fiel, entró en la sala y con sus ojos confirmó lo que yo ya sospechaba: Pinto y los jefes de la sedición sólo nos daban tres horas para arreglar nuestros negocios y prepararnos a morir. Abrazándolo le aparté las manos de la cara, perlada de lágrimas. No se acongoje, le solicité, morir hoy o mañana es lo mismo…

A él le regalé la cigarrera de plata que el Congreso me había obsequiado en 1830; puse a su encargo un pañuelo destinado a María Josefa… Se despidió para siempre.

Quedé solo, en silencio siquiera por un final momento. Y comprendí con una intensa profundidad que la vida me negaba los hálitos con que se vestiría en el próximo amanecer y que estos eran los últimos instantes con que mi conciencia se apegaba al recuerdo. Sonreí frente al paredón de la expectativa de la nada y reconocí que si hubiéramos sido concebidos para la inmortalidad entre nosotros nunca hubieran germinado los salitreros angustiosos de la duda o la incertidumbre del dolor.

Y sin embargo, no había un rictus, un signo, no había una palabra de lo que me debiera arrepentir. Cada uno de nuestros suspiros o nuestros movimientos los

habíamos escogido nosotros mismos para aprender. La vida sólo era un pasaje fugaz, la levedad del tránsito, grave escuela donde debíamos esponjarnos bajo los alientos del amor para reconocernos en la paz y edificar la verdad.

Sabía desde este minuto mismo que ningún hombre penetraba solo en el propio espacio de la reconciliación. Entendía que para ello era imprescindible la solidaridad, la comunión con mi hermano, el abrigo dulce y contemporáneo de la mujer. Nos estaba dispensado el error siempre que no proviniera de la maldad. Nos estaba permitido disponer de la vida y de la muerte cuando no nos regocijara tan equívoco poder.

Recosté mi frente sobre la pared, aspiré con una delicia postrera su excitante olor a germen y humedad. Tras los tapiales estallaban su amarillo plumaje de luz las rosas, trizaban el aire las golondrinas o entonaban su arrullo gutural las palomas de la catedral. Este suceso que me acontecía era sólo una prueba más, el póstumo desafío, la beligerancia del cansado reto. Todas mis batallas serían inútiles si habían carecido del verdadero don de la ilusión: reencontrar mi rostro entre los sanguinolentos rostros de mis enemigos, auscultar en el brillo juvenil de los ojos de María Josefa la pasión que debía encender los míos, ver en los niños vigilantes de las veredas de Centroamérica mi propia juventud, descubrir en las salinas arrugas de los viejos mi personal trayecto hacia la oscuridad...

Qué tan vasto escenario había provisto Natura para mi soledad: ríos, mares, altivos picachos de frías e imponentes neblinas, conos de azucarado vulcanismo a la distancia, gorriones o tormentas, ciervos contra truenos, gestos, pensamientos y serpientes. Todo estaba allí, ningún hombre moría solo, cada extinción era un pedazo de la extinción de la humanidad. En esta sala pobremente iluminada el General Francisco Morazán asistía al abrazo y al encuentro de Francisco Morazán.

Tras las rendijas del techo, de las puertas, de los ventanales enrejados comenzaron entonces a penetrar los gritos que reclamaban mi ejecución. Hombres, mujeres y niños acordonaban el edificio estremeciendo sus paredes con los más groseros insultos, el odio más desgobernado, el más enconado rencor. No me amedrentaban: algún día aprenderíamos que dios había dado la voz al hombre para construir la palabra con amor.

Entre aquella algazara descompuesta demandé llamaran a Francisco para decir mi final voluntad.

Mi hijo, noble y sufrido, que había pugnado por acompañarme en los triunfos de la vida, venía ahora a ratificar mi derrota en la muerte. No sabría en ese momento que el destino le iba a permitir conocer los murmullos del siguiente siglo y que le faltaban 62 años para que ahogara para siempre el recuerdo de su padre asesinado y nos volviéramos a encontrar.

Dicté entonces mi pensamiento, desordenado por el imprudente tiempo disponible y por las amenazas y vulgaridades que a través de las ventanas me lanzaba aquel pueblo que cinco meses atrás había venido a independizar.

Indemne y tranquilo —porque a la muerte vamos solos— recordé otros Abriles y Septiembres.

Recordé que el tres de Octubre cumpliría cincuenta años y que no los habría de celebrar.

Recordé que estando los serviles de siempre en el gobierno de Honduras, podrían robar a María Josefa sus propiedades dejándola en la más abyecta pobreza.

Recordé que el hombre sólo es un puñado de carne en torno a un ideal.

Recordé que el afecto no muere, no puede morir.

Recordé, viendo el llanto de mi hijo manchar mi testamento, que ninguna revolución existe si no es en la juventud, donde renace, cae, nace, perece y vuelve a nacer.

Recordé que yo sólo había sido un accidente en una historia sin final porque nunca concluye su escritura.

Recordé que el ansia de la libertad duerme en la sangre de los espíritus y que únicamente nacemos para renovarlo.

Recordé que la existencia solamente la merecemos en la dignidad y que no debería temblarme la voz al comandar las descargas de mi fusilamiento.

Recordé en mi último minuto que sería El Salvador el único lugar donde podrían descansar mis restos sin ser profanados.

Recordé con humildad que no había tenido la ciencia de Valle o el coraje inocente de Cabañas pero que me había sobrado la voluntad de la unión y del amor.

Recordé que las ideas libertarias siempre alumbran, como el sol.

Recordé que a los hombres no se les mata como bestias sin juicio previo y sin defensa.

Recordé la dulce venganza del perdón.

Cerré el pliego y lo entregué al Juez de Primera Instancia. Casi de inmediato vi a cien generaciones leyendo erróneamente mi testamento con avidez. Mi legado ha sido toda mi vida, no sólo un pedazo de papel.

El hilo de plata se ha roto. Asciendo a batallar desde la historia.

El autor agradece la colaboración bibliográfica de Mauricio Torres Molinero y Armando García, así como las valiosas sugerencias de los historiadores Mario Argueta, Mario Felipe Martínez C., Ramón Oquelí, Víctor Cáceres Lara y Leticia de Oyuela, a esta obra.

Los potenciales errores, sin embargo, son sólo responsabilidad del autor.

REFLEXIONES PERSONALES
en torno al libro:

¿Desea compartirlas?
Remítalas a:
julioescotodocumentos.blogspot.com

Dibujo a plumilla, autor no conocido.